Revista del Consejo Nacional para la L. Cultura y el Arte ABRIL-JUNIO 1994

Portada: Esael Araujo

Esael Araujo (San Salvador, 1964) Egresado de la Escuela Nacional de Artes. Trabaja en la dirección del Centro Cultural Asfalto, es coordinador del grupo de muralistas Pro-Muro, y asesor en decoración y ambiente. Exposiciones particulares y colectivas, tanto en el país como en el exterior: Suecia, Dinamarca, Austria, Alemania, Londres. En 1990 fue nombrado como uno de los tres pintores jóvenes más destacados del año.





DIRECTOR Y EDITOR Gabriel Otero

CONSEJO DE REDACCIÓN Carmen González Huguet Javier Alas Ernesto Wauthion

CORRESPONSALES Mario Rafael Vásquez (México) Care Santos (España)

DIAGRAMACIÓN Y CORRECCIÓN lavier Alas

LEVANTAMIENTO DE TEXTO Omega Impresores

FOTOMECÁNICA
Carlos Ramírez (Jefatura)
Julio Artiga
Balmore López
Carlos Torres
Alfonso Barrera
Rigoberto Solís
Carlos Rivas
Arturo Reyes

CULTURA es una revista trimestral de letras y artes, editada por la Dirección de Publicaciones e Impresos del Consejo Nacional para la Cultura y el Arte, CONCULTURA, Ministerio de Educación, El Salvador. Toda correspondencia puede remitirse a Coordinación Editorial, Dirección de Publicaciones e Impresos, 17 Av. Sur 430, San Salvador, El Salvador, C.A. Tel.: 22 06 65, Telefax: 71 10 71.

CONTENIDO

E ENSAYO

LA RELIGIOSIDAD POPULAR EN
MESOAMÉRICA /p.3

Carlos Benjamin Lara Martínez
HSIN HSIN MING, PRIMER POEMA ZEN /p.22

Carlos Ortega Guerrero
SIMÓN RODRÍGUEZ: DL LA
UTOPÍA AMERICANA ALA UTOPÍA DE LA EDUCACIÓN /p.34

Gilberto Aguilar Avilés

□ ARTÍCULO

LA IMAGEN SENSORIAL CREADORA DE HUGO UNDO /p.59
Elizabeth Gamble Miller

LA ALIENACIÓN FEMENINA EN
CENIZAS DE IZALCO, DE
CLARIBEL ALEGRÍA /p.64
Rose Marie Galindo
O'YARKANDAL, TIERRA MÉTICA
DE SALARRUÉ /p.70
Carmen González Huguet
COMALA: ELSALVADOR DE LOS
EXILIADOS /p.74
Rafael Francisco Gochez

☐ NARRATIVA
LA PIPA DEL MUERTO /p.76
, Ricardo Lindo
DELA DISTANCIA Y DEL TIEMPO
/p. 87
Care Santos

☐ POESÍA ANTIGUA SOLEDAD /p. 97 André Cruchaga

☐ DRAMATURGIA LA CONFERENCIA /p.116 Geovani Galeas

☐ LIBROS/p.158





Bajo la sombra de una enorme responsabilidad nacional se inicia una nueva época en la Revista Cultura. Después de años de ausencia se retoma esta publicación que ha sido prestigiosa tanto por sus Directores, como Claudia Lars y David Escobar Galindo, entre otros, como por sus numerosos colaboradores. Pretendemos mantener una política editorial de apertura bajo criterios estrictos de calidad estilística; la revista será un espacio multidisciplinario en donde se expondrán los más diversos y variados temas.

Cultura aparecerá cada tres meses, conservará su formato clásico pero buscará innovar su diagramación.

Asumimos el compromiso y los retos de la dinámica cultural, agradecemos la participación y el apoyo de la Señora Ministra de Educación Licenciada Cecilia Gallardo de Cano, de la Señora Presidenta de Concultura Arquitecta Claudia Alluvood de Mata, así como de los miembros del Comité Editorial de la Dirección de Publicaciones.

Gabriel Otero



HSR004/81

LA RELIGIOSIDAD POPULAR EN MESOAMÉRICA

9.3

Carlos Benjamín Lara Martínez



I presente ensayo intenta satisfacer un vacío que existe en el ambiente intelectual salvadoreño: la necesidad de contar con

un marco metodológico que permita estudiar a profundidad la religiosidad popular en el área mesoamericana. El trabajo que pongo a consideración del público interesado está constituido por dos partes fundamentales: en la primera parte, desarrollo una reflexión general sobre el concepto de

religión popular mesoamericana. estableciendo la hipótesis central del trabajo; en la segunda parte, se proporciona el marco metodológico para el estudio del ritual religioso, dado que éste es consideradocomo la expresión simbólica más importante de la religiosidad popular. Esta segunda parte ha sido elaborada tomando como base mi tesis de licen-

ciatura La Semana Santa en Ahuacatlán, Sierra Norte de Puebla y un artículo que apareció en México en la revista Cuicuilco No. 20: "Simbolismo y Ritual: la Semana Santa en San Juan Ahuacatlán". En gran medida, el análisis del ritual religioso constituye una re-escritura de este artículo, incorporando el marco metodológico en un nivel de análisis más amplio.

Un elemento central de la buena cultura popular que crece en el área de Mesoamérica lo constituye la religiosidad popular, es decir, la manera como

> los sectores populares, subalternos viven sus creencia:. v prácticas religiosas. Desde mi punto de vista, en la religión católica mesoamericana (y también en las religiones evangélicas v pentecostales de reciente introducción) puede distinquirse dos grandes tendencias: la manera como los miembros de la alta jerarquía eclesiástica. v ciertos sectores laicos muy liga-

dos a ellos, viven su fe religiosa, lo cual puede identificarse con el concepto de religión oficial, y las prácticas y creen-

Carlos Benjamin Lara Martinez (San Salvedor, 1957) Maestria en Antropología Sociocultural. por la Universidad de Calgary, Canada. Actualmente es Jefe del Departamento de Antropologia de la Dirección de Patrimorso Cultural. Residió por varios años, en México y Canadá. Participó en el II Coloquio Paul Kirchhoff. en 1989, celebrado en la UNAM, y en al Cologuio Trends on Anthropology, Canada, Articulos suyos han aldo publicados en el país y el exterior. Tiene en prensa Saluadoreños en Calgary: el proceso de configuración de un nuevo grupo étnico.





cias religiosas que podemos incorporar bajo el concepto de religión popular.

En este ensayo quisiera reflexionar sobre la importancia del concepto de religiosidad popular para el estudio de la cultura mescamericana, y en particular para la salvadoreña. En primer lugar quisiera hacer una advertencia, este concepto es un tanto ambiguo, pues incluye prácticas y creencias religiosas que son mantenidas por diversos sectores sociales. Poblaciones campesinas ladinas e indígenas, sectores obreros de diversas ramas, pobladores de los tugurios o colonias marginales de los centros urbanos, estudiantes y maestros de las escuelas de escasos recursos, pequeños comerciantes, y la lista se alargaría si quisiéramos enumerar todos los grupos y categorías sociales que componen los sectores subalternos. Esta variedad del componente sociológico que caracteriza a las sociedades contemporáneas, que se complejiza con las variantes regionales, determina que el simbolismo de la llamada religiosidad popular sea fuertemente heterogéneo. Pues, en definitiva, cada grupo social y cada unidad territorial cuenta con una variante particular del simbolismo que caracteriza la religiosidad popular en Mesoamérica.

En cierta medida, es posible mantener que existen determinados sentidos que son comunes a todos los sectores subalternos de la región, al menos por el hecho de mantener todos ellos una posición subalterna, es decir, un estado de oposición y subordinación con respecto a los grupos dominantes de sus respectivas sociedades nacionales. "Quien dice religión popular, señala Gilberto Giménez, hace

referencia a una cultura popular relativamente autónoma, en oposición a la cultura de la élite social, aunque dominada y sobredominada por ésta" (1978:20). Como ejemplo podemos tomar la ceremonia de Semana Santa. ritual católico que constituye un elemento esencial de la religiosidad popular mesoamericana. A un nivel lo suficientemente alto de abstracción. el sentido que los sectores subalternos dañ a esta ceremonia está determinado por el simbolismo del Viernes Santo, simbolismo del héroe-mártir que padece por su pueblo, vive un Vía Crucis, es traicionado y finalmente asesinado. Este simbolismo de Jesucristo se opone, al menos en un punto esencial, a la interpretación que dan los representantes de la religión oficial sobre la ceremonia de Semana Santa. pues para ellos el día clave del ritual es el Domingo de Resurrección, que simboliza al Jesús triunfante, al Jesús que vence a la muerte.

Pero la interpretación popular de la Semana Santa no puede ser reducida a estos contenidos homogéneos, pues como acabamos de señalar, se encuentra inmersa en un conjunto de sistemas locales que le dan contenidos particulares a las ceremonias que se llevan a cabo en los diversos poblados. Incluso al interior de un mismo poblado, el sentido del símbolo del Jesucristo del Vía Crucis presenta variaciones importantes. La interpretación del grupo dominante en un pueblo del interior de El Salvador, mayoritariamente campesino, por eiemplo, puede acercarse más al sentido que la religión oficial le da a los símbolos religiosos que la interpretación de los sectores menos beneficiados, pues el grupo dominante reafirma su poder reproduciendo las con-



cepciones oficiales de la iglesia católica, institución de gran importancia para la definición del poder en cualquier localidad de los países que componen el área mesoamericana.

Así, nuestra hipótesis en este ensavo podría establecerse de la siguiente manera: la religiosidad popular mantiene una serie de contenidos comunes que difieren en algún sentido de la religión oficial, pero estos contenidos presentan variaciones importantes en función de los sistemas locales en los que se encuentran inmersos, de tal manera que lo que denominamos religiosidad popular está constituido por un conjunto de sistemas simbólicos heterogéneos que se relacionan con variantes geográficas y de estructura social. Básicamente, los contenidos de la religiosidad popular están conformados por la mezcla o sincretismo de la religión católica (vahora también de las religiones evangélicas y pentecostales) y las religiones indígenas mescamericanas que dominaban el área antes de la llegada de los españoles. Sin embargo, quisiera mostrar en este ensavo, que estos contenidos están impreqnados de un fuerte simbolismo localista, es decir, de un simbolismo que hace referencia a las condiciones particulares de las diversas localidades.

Esta dicotomía religión popular/religión oficial encuentra su fundamento en el nivel organizativo que garantiza el desarrollo de los contenidos particulares de la religiosidad popular. Tomo, en este sentido, el punto de vista del sociólogo francés Emile Durkheim, quien enfatizó en su obra ya clásica de 1912, Las Formas Elementales de la Vida Religiosa, que todo sistema de creencias y prácticas religiosas implica una comunidad moral que lo sustente y se adhiera a él, lo que "hace presentir que la religión debe ser cosa eminentemente colectiva* (1968:49). En Mesoamérica, el fundamento sociológico de la religiosidad popular puede observarse en los niveles relativamente autónomos de organización social de las clases subalternas (comunidades campesinas, poder municipal, organización por barrios y colonias, etc.) y en las organizaciones religiosas que crean estas clases: cofradías, mavordomías, fiestas patronales, grupos de oración o de estudio bíblico, grupos de danza, v otras formas de organización. En otras palabras, el estudio de la religión popular supone el análisis de los niveles organizativos de los grupos que participan en un determinado sistema de creencias y prácticas religiosas, y el tipo de organizaciones y relaciones sociales especiales que crean para desarrollar sus actividades religiosas y difundir sus creencias.

Ahora bien, siguiendo el análisis que Emile Durkheim ha desarrollado sobre el fenómeno religioso, considero que la religión es ante todo un sistema ético, es decir, expresa en su nivel más profundo el sistema de normas y valores sociales que orienta la vida cotidiana del pueblo que la sustenta. En este sentido, la religión no está relacionada a fenómenos extraordinarios o misteriosos, como las interpretaciones psicologistas han querido establecer, sino que más bien representa un intento de garantizar el curso normal de la vida en sociedad, proporcionando los principios básicos que rigen el funcionamiento del cuerpo social, y, por tanto, debe ser considerada como un sistema modelante. pues en ella crecen los modelos del



mundo que uniforman las creencias, los conocimientos, los sentimientos y el comportamiento humano en sociedad.

Desde esta perspectiva antropológica, la religión surge de la actividad social del hombre y responde a los requerimientos de la vida en sociedad. Cuando nos encontramos en medio de una actividad colectiva, como cuando asistimos al estadio a ver un partido de foot ball o a un concierto de rock o a un carnaval o a una ceremonia religiosa, la colectividad nos induce a hacer cosas que no haríamos sin su presencia, la colectividad se nos impone y condiciona nuestro comportamiento. De la misma manera, la religión, como la sociedad, supone una fuerza que está encima de las creencias individuales la cual prescribe formas de pensar, de sentir v de comportarse en sociedad.

Esto es importante señalarlo, pues una de las interpretaciones más difundidas sobre la religiosidad popular es que ésta tiene un fuerte carácter protector, atribuyéndole el distintivo de la dimensión mágica. En realidad, lo mágico es un elemento constitutivo de todo sistema religioso, oficial o popular, pero el discurso dominante en nuestra sociedad tiende a desvalorizar las prácticas mágicas e identificarlas con la religiosidad popular. Piénsese, por ejemplo, cuando vamos a hacer un viaje largo o a realizar una empresa que implica cierto riesgo, tendemos a hacer el símbolo de la cruz como una manera de protegernos frente al peligro; asimismo, el Santo Padre, principal representante del catolicismo oficial, bendice imágenes que proporcionan protección y seguridad en la vida; o simplemente, el hecho de ir a misa los domingos nos da seguridad para las actividades que realizaremos en la semana siguiente. Así, el catolicismo oficial también está impregnado de prácticas mágicas, aunque no se les denomine de esta manera, pues la identificación de la actividad mágica con la religiosidad popular permite ubicar a ésta y a sus portadores en una posición de inferioridad y subordinación frente a la religión oficial y sus representantes.

En este sentido, podemos establecer con Edmund Leach que todo comportamiento ritual de carácter religioso supone dos tipos de comportamiento:

- 1- el comportamiento comunicativo, es decir, aquel comportamiento que sirve para comunicar información con base en un código culturalmente definido, y
- 2- el comportamiento mágico, o sea, "aquel comportamiento que es poderoso en términos de las convenciones culturales de los actores, pero que no lo es en un sentido técnicoracional; o bien que está dirigido a evocar el poder de potencias ocultas aún cuando no es considerado poderoso en sí..." (en Vogt, E. Z.: 1979: 22)

Detrás de estos dos tipos de comportamiento, encontramos el elemento esencial de todo sistema religioso: el constituir un mecanismo por el cual la sociedad crea, recrea y transmite, el sistema de normas y valores sociales que gobierna la vida cotidiana de los individuos.

Como el lector ya se habrá dado cuenta, en este trabajo he considerado los tres elementos que componen el fenómeno religioso, a saber: el sistema de creencias, la práctica ritual y el grupo o los grupos sociales que practican un determinado ciclo ritual y comparten más o menos las mismas



creencias religiosas. Dado que la cultura mesoamericana es básicamente una cultura ritual, es decir, transmite sus mensajes culturales principalmente por medio de símbolos escénicos e iconográficos, tomo la actividad ritual como el sistema simbólico central en el estudio de la religiosidad popular mesoamericana. A partir del ciclo ritual, se puede detectar con mayor claridad la comunidad religiosa que participa en una determinada actividad simbólica y comparte un sistema de creencias, lo que permite establecer con mayor precisión la base social de la religiosidad popular. De la misma manera, la práctica ritual nos permite estudiar con mayor profundidad las creencias religiosas, al comparar lo que se dice del símbolo con lo que se hace con el símbolo. A continuación. me propongo desarrollar los elementos esenciales que deben de tomarse en cuenta para el estudio de los rituales religiosos. Tomaré como ejemplo los rituales católicos por constituir éstos la base de la religiosidad popular mesoamericana.

EL RITUAL RELIGIOSO:

Partiendo de los estudios de Victor Turner sobre los rituales religiosos en la sociedad Ndembú, el ritual puede ser definido como "una conducta formal prescrita en ocasiones no dominada por la rutina tecnológica, y relacionada con la creencia en seres y fuerzas místicas" (1980, 21). Representa, en primer lugar, un período excepcional en el cual los individuos se abstienen de realizar las actividades cotidianas que caracterizan "el tiempo normal" en una localidad. Esta excepcionalidad se manifiesta claramente en la atmósfera (o ethos) que

crea la celebración de un determinado ritual, lo cual denota la calidad diferente del tiempo y del espacio sagrados en relación al tiempo y al espacio profanos.

Ahora bien, el ritual constituve un sistema de comunicación por medio del cual la sociedad transmite determinados contenidos que considera fundamentales para el desarrollo de la vida social; hace visibles v tangibles una serie de creencias, normas, valores y sentimientos, que no son percibidos directamente en la vida diaria. Pero el ritual religioso no constituye un simple medio por el que la sociedad transmite información a los individuos que la componen, pues como sistema modelante crea modelos del mundo que programan y uniforman los comportamientos humanos. Es una práctica simbólica "cuva función manifiesta es la producción o reproducción de sentidos" (Giménez. G.: 1978, 29),

Un aspecto esencial de la comunicación ritual, que es común a gran parte de los llamados sistemas modelantes secundarios, lo constituve el hecho de que en ella no puede establecerse con claridad la diferencia entre emisores v receptores de mensajes, como se hace en los estudios lingüísticos, pues el ritual es una práctica que carece de autor, que existe únicamente como encarnación de una conciencia colectiva. Nos transmitimos mensajes a nosotros mismos o, si se prefiere, la sociedad transmite determinados contenidos a los individuos que la componen, no obstante que estos contenidos, como hemos señalado más arriba, pueden significar cosas diferentes para los diversos individuos y grupos sociales que participan en una ceremonia determinada.



En cierta medida, puede distinguirse entre la sociedad emisora del mensaje, y los individuos y grupos sociales participantes, receptores, pero esta distinción no puede establecerse de la misma manera que en la comunicación lingüística, pues en el desarrollo de un ritual emisores y receptores de mensaje se confunden.

Sin embargo, es importante reconocer que el rito, al igual que el lenguaje, está compuesto por un coniunto de símbolos que se ordenan constituyendo un sistema, de tal manera que lo esencial en el análisis no son los elementos que componen el sistema ritual sino la relación que mantienen estos elementos entre sí, es decir, la posición que mantienen en relación con el todo. Tumer (1980) considera que los símbolos representan la unidad más pequeña de significación. Estos símbolos, que en términos generales pueden ser definidos como "lo que reemplaza alguna cosa para alguno" (Levi Strauss, C.: 1961, XXVIII), están constituidos por obietos, actividades, relaciones, acontecimientos, gestos y unidades espaciales. En el análisis del ritual, los pequeños detalles, aparentemente sin importancia, ocupan un lugar de primer orden, pues a menudo se transmiten los mensajes por medio de ellos. La trascendencia que se da a un elemento por encima de otros dice algo acerca del mensaje que se quiere transmitir.

Para descubrir el significado último de un símbolo ritual o un sistema de símbolos rituales, es necesario tomar en cuenta tres niveles diferentes de análisis:

1- El nivel exegético: se refiere a las explicaciones que los actores sociales elaboran sobre los símbolos, "lo que se dice de ellos". Es el nivel de las proposiciones émicas, es decir, de lo que los mismos actores sociales consideran significativo, de las valoraciones que ellos hacen de sus propios actos y de los objetos que intervienen en el ritual. Aquí, como en los otros dos niveles, debemos diferenciar, para continuar con la dicotornía religión oficial/ religión popular, la visión de los especialistas rituales de la que manifiestan los simples fieles. Los sacerdotes siempre expresan un punto de vista diferente del que manifiestan los sectores populares. Sin embargo, hay que tomar en cuenta que entre los sacerdotes también existen jerarquías y la interpretación de la alta jerarquía eclesiástica no siempre corresponde a la de los sacerdotes que se encuentran en los peldaños más bajos de la estructura. En realidad, éstos últimos se ubican en una posición intermedia, liminar, entre el catolicismo oficial y la religión católica popular, pues si bien ellos están ligados orgánicamente a la Iglesia Católica oficial y reproducen en gran medida sus concepciones, el sacerdote de un pueblo campesino o de una colonia marginal asume gran parte de las concepciones religiosas de las clases subaltemas y se encuentra muchas veces ligado a ellas por lazos de solidaridad que le condicionan su comportamiento. En gran medida, y ésta es mi hipótesis para este nivel del análisis, la religión católica se extiende con mayor facilidad gracias a la capacidad de los sacerdotes de los pueblos v barrios marginales de la región de conciliar el catolicismo oficial con el popular.

Pero en el análisis exegético no solo debemos distinguir las diferencias de percepción entre sacerdotes y feligresía, sino que también hay que



tomar en cuenta los diversos grupos que participan en la ceremonia, pues ellos también manifiestan diferentes interpretaciones.

Sin embargo, éste no representa el nivel más importante en el estudio de la religiosidad popular. Muchas veces, los informantes, a excepción de los especialistas rituales, se mantienen en el terreno de la obviedad: no se toman la molestia de dar explicaciones más profundas de algo que de todas maneras tienen que hacer de ese modo v no de otro. Además, en numerosas ocasiones hay carencia de exégesis local. Es común que los campesinos o los habitantes de una colonia marginal se limiten a repetir las enseñanzas que el sacerdote les transmite, no porque realmente compartan su mismo punto de vista, sino porque nunca se han tomado la molestia de elaborar un discurso propio sobre temas teológicos; además, es posible

que respondan: "es la costumbre", a lo que estamos habituados los que de alguna manera hemos hecho trabajo de campo en comunidades indígenas o campesinas de Mesoamérica.

En cierta medida, esta actitud nos favorece, pues, como ya lo he señalado en otra parte, si bien las racionalizaciones conscientes de un símbolo o un sistema de símbolos pueden darnos pistas para desentrañar su significado, frecuentemente estas racionalizaciones encubren el contenido real de los símbolos. Tienden a evitar (incluvendo a los especialistas rituales) cualquier escrutinio sobre aquellos símbolos que incorporan contradicciones de carácter social o religioso. Es por ello que el elemento de las exégesis nativas más importantes para nosotros no es el de las interpretaciones explícitas, sino el de los cantos y las plegarias, que representan discursos más cercanos al pen-





samiento inconsciente que al consciente.

Es posible, en este sentido, marcar una ruptura entre religión oficial y religión popular. Mientras que en la primera el discurso teológico tiene un papel de primera importancia, en la religión popular las explicaciones explícitas de los símbolos religiosos tienen un papel secundario: el lenguaje escénico e iconográfico es más importante que el verbal.

El sentido operacional: Para el estudio de la religiosidad popular, más importante que el análisis exegético es el examen de "lo que se hace con el símbolo*. Por medio del análisis de este segundo nivel, lograremos descodificar más fielmente los significados de la actividad ritual para los miembros de las clases subalternas. ya que éstos no siempre son totalmente conscientes del significado profundo de su actividad simbólica. Ellos actúan de determinada manera sin cuestionar el valor de su actuación, lo que nos permite entender su falta de disposición para responder a las preguntas siempre impertinentes de los antropólogos.

Por otra parte, este nivel es fundamental para problemas de dinámica social, pues si bien el idioma exegético (popular y oficial) pretende que las personas y los grupos actúan siempre de acuerdo a las normas ideales de la sociedad, subrayando los aspectos armoniosos y cohesivos de las relaciones sociales, en el nivel de la actuación podemos encontrar contradicciones que de hecho están presentes en la comunidad. Estas contradicciones pueden referirse tanto al sistema de normas y valores como el económico y político.

3- El sentido posicional: se refiere

al modelo elaborado por el antropólogo, según el cual el sentido de un símbolo se deriva de la relación con otros símbolos en una totalidad estructurada. De acuerdo con Ronald Grimes, la mejor forma de escribir los mensajes implícitos de un ritual consiste en imaginar sistemas y pensar en las implicaciones "hasta ver si las líneas sistémicas halladas coinciden o no. Sólo cuando se examina un conjunto de símbolos como si fuera un sistema potencial, se puede descubrir qué relaciones facilita un ciclo ritual y cuáles prohibe" (Grimes, R. L.: 1981, 37). Se trata, en última instancia, de la combinación de los métodos deductivo e inductivo, de tal manera que al final de la operación hayamos logrado desentrañar el sistema de significación de la ceremonia en cuestión.

No hay necesidad de insistir demasiado que estos tres niveles de análisis están íntimamente relacionados, y que uno es complemento de los otros. Para descubrir los contenidos de la religiosidad popular, es importante combinar los tres niveles de análisis, pues uno de ellos aisladamente no permitiría desentrañar la riqueza de significados.

LOS SIMBOLOS RITUALES:

Los símbolos rituales pueden ser clasificados, en razón de su posición dentro del sistema simbólico de un rito determinado, en dos grandes clases:

1- Símbolos dominantes: De acuerdo con Victor Turner (1980), aquellos símbolos que no pueden ser considerados como meros medios para el cumplimiento de los objetivos de un rito en particular, sino que constituyen fines en sí mismos, es decir,





representan valores axiomáticos para la sociedad en donde se lleva a cabo la festividad. Tales símbolos gozan de considerable autonomía con respecto a los fines de los rituales en que aparecen y se erigen en puntos relativamente fiios tanto de la estructura cultural como de la social, e inclusive en puntos de unión entre ambas estructuras. Partiendo de la premisa de que los símbolos normalmente generan una acción determinada, los símbolos dominantes se convierten en focos de interacción para los grupos v las personas que participan en una determinada ceremonia.

Si continuamos analizando la ceremonia de Semana Santa, los íconos del Jesucristo del Vía Crucis y la Virgen de los Dolores son claros ejemplos de este tipo de símbolos. En torno a ellos se desarrolla la festividad de Semana Santa en diferentes puntos de Mesoamérica, y a ellos acuden los diversos grupos que participan en los rituales. Jesucristo, en la concepción mesoamericana, es la máxima figura del redentor, del héroe que reivindica a su pueblo padeciendo por él, que sufre por "todos los hombres" independientemente de su origen étnico o de su posición de clase. En virtud de estos atributos, el ícono adquiere un fuerte contenido conjuntivo, es decir, se erige como un símbolo de "la cooperación y la ayuda mutua", contrario a cualquier idea de discriminación o exclusividad: su participación acentúa la unidad de los sectores implicados en las ceremonias.

Virgen de los Dolores, por su parte, es el ícono femenino que proporciona el modelo de la madre ideal, aquella que nunca abandona a su hijo, que padece al lado de él. Es la madre simbólica de todos los hombres, tanto de los ricos como de los pobres, de los indios como de los ladinos, de los poderosos como de los débiles.

Además, por sus referencias sexuales esta imagen constituye el símbolo más auténtico de "pureza". En un sentido simbólico, su continencia sexual se traduce en la continencia social cuando se manifiesta un conflicto político. Está por encima de las querellas que forman parte de la vida cotidiana de los hombres. En realidad. su poder sólo es accesible en la medida en que los fieles abandonan momentáneamente tales discordias v avanzan hacia ella como a un refugio matemal. Estas características hacen a este ícono, al igual que al Jesucristo del Vía Crucis, un símbolo de la conjunción y la unidad social.

En este sentido, sugiero que en general en las ceremonias de Semana Santa que se llevan a cabo en la región mesoamericana, los íconos aquí analizados desempeñan roles de mediación al interior de las ceremonias. Se convierten, así, en mediadores no sólo entre Dios y los hombres, sino ante todo entre los grupos que participan en los rituales. Son, en definitiva, símbolos proporcionados por la religión oficial (eclessia) y asumidos por la religión popular mesoamericana, de tal manera que sus contenidos están dados por aquella, pero adaptados a las necesidades espacio-temporales de los poblados en los que se realizan ceremonias.

Ahora bien, esto no quiere decir que los íconos analizados no tengan nada que ver con las estructuras de poder. En una investigación realizada en 1988 con la Escuela Nacional de Antropología e Historia de México (ENAH), en el pueblo de San Juan Ahuacatlán, cabecera del municipio



que lleva el mismo nombre, en la Sierra Norte de Puebla, pude comprobar que los íconos del Jesucristo del Vía Crucis (Padre Jesús, en la nomenclatura local) y de la Virgen de los Dolores estaban fuertemente relacionados con las estructuras de poder del poblado, en este caso con estructuras de poder interétnicas, entre ladinos (o mestizos, como les llaman en México) e indígenas (de origen nahuati).

El "uso" que los ahuacatlecos hacían de estos íconos reveló que estas imágenes reforzaban, en buena medida, el sistema jerárquico establecido, que favorecía al grupo ladino. Los arreglos de ambos íconos, así como del escenario donde se llevó a cabo la ceremonia los días centrales del ritual. se realizó bajo la supervisión directa del sacerdote, representante del poder y del orden eclesiástico del municipio. En segundo lugar, y es lo fundamental, estos íconos se movían dentro del espacio habitado por los ladinos, el centro de la cabecera municipal. La procesión del Viernes Santo recorrió las principales calles del centro de Ahuacatlán, núcleo del poder político y económico del grupo ladino en el municipio, sin introducirse en las inmediaciones indígenas. Reprodujo, en definitiva, la topografía política del poblado, antes que representar un movimiento que se traza a través de una zona liminar. Los Santos permanecieron en la cabecera municipal y nunca visitaron los barrios indígenas. Por último, los ladinos tuvieron el dominio de la palabra a lo largo de la ceremonia del Viernes Santo, ellos fueron los que dirigieron los cantos y leyeron las santas escrituras, mientras que los indígenas realizaban los trabajos manuales sin los cuales no podría haberse realizado la ceremonia.

Así, es claro que las imágenes en cuestión se encontraban vinculadas a la conciencia étnica (ethnos) reafirmando la hegemonía política y cultural del grupo ladino. En otras palabras, si bien los íconos del Jesucristo del Vía Crucis (Padre Jesús) y la Virgen de los Dolores desempeñaban roles de mediación al interior de la ceremonia de Semana Santa en San Juan Ahuacatlán, desarrollando un fuerte contenido conjuntivo, de unidad social, al hacerlo ratificaban la hegemonía ladina en la región. En realidad, este doble contenido no es del todo contradictorio, pues la unidad y la solidaridad social pueden crecer a través de las estructuras de poder establecidas, y no necesariamente por medio de un espíritu de igualdad social.

Así, el significado profundo de estos dos símbolos dominantes del ritual de Semana Santa en San Juan Ahuacatlán (Sierra Norte de Puebla, México) puede representarse de la siguiente manera:



Como puede observarse en este esquema, los símbolos eclesiásticos propios de la religión oficial, sufren modificaciones de contenido a medida que penetran en la cultura mesoamericana. En un primer momento, la eclessia establece una alianza con la cultura popular de la región¹. La ceremonia de la Semana Santa sufre una cierta modificación de contenido, pues los símbolos dominantes del ritual son el Jesucristo del Vía Crucis y la Virgen de los Dolores y no el Cristo Resucitado, el Sr. Ascención. en la terminología ahuacatleca. En efecto, en la concepción mesoamericana, la pasión de Cristo en sí misma, el sacrificio que hace Jesús por los hombres, tiene más valor que el resultado final, su glorificación.

Sin embargo, esto aún se mantiene a un nivel demasiado alto de generalidad. Para un campesino que vive en un pueblo pequeño, los símbolos del Jesucristo del Vía Crucis y la Virgen de los Dolores siguen siendo fuertemente universalistas. Es una ceremonia que "viene de afuera; no sabemos de donde, quizás de México o de más lejos, pero que se hace en todos los pueblos", comentaba un in-

formante indígena de Ahuacatlán. Es por ello, que los símbolos eclesiásticos necesitan establecer una alianza con la conciencia colectiva dominante en el poblado, en este caso el ethnos dominante, el ethnos ladino, pues de otra manera no podría desarrollarse un nivel de significación más específicamente local. Esta alianza se establece reafirmando, a través del simbolismo del espacio, la superioridad política y cultural del grupo ladino.

Un aspecto fundamental en el estudio de los Santos como símbolos dominantes en el contexto de la religiosidad popular mesoamericana, es el juego que presenciamos entre metáfora y metonimia. En la Semana Santa de Ahuacatlán, por ejemplo, si bien el Padre Jesús (ícono de metro v medio de altura que representa a Cristo sufriendo en el Vía Crucis) es un símbolo de naturaleza conjuntiva que ratifica la supremacía ladina (por el uso que se hace de él), este símbolo tiene como contrapartida su ícono menor. denominado San Salvador (ícono de 30 cms. que representa a Cristo cargando la cruz), el cual permanece en la casa del mayordomo San Salvador a lo largo del año nuevo. Este mayordo-

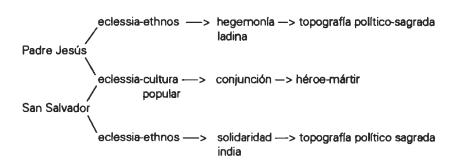
¹ En la conferencia que presenté el 30 de Junio de 1993 en el Museo Nacional "David J. Guzmán" de San Salvador, en este cuadro se establecería una alianza de la eclessia con las civitas, pues el contenido de Jesucristo como héroe-mártir si bien tiene su origen en la apropiación que las clases subalternas hacen de los símbolos eclesiásticos, es claro que estos símbolos forman parte de las conciencias ciudadanas o de la conciencias de las sociedades civiles de los países del área mesoamericana. Sin embargo, es preciso reconocer que este contenido ha sido tomado por las conciencias ciudadanas como una imposición de la cultura popular sobre éstas. Así, el simbolismo del Padre Jesús y la Virgen de los Dolores queda representado de mejor manera como una alianza o asociación de la conciencia eclesiástica con la cultura popular mesoamericana.



mo es de origen indígena y es el encargado del Santo y de la festividad por parte del barrio indio.

Desde cierta perspectiva, podría pensarse que ambos íconos representan a la misma deidad. La exégesis nativa trata a los dos igual. y el mayordomo San Salvador se responsabiliza de ellos como si se tratase del mismo santo. Sin embargo, en el habla cotidiana los indígenas se refieren a cada uno con nombres diferentes: el ícono mayor es el Padre Jesús, mientras que al ícono menor le denominan San Salvador. Además, cada ícono tiene un rol bien definido dentro del ritual: Padre Jesús domina la festividad en el centro de Ahuacatlán, que es dirigida por el sacerdote, mientras que San Salvador sobresale en las ceremonias que se llevan a cabo en el barrio indígena los días 2 de Marzo, cuando se le entrega el Santo al mayordomo encargado, el 6 de agosto, día dedicado a San Salvador, y el Domingo de Resurrección, cuando los indígenas se van a festeiar a su barrio. A estas festividades no asisten ni el sacerdote ni los ladinos del pueblo.

En realidad, se trata de un juego entre metáfora y metonimia característico del pensamiento religioso: la metáfora es tratada como metonimia. Como sugiere Leach, el pensamiento religioso funciona bajo una lógica diferente al que domina las actividades técnicas: "cuando nos ocupamos de una acción técnica corriente damos por supuesto que si una entidad A se distingue de una entidad B, no se puede sostener simultáneamente que A y B son idénticas. En el razonamiento teológico sucede precisamente lo contrario" (Leach, E.: 1978, 96). Y este es un claro ejemplo de esa lógica diferente, pues si bien ambos (conos representan al mismo Santo, ellos constituyen deidades diferentes, desde el punto de vista de su "uso". Así, San Salvador, como Padre Jesús, alberga un doble conteriido: en cierto sentido es un símbolo de la conjunción, pues representa al héroe-mártir; pero en otro sentido, por el uso que se hace de él, acentúa la solidaridad india y, por tanto, se convierte en un símbolo que refuerza la división al interior del pueblo, el particularismo y el exclusivismo.



Esta característica, por otra parte, no constituye un atributo particular de los íconos del Padre Jesús y San Salvador. La observamos en todas las imágenes que participan en la Semana Santa, e inclusive en todos los Santos del Pueblo. Santo Entierro (Jesús en un féretro de vidrio) y Sr. Ascención



(Jesús que sube glorioso a los cielos) son y no son la misma deidad que el Padre Jesús. En el caso de los Santos Patronos la actitud es similar: el patrón es el ícono que está en su comunidad, no el que festejan en la comunidad vecina, aunque ambos representan al mismo Santo.

Por último, es importante señalar que los símbolos dominantes no siempre presiden toda la ceremonia ni incorporan a todos los grupos participantes, sino que muchas veces sólo presiden fases participantes del ritual y constituyen focos de interacción para uno de los grupos participantes. Este es el caso del último de los símbolos dominantes de la Semana Santa ahuacatleca, a saber, el altar del mayordomo San Salvador, alrededor del cual se llevan a cabo las ceremo-

nias propiamente indígenas. A diferencia de los íconos arriba tratados. este altar es un símbolo que corresponde directamente al ethnos y, como tal, es un marcador de la disyunción, es decir, de la particularidad, de la diferencia. En estos altares se festeja a los santos del barrio indígena y allí se le reza a los antepasados, representantes de la comunidad. Como señalé anteriormente, en ninguna de las fiestas realizadas en la casa del mayordomo San Salvador participaron los ladinos del centro del pueblo o algún representante de la Iglesia Católica. Es, indudablemente, un símbolo de la disyunción que reafirma la solidaridad v la cohesión india por encima de la unidad de todos los ahuacatlecos. Este símbolo podría representarse de la siguiente manera:

Altar Mayordomo--> ethnos--> disyunción-->solidaridad india--> tradición San Salvador

2-Símbolos instrumentales: la segunda clase de símbolos se refiere a aquellos que se encuentran subordinados a los fines expresos o implícitos del ritual. Estos símbolos hay que contemplarlos en relación a la cadena sintagmática que conforma la ceremonia, tomando en cuenta que todo rito implica una sucesión temporal de acontecimientos. Aún y cuando los mensajes que el ritual transmite son por su propia naturaleza sincrónicos, pues "el final está implícito en el comienzo, y viceversa, "(Leach, E.: 1978, 37), estos mensajes no pueden expresarse si no es a partir de la cadena lineal o temporal de acontecimientos. Es la combinación de los diferentes símbolos dominantes e instrumentales al interior de un rito determinado lo que constituye su significado global y no los símbolos dominantes e instrumentales en forma aislada. La descripción de los símbolos instrumentales del ritual nos lleva a reconstruir la actividad simbólica tal como se lleva a cabo en el tiempo y el espacio.

PROPIEDADES DE LOS SIMBO-LOS RITUALES:

Un aspecto fundamental en el estudio de los rituales religiosos es el esclarecimiento de las propiedades de los símbolos que lo componen. En general, podemos considerar tres propiedades fundamentales:

1- Condensación: los símbolos rituales son símbolos de condensación.



es decir, condensan diversas actividades para representar un significado determinado. La comunicación ritual se realiza a través de la combinación de diferentes canales sensoriales: expresiones verbales, musicales, coreográficas y estético-visuales, se combinan para producir un "mensaje único". Los participantes condensan los mensajes que se transmiten por medio de estos canales, de tal manera que al finalizar la ceremonia ésta es concebida como una experiencia única.

2-Unificación de significata dispares: los símbolos rituales son, por su propia naturaleza, multivalentes o polisémicos, es decir, poseen una amplia gama de significados, muchas veces sin relación directa entre ellos, que pueden estar unidos por cualidades análogas o estar asociados de hecho o en el pensamiento. El significado específico de un determinado símbolo depende del contexto simbólico particular en el cual se encuentra inmerso. En el caso del Altar del Mayordomo San Salvador, por ejemplo, el lugar representa, como lo acabamos de mencionar, la tradición y la solidaridad de la comunidad india. Pero también representa la Casa del Santo por ese año y, por tanto, la protección mística del barrio. Además, cuando el santo ingresa a la casa del mayordomo, todos los miembros del grupo doméstico realizan una ceremonia de recibimiento. Así, el altar es también símbolo de la unidad del grupo doméstico, célula de la organización social de las comunidades indias. Estos tres diferentes significados están presentes en diversos episodios de la Semana Santa Ahuacatleca, no obstante que el primero se imponga sobre los demás en función del sistema de símbolos que rige a esta festividad.

3- Polarización de sentido: los símbolos rituales se caracterizan por mantener una bipolaridad de significación: por un lado, encontramos lo que Victor Turner (1980) denomina el polo ideológico o normativo, es decir, aquel agregado de significados que se refiere al orden moral, al sistema de normas y valores sociales. El otro polo, el denominado sensorial o emocional, está directamente relacionado con la forma externa del símbolo, se refiere a las emociones que nos provoca la apariencia física del símbolo.

Así, el ícono del Jesucristo del Vía Crucis en su apariencia externa expresa una clara sensación de dolor v sufrimiento físico. En el nivel normativo, representa el principio de la aceptación del sufrimiento y el sacrificio como algo inherente a la condición del ser humano. El hecho de que el ícono de Jesucristo esté representado por un hombre blanco y barbado refuerza este principio, pues asocia a la víctima con el criollo mesoamericano, sujeto dominante en la constitución de las sociedades mesoamericanas postindependentistas. Este principio se relaciona con el de cooperación y ayuda mutua, ya que el sentimiento de que todos estamos expuestos al sufrimiento físico, de que todos debemos sufrir como Cristo sufrió, incita a la solidaridad y la coadyuvación de los participantes.

Esta última propiedad es de gran trascendencia si se toma en cuenta que el ritual es un elaborado mecanismo que convierte lo obligatorio en deseable, poniendo las normas y valores sociales en estrecho contacto con fuertes estímulos emocionales. En el desarrollo de la ceremonia, la agitación social y los estímulos propiamen-



te fisiológicos (cantos, plegarias, alcohol, incienso, cohetes) hacen que los símbolos dominantes experimenten un cambio de cualidades entre sus polos de sentido: "las normas y los valores se cargan de emoción, mientras que las emociones básicas y groseras se ennoblecen a través del contacto de los valores sociales. Así, el fascículo de la represión moral se





convierte en el amora la virtud⁴ (Turner, V.: 1980, 33).

EL CAMPO DEL RITUAL:

Como va se ha indicado anteriormente, la actividad ritual no puede ser comprendida si no se toma en cuenta el contexto sociológico en el que se desenvuelve. La actividad ritual es parte de la vida social del pueblo que la realiza y tiene repercusiones sobre la organización de esta vida social. Sólo de esta manera podemos entender la conclusión de Tumer en su conocido artículo "Símbolos en el Ritual Ndembú", a saber: "las celebraciones del ritual son fases de amplios procesos sociales cuyo alcance y complejidad son más o menos proporcionales al tamaño y al grado de diferenciación de los grupos en los que se presentan" (1980, 50).

El contexto sociológico de una actividad ritual está determinado por las categorías y los grupos sociales que participan en la ceremonia, los cuales mantienen un punto de vista particular de acuerdo a su posición dentro de la sociedad global y la estructura de roles al interior del ritual. De hecho, los individuos no acuden a una ceremonia despojados de su personalidad social, liberados de las múltiples determinaciones que la sociedad global les impone. En realidad, los diversos principios y normas de agrupamiento que ordenan la personalidad social de los actores, en función de la posición que éstos tienen en la estructura social del poblado, condicionan su comportamiento a lo largo de la celebración del ritual, así como la particular interpretación que mantienen sobre la ceremonia y sus símbolos dominantes. Es por ello que Grimes (1981) insiste en la necesidad de preguntarnos constantemente: ¿Significa para quién?, ya que un mismo símbolo puede adquirir diferentes significados de acuerdo a los diversos grupos que entran en contacto con él.

Sin embargo, la problemática no se agota aquí. El ritual abre un espacio en el cual los grupos y las categorías sociales compiten por el poder. Los grupos y las categorías sociales que participan en un ritual determinado mantienen en su vida cotidiana relaciones de poder entre ellos, y la decisión de celebrar la ceremonia hace que este campo de poderes se convierta en un campo de fuerzas: las entidades sociales participantes ponen a prueba su capacidad de poder, compitiendo por los papeles rituales principales, con base en los fines y los valores propios de ritual y los intereses privados y faccionales. Esta competencia por el poder al interior del ritual se desarrolla en el marco más o menos flexible de las prescripciones ceremoniales.

Para entender esta dinámica de competencia por el poder, Tumer (1980) considera adecuado enmarcar las conductas observadas en un campo compuesto por las creencias y prácticas propias del rito y su contexto sociológico. A este campo se le denomina el campo del ritual, arguyendo que en la práctica es imposible deslindar los dos conjuntos de determinantes.

Lo que hay que resaltar en este nivel del análisis, es que el ritual es un campo dinámico que cuenta con una estructura propia de relaciones sociales. Esta estructura está compuesta por un conjunto de roles jerárquicamente ordenados, los cuales tienen repercusiones para la vida





social que se desarrolla después de haberse realizado el ritual. Los individuos y los grupos que participan en la ceremonia compiten por lograr mejores posiciones de poder al interior del ritual, utilizando los valores v las normas rituales para lograr ventajas personales. La cualidad polisémica de los símbolos rituales permite su manipulación para conseguir fines faccionales. Es por ello que debemos concebir la religiosidad popular no como un campo homogéneo sino como un campo de fuerzas en el que participan diversos grupos y categorías sociales, manipulando valores y normas sociales para lograr fines privados.

EL CONTEXTO CULTURAL:

Como va lo habrá intuido el lector, la descodificación de los mensajes rituales no depende únicamente de su análisis formal y del examen de su contexto sociológico, sino también del conocimiento previo que el investigador tenga del sistema cultural del que forma parte, de la sutileza con que haya desentrañado los principios fundamentales que rigen la vida en sociedad. "El análisis del simbolismo ritual, afirma Mary Douglas, no puede empezar hasta que reconozcamos que el rito es un intento de crear y mantener determinada cultura, una determinada serie de supuestos mediante los cuales se controla la experiencia" (1973, 173).

Diversos autores han insistido que el ritual es por su propia naturaleza conjuntivo, es decir, tiende a reafirmar los principios de unidad y solidaridad de todos los miembros que participan en la ceremonia. "El ritual es conjuntivo, pues instituye la unión (podríamos decir aquí que una comunión), en todo

caso, una relación orgánica entre dos grupos (que se confunden, en el límite, uno con el personaje oficiante, y el otro con la colectividad de los fieles) y que estaban disociados al comienzo... y el «juego» consiste en hacer pasar a todos los participantes al lado del bando ganador (Levi Strauss, C.: 1984, 58-59).

Aún y cuando las prácticas rituales pueden incorporar en su seno al conflicto entre principios divergentes, como en el caso de la Semana Santa en Ahuacatlán, que incorpora la dicotomía conjunción/disyunción o unidad/exclusivismo, como producto del conflicto interétnico, el mensaie último del ritual religioso siempre tiende a establecer la unidad del cuerpo social, aunque reafirme, al mismo tiempo, la supremacía socio-política y cultural de unir de los grupos participantes. La presencia del conflicto en las prácticas religiosas no niega el principio conjuntivo, pues finalmente los sistemas de normas y valores nunça son completamente coherentes, siempre incorporan el conflicto entre valores y normas sociales como parte de su propia dinámica. El conflicto social (étnico, de clase, o de cualquier otra naturaleza) y de principios normativos, que se expresa en el desarrollo de un determinado ritual, puede desembocar en la resolución ideal de un conflicto que en la vida cotidiana no tiene solución. Así, al finalizar el rito los hombres tienen mayor capacidad de soportar las contradicciones de su vida social y su sistema de normas y valores sociales. El ritual es ante todo el triunfo de la normatividad social, la aceptación del sistema de normas y valores sociales como algo deseado.

Pero el estudio de la religiosidad popular mesoamericana, tal v



como lo hemos visto a lo largo de este trabajo, implica el paso del examen de estos principios universales al análisis de los sistemas culturales en los que se llevan a cabo las celebraciones rituales concretas. En este sentido, si bien los rituales en general tienden a reafirmar los principios conjuntivos, estos principios no pueden ser transmitidos si no es en función del sistema cultural que los engloba. En otras palabras, los contenidos universales de las prácticas religiosas no pueden ser asumidos por los creventes si no es a través de un proceso por el cual los contenidos universales adquieren un idioma local.

Esta problemática tiene especial interés para nuestro trabajo. En este ensayo he querido resaltar que una diferencia fundamental entre religión oficial y religión popular, es que aquella se basa en un simbolismo de carácter más universalista, habla con un lenguaje que pretende ser común a todos los pueblos de la tierra, mientras que la religión popular mesoamericana tiende a resaltar los simbolismos locales, las características particulares que distinguen a una localidad de otra. Así, diremos que el proceso de inserción del catolicismo oficial en los pueblos mesoamericanos supone no sólo el sincretismo con los sistemas religiosos prehispánicos, sino también la adopción de un lenguaje cada vez más localista.

En el análisis de los íconos del Je sucristo del Vía Crucis y la Virgen de los Dolores, señalamos que en este proceso de adopción de un simbolismo localista, los símbolos eclesiásticos pasan al menos por dos etapas. En un primer momento, los íconos en cuestión asumen contenidos que son cotoda la munes mesoamericana, lo que hemos representado metafóricamente por medio de la alianza eclessia-cultura popular mesoamericana, dando como resultado la asociación de Jesucristo con la idea del héroe-mártir. En una segunda instancia, los íconos adquieren una dimensión todavía más localista, lo que en el análisis de la Semana Santa en Ahuacatlán se representó con la alianza eclessia-ethnos, pero que en otros poblados podría representarse por medio de una alianza con la conciencia de clase o con facciones políticas o con otro tipo de conciencia social, dependiendo de las características del contexto socio-cultural.

Así quisiera terminar reafirmando la hipótesis que establecimos al principio de este ensayo: la religión popular mesoamericana mantiene una serie de contenidos que en algún sentido difieren de la religión oficial, principalmente porque está enmarcada en la cultura de las clases subalternas, sin embargo, está constituida por un gran número de sistemas simbólicos heterogéneos que responden a contextos socio culturales locales, lo que le proporciona un simbolismo de carácter localista.



CULTURA

BIBLIOGRAFIA:

Douglas, Mary:

1973 Pureza y peligro. Un análisis de los Conceptos de Contaminación y Tabú, Madrid, S. XXI.

Falla, Ricardo:

1984 Esa Muerte Que nos Hace Vivir: Estudio de la Religión Popular, San Salvador, UCA.

Girnénez, Gilberto:

1978 Cultura Popular y religión en el Anahuac, México, C.E.E.

Grimes, Ronald L.:

1981 Símbolo y conquista. Rituales y teatro en Sta. Fe, Nuevo México, México, FCE.

Lara M., Carlos Benjamín:

1988 La Semana Santa en Ahuacatlán, Sierra Norte de Puebla, México, ENAH. Tesis Profesional.

1988 "Simbolismo y Ritual: La Semana Santa en San Juan Ahuacatlán", Rev. Cuicuilco No. 20, México.

Leach, Edmund:

1978 Cultura y Comunicación. La Lógica de la Conexión de los Símbolos, Madrid S. XXI.

1971 "Dos Ensayos Sobre La Representación Simbólica del Tiempo", en Replanteamiento de la Antropología, España, Seix Barral.

Levi Strauss, Claude:

1961 Antropología Estructural, Buenos Aires, EUDEBA.

1964 El Pensamiento Salvaje, México, FCE.

López Austin, Alfredo:

1980 Cuerpo Humano e ideología. Las Concepciones de los Antiguos Nahuas, México, UNAM.

Portelli, Hugues:

1977 Gramsci y la Cuestión Religiosa: Una Sociología marxista de la

Religión, Barcelona, LAIA.

1973 Gramsci y El Bloque Histórico, México, S. XXI.

Turner, Victor:

1980 La selva de los Símbolos, Madrid, S. XXI.

Vogt, Evon Z.:

1979 Ofrendas Para los Dioses, México, S. XXI.



HSIN HSIN MING, PRIMER POEMA ZEN

Carlos Ortega Guerrero

sin hsin ming (Mente afirmada en Mente) constituye, al decir de numerosos estudiosos, el primer texto zen; lo debemos a Seng Ts'an, tercer patriarca de esta disciplina espiritual. El poema, escrito para contribuir a la realización, más que a la dilucidación, de la verdad última—es decir, la primera: la radical—, representa la más antigua formulación zen del camino (1) cifrada por el puño y la letra—la muñeca y el ideograma— de un maestro iluminado.

El zen llega a nosotros madurado por la cultura japonesa, que lo adoptó y desarrolló a partir del siglo doce hasta imprimirle sus rasgos actuales (2). Como *ch'an* aparece en China en el siglo seis, es la síntesis de dos profundas raíces espirituales: el

budismo del camino medio, que a un tiempo busca la liberación de la mente y ejerce la compasión a través de un ascetismo de hondo sentido humano; el austero taoismo, que ve en

el ser sentido (3), forma y vacío en transmutación perpetua. El ch'an comprende estos afluentes, abarca su correspondencia: la insondable unidad eterna en el estado claro de nirvana (iluminación, satori en japonés). Mediante el ejercicio de una ardua disciplina mental, el adepto logra romper la cadena del sufrimiento (la continua e inercial inserción en la rueda cotidiana del dolor: samsara) para llegar en plenitud mental a la serenidad de su sentido cierto: la naturaleza profunda que le trasciende y en él mana, la verdad eterna en la que es Todo incesante y parte transmutante.

La raíz taoista del zen se remonta al siglo seis a. C. Lao Tse es el formulador inicial y divulgador involuntario del *Tao te king* (Camino del sentido) y, junto con Chuang Tzu, el arquetipo del *hombre de Tao* (4). Su raíz budista proviene de la enseñanza del propio Siddharta Gautama, el *Buddha* (iluminado) histórico (n. siglo siete a. C.). La veta zen del budismo

> nace con el discurso de la flor. Reunido con sus discípulos, en medio del silencio Gautama levanta ante ellos una flor; sólo Mahakashyapa sonríe, comprende. La transmisión mente

a mente se ha verificado. El zen la continúa. Así se inicia la *transmisión* de la lámpara, que el budismo zen

Carlos Ortaga Guerraro (Máxico, 1947) Consejero Cultural de la Embajada de México en Costa Rica. Ha publicado escritos varios y dibujos en revistas de México y del Istrno. Premio Nacional de Poasia Nayarit 1974. Publico Cudadania Independiente (1991).



llama significativamente transmisión especial fuera de las escrituras (los sutras y sus preceptos morales).

La confección etimológica del vocablo zen resultaría ejemplar de ese derrotero cultural: la lectura japonesa (zen) del cifrado ideogramático chino (ch'an) de la voz sánscrita dhyana: meditación, absorción mental que eleva el espíritu.

Desde que el Buddha Gautama transmitió la enseñanza a Mahakashyapa hasta que el zen hizo su irrupción en China se cuentan veintiocho patriarcas. Para algunos autores esta versión es legendaria, no histórica (5). Es en cambio indiscutida la llegada de la lámpara a China en las manos —la mente— del monje hindú Bodhidharma, a quien se conoce menos como vigesimoctavo patriarca de la transmisión y más como primer patriarca zen (6).

Con 109 años de edad, según algunas versiones (7), Bodhidharma llegó al sur de China en 520, proveniente de la India, con el propósito de realizar la enseñanza en esa tierra. Ahí se entrevistó con Wu, emperador de Liang, conocido por sus obras y servicios en favor del budismo.

- —¿Cuál es el mérito de mis obras?— preguntó el benefactor al santo.
 - —No hay mérito.
 - -¿Por qué?
- —Tus acciones son como las sombras que siguen a los objetos.
- —¿Cuál es, pues, el principio más alto de la santa doctrina?
- —El vasto vacío, y nada en él que pueda ser llamado santo.
- —Entonces, ¿quién está ahora frente a mí?, ¿quién dice eso?

—Yo no sé—contestó el sabio v se marchó.

Se dice que tras sostener con el monarca este hoy famoso *mondo* (diálogo esclarecedor de significación espiritual), Bodhidharma se internó en China y se concentró en el ejercicio de la purificación de la mente, pasando nueve años "ante la pared".

Este punto merece mayor esclarecimiento. La frase alude a la práctica de lo que hoy conocemos como zazen (meditación sentado, piedra basal de la disciplina zen), que a la fecha muchos practicantes realizan frente a la pared, con lo que evocan la indoblegable aplicación del patriarca y continúan su linaie espiritual (8). Pero alude asimismo a la concentración de la mirada interior en la pared interior. Me explico. En el zazen es usual concentrar los ojos semicerrados en un punto desenfocado de la pared o el suelo, o en el aire entre los ojos y el suelo, o en la punta de la nariz o, por dentro, entre las cejas en el ceño. Esta última postura de la mirada se hace también con los ojos cerrados y ofrece un punto de esfuerzo mental auxiliar en el ejercicio de la meditación: concentra la mente en atender. Pero ¿en atender qué?

El zen es categórico respecto de la importancia del viaje de Bodhidharma hacia el oriente, el acontecimiento constituye por sí mismo uno de los koanes (9) pudiéramos decir clásicos (como es clásico el haikú de la rana de Basho). La importancia tal no reside en el evento de la entrevista con el monarca de Liang (aunque es la perla del mondo), sino en la postura ante la pared (pi kuan, nos informa Suzuki) que sostiene el patriarca durante nueve años. Allí está la enseñanza, lo que Bodhidharma vino



a decir; eso y que la penetración de la pared —la roca que taladra la cigarra desemboca en claro vacío. ¿Qué puede ser esta vacuidad, sino el sustrato del cual emergen todos los fenómenos y al cual, inevitablemente, retornan?"—explica Roshi Philip Kapleau, y añade-... de ahí emana el significado vital de esos "nueve años de encarar la pared —de encararse a sí mismo". Suzuki resume en una palabra la aportación de Bodhidharma con su viaje espiritual: satori (10). Eso es lo que el budismo se había olvidado de llevar a China y lo que esta cultura estaba en aptitud vacante para atender: la lámpara, el acceso directo (ciertamente esforzado) al estado búdico, en el que en serena lucidez la luz de la iluminación se hace manifiesta. Agua quieta refleja luna nítida. He allí la inasible nuez del zen. Bodhidharma la siembra en tierra fértil, la planta se aclimata en latitudes taoistas v fructifica renovada: los patriarcas subsecuentes v el budismo zen serán chinos.

La pared, pues, ayuda a la mente a concentrar su atención en su esencial naturaleza. Y conforme la mente lo hace se aquieta en su propia vacuidad v vuelve a ser el vacío absoluto y trascendente. Pared interior o pared exterior es va lo mismo: una sola mente se penetra. De este modo se desarrolla el ojo mental, un ojo que no ve pero desde cuva disposición todo se ve justo: relativo y Uno. El proceso de apertura de este ojo simboliza v aun constituve el despertar de la mente hacia la talidad (11). No obstante el fenómeno sea eminentemente espiritual, la concentración ante-lapared produce una sensación física, - se siente la mente aplicada a la pared mental mientras penetra encarnando su naturaleza, hasta que traspasa:

¡satori!Esto es lo que hay en los ojos desorbitados y estrábicos con los que representa a Bodhidharma la iconografía zen, de la que es tema favorito. Puede decirse sin forzar la metáfora que tal forma de aplicación de la consciencia es mente afirmando (afirmándose en) Mente.

*

Cuanto he mencionado cumple un propósito simplemente informativo, proporcionar ciertas cotas culturales que faciliten la ubicación del poema en su universo de referencia. En realidad, del zen conviene no hablar: de hecho no es posible hacerlo: se trata de una experiencia intransferible, no descifrable ni codificable, aunque absolutamente cierta. "Transmisión especial fuera de las escrituras". Hablar y escribir producen sucesivos equívocos. Doy un ejemplo. El poema, como muchos textos zen, corta de cuaio con las ideas de lo bueno y lo malo, el bien y el mal. Después de eso, ¿qué importancia puede tener la conducta? El zen muestra lo relativo --- v por ello ilusorio--- de los valores, no su inexistencia humana. Concluir que no se dispone de referencias válidas para orientar y evaluar los actos puede ser motivo de orgullo en una inteligencia que se propone meramente abstraer, pero ello no exime al sujeto de actuar con bien o con mal, en intenciones y resultados. El zen no se desentiende de que los actos humanos generan consecuencias humanas y los seres humanos en su hacer producen efectos sociales y emocionales, y si en trascender en conciencia lo relativo humano halla su propósito —trascender no es evadir-, en ignorarlo conscientemente sólo ve despropósito. Seres v



actos son bondadosos o mezquinos según circunstancias y calidades, sensibilidades y existencias. El zen no es sólo claridad mental para mirarlo, sino también camino espiritual para vivirlo.

Mas si la palabra y la escritura arriesgan a equívoco, preservan y difunden el decir de los maestros. Existen textos atribuidos a Bodhidharma. son principalmente transcripciones de la tradición oral y algunos fragmentos que pudo haber cifrado él mismo y que nos llegan por fuentes indirectas. Pero el primer escrito zen deliberado que asumen los estudiosos es el del tercer patriarca. Seng Ts'an lo sintetiza en los comienzos del siglo siete, cerca ya del término de su vida, cuando han pasado casi noventa años desde la llegada de Bodhidharma. Importa especialmente que se trate de un poema. Un poema es, por cierto, "escritura", lenguaje escrito, grafía, pero es lenguaje en libertad, suscita alcance mental, desenvolvimiento del espíritu. La poesía hace expresión certera porque es de suyo dúctil: debe lograr su ajustada cifra sin condicionar la recreación del universo que significa: un poema es así irreductible, fuente y forma —vehículo— de su propio misterio. En el zen, la poesía ha brindado frutos deslumbrantes, baste recordar la rica tradición del haikú (12).

Hsin hsin ming aúna a la importancia de su materia y su carácter su belleza y su certeza. Vemos allí zen en estado puro, dictado en frases cortas que van ahondando y extendiendo el dicho luminoso en la sensibilidad del lector, conforme discurren los ceñidos versos. Casi catorce siglos después de su confección el poema no ha perdido su capacidad nutricia, aún aclara y abrillanta la mente que lo atiende.

De Seng Ts'an se sabe muy poco. Se ignoran la fecha y el lugar de su nacimiento. Recibió la túnica y la escudilla de Bodhidharma (símbolos del patriarcado zen) de manos de Hui ké, segundo patriarca (486-593). Tenía cuarenta años y padecía feng yang (especie de lepra) cuando se acercó a éste pidiéndole:

- —Sufro feng yang, te ruego me limpies de mis pecados.
- —Tráelos aquí y te limpiaré de ellos— respondió Hui ké.
- —Cuando los busco los hallo inalcanzables...
- —Terminé de limpiarte por completo.
- Asombrado, Seng Ts'an imploró:
- —Tú que lo sabes dime, ¿qué son el *Buddha* y el *Dharma*? (13).
- —La Mente es el *Buddha*, la Mente es el *Dharma*; y el *Buddha* y el *Dharma* no son dos.
- —Tras escucharte comprendo que los pecados no están dentro, fuera, ni en medio.

Inició así Seng Ts'an su camino hacia la iluminación. Se desconocen los pormenores de su transformación en patriarca. Roshi Kapleau habla de él como un hombre "notablemente bondadoso y amable... que llegó a despojarse de todos los lazos e ilusiones". Pasó muchos años refugiado en las montañas con numerosos adeptos, protegiéndose de la persecusión desatada por el emperador contra las sectas budistas. La forma de vida disciplinada y sencilla que observó junto con sus seguidores les dio gran adaptabilidad e hizo posible que entre todas fuera la secta zen la que más rápido se recuperara (14). Poco antes de su muerte, ocurrida en 606, Seng



Ts'an transmitió el patriarcado a Tao Hsin, a quien había encontrado en 592 y cuya mente había tocado en este mondo:

—Muéstrame el camino de la liberación.

—¿Quién te hizo jamás esclavo?

Fuera de estas mínimas referencias, Seng Ts'an es, para el estudioso moderno, su herencia resuelta en poema: Hsin hsin ming.

El poema es un modo de decir idóneo para ciertas ocupaciones y estados del espíritu. Allí donde el pueblo chino ha procurado una sensibilidad que se inclina a la armonía universal que percibe, ha encontrado en el poema la forma natural de expresión. Adicionalmente, la escritura ideogramática, generadora del arte de la caligrafía, constituye en sí misma una dimensión de la expresión poética (15).

La poesía china cuenta una historia milenaria, con poemas escritos hasta veintidos siglos antes de nuestra era es tal vez la más antigua del orbe (16). A lo largo de los siglos y de manera continua ha enlazado cantos que son un mismo canto, una pregunta y su respuesta melancólica: la sutileza amorosa y la magia bucólica, el cumplimiento militar y la hondura metafísica, la soledad y transitoriedad de los seres, son temas que decanta un mismo espíritu asombrado y devoto, una forma sensible que experimenta la existencia. El poeta chino interroga y celebra mientras surgen y declinan los imperios y las dinastías. mientras se afirma y desvanece la civilización, mientras vienen y van los tiempos.

Por largos períodos, la poesía fue en China una actividad ligada a la Corte y el poeta un personaje favorecido por el monarca y sus ministros; los pocos ciudadanos cabalmente letrados eran apreciados y requeridos para el ejercicio de las funciones públicas. También de este modo la poesía contribuyó al engrandecimiento de esa cultura. La poesía mereció reconocimiento y atención en las diversas épocas; su compilación constituyó una de las ocupaciones de Confucio, que reunió hace veinticinco siglos en uno de sus cinco libros canónicos buena parte de la producción poética escrita desde los orígenes hasta sus días.

Como tantas otras áreas del hacer humano y la expresión sensible, la poesía lírica vivió su época de oro durante el predominio de la dinastía Tang (618-906); en este período clásico florecen los pinceles más grandes de la añeja tradición: Li Po, Tu Fu, Po Chu-Yi, Wang Wei. La dinastía Tang dio a China más de dos mil poetas y cerca de cincuenta mil poemas, si contamos sólo lo que se conserva (17); algunos de los gobernantes fueron poetas ellos mismos.

En los tiempos en que Seng Ts'an —ciertamente aislado, lejos de las ciudades, separado del mundo cortesano y aun perseguido por élescribía *Hsin hsin ming*, la dinastía Sui (589-618), responsable de un importante esfuerzo de unificación del imperio --por entonces disgregado-que incluvó una dosis de autoritarismo e intolerancia, tocaba a su fin; se aproximaba ya el alumbramiento de la era de esplendor, la era Tang. Por unos pocos años, Seng Ts'an no llegaría a conocerla. Pero él de cualquier modo, según podemos colegir, había optado por una vía singular en la realización de



sus haceres. Aunque es difícil pensarlo desligado de la tradición lírica en una región cultural ciertamente impregnada de poesía, los pocos hechos de su vida que conocemos invitan a imaginarlo propenso a una marginación circunstancial o voluntaria respecto de los círculos y contextos activos de la sociedad y el arte oficial. Su asunto era el ch'an.

No obstante, es patente su pertenencia a la veta más honda de la tradición poética china, la que campea en los sutiles derroteros del espíritu taoista y fructifica en la forma de proverbios, refranes, aforismos y parábolas: la que forió el arcano / King o Libro de las mutaciones (reputado como el libro más antiquo); la que cifró el ancestral Tao te king; la que animó los cantos antologados por Confucio en su célebre Che King o Libro de poemas: la que nutriría las delicadas composiciones con las que los maestros mayores (18) de la dinastía Tang—más de un siglo después de que Seng Ts'an diera su poema— redondearían esa sobria valoración transitiva de la existencia, característica de las grandes obras de la poética china.

Hasta donde conozco, en español se disponía del Hsin hsin ming en versiones más bien ilustrativas, dentro de textos analíticos y de divulgación, como es el caso de los ensayos de Susuki o de las obras introductorias al budismo zen hoy abundantes en nuestro idioma. Dos, a mi juicio, destacan: la que aparece en la edición mexicana de Zen, amanecer en occidente, y —aunque sumaria y descuidada en la forma— la que se encuentra en La filosofía perenne de Aldous Huxley (19). Para elaborar la que pre-

sentan estas líneas, he partido de la excelente versión inglesa del Centro Zen de Rochester (20). No he verificado cotejo alguno con el original chino—por lo demás, desconocido para las pocas personas familiarizadas con la cultura china a quienes he preguntado—; no se trata, pues, de una traducción. En cambio, he intentado un decir a la vez figurativo y abstracto capaz de evocar el modo de este poema espiritual cuya sustancia es el vacío, la trascendencia de la mente pensante hacia la talidad.

Explica Roshi Kapleau: "El primer signo del título, hsin, significa fe o confianza. Más que una fuerte creencia, la fe es la convicción que crece de una conciencia intuitiva —aunque sea por escasos momentos— de la indivisibilidad de toda la existencia". Aquí, pues, fe no es acatamiento confiado del dogma, sino prosecusión de la confianza a la que accede la mente sin apego. "El segundo hsin --continúa Kaøleau- significa Mente, el sustrato de todos los fenómenos, aquello que sabe, aquello que por derecho de nacimiento tenemos cada uno de nosotros". Susuki, por su parte, dice: "Hsin es una de esas palabras chinas que desafían la traducción... significa «mente», «corazón», «alma», «espíritu», cada término por separado o todos en conjunto"; y añade "no me refiero (sólo) a nuestra mente psicológica sino a la que puede llamarse mente absoluta o Mente" (21), En la versión inglesa que sigo, el poema se titula Affirming faith in mind; ya que la afirmación mental de marras es indicativa y aun denotativa de fe, he preferido optar por la repetición que ostenta el título original, que a mi juicio sugiere: mente afirmada en su naturaleza. Tomo pues Hsin hsin ming por



mente afirmada en Mente.

La obra original comprende 584 signos: 126 líneas sin rima, compuesta cada una por cuatro caracteres, "en vez de los cinco o siete normales en el verso chino, lo cual proporciona una brevedad muy zen que evita cualquier adorno literario o retórico". Algunos de los versos "por sí mismos constituyen bases de varios koanes en el Registro de la roca azul" (22).

Esta versión tiene 151 versos; en ella me he ajustado a un metro octo y heptasilábico. Existe una razón práctica: el poema se canta en el ceremonial zen. Pero asumo también una razón estética: preservar la ductilidad en el decir y el retener que confiere a la expresión el canto inmanente. Omitirlo sería como restarle música a la Noche oscura ••

NOTAS

- (1) El proceso de la realización del espíritu es —en ello coinciden todos los místicos— intransmisible e inexpresable; pertenece al campo de la experiencia, no aldel concepto. La denominación de camino se ha utilizado tradicionalmente para evocar ese pasaje indescriptible que se cumple como un andar el devenir sin adherirlo.
- (2) El zen se establece en Japón con Dogen (1200-1253), uno de los grandes maestros de la tradición. Sin embargo, el acercamiento fue paulatino. En El arte zen (UNAM, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1963), J.M. Rivière afirma que los samurais lo adoptaron en el siglo once como contrapunto espiritual de su camino guerrero. Entre los samurais y Dogen, el maestro Esai (1140-1215) se encargó de enseñar y difundir la disciplina.
- (3) Tao es intraducible, más aún: innombrable, según acota el Tao te king en

su primer verso. Para pensarlo en español se utilizan con frecuencia los vocablos camino y vía, a mi juicio más apropiados para evocar el derrotero espiritual. Sentido me parece un término más acertado: sugiere transmutación generativa.

- (4) El Tao te king y los Libros de Chuang Tzu constituyen el patrimonio textual taoista clásico. Los autores y textos posteriores en su mayoría yerran por adherencia al insistir en éste o aquél aspecto de la doctrina, desvirtuándola; deriva así el taoismo en magia. Del libro de Lao Tse existen innumerables versiones en español. Para acercarse a Chuan Tzu, no conozco ninguna mejor que la excelente paráfrasis de una selección de sus textos escrita por el lúcido monje trapense Thomas Merton, aparecida en nuestro idioma como Por el camino de Chuang Tzu (Visor, Madrid, 1978).
- (5) Ver Suzuki: "Historia del budismo zen desde Bodhidharma hasta Hui Neng", en Ensayos sobre budismo zen, primera serie (Kier, Buenos Aires, 1975).
- (6) Sobre este hombre célebre en la tradición zen existen muy importantes escritos. El interesado puede consultar los materiales compilados y presentados por el Roshi (textualmente: venerable maestro) Philip Kapleau, en sus libros Los tres pilares del zen y Zen, amanecer en occidente (árbol, México, 1986 y 1981), además de los Ensavos de Suzuki. En cuanto al patriarcado zen, hubo seis patriarcas; los más destacados son Bodhidharma y Hui Neng, quien estableció el zen moderno, una de cuyas acciones fue la cancelación de la institución del patriarcado, que despertaba un celo poco zen. Hui Neng dejó numerosos sermones y algunos escritos, no obstante haberse conservado analfabeta hasta muv avanzado su desarrollo espiritual. El libro de Suzuki Zen doctrine of no mind, mañosamente traducido por Doctrina zen del inconsciente en la entonces capital hispanoamericana del psicoanálisis (Buenos Aires, Kier, 1974), está dedicado





a la obra del sexto patriarca y su doctrina de "ver dentro de la propia autonaturaleza".

- (7) Kapleau, Zen, amanecer en occidente, p 175.
- (8) Mayor información sobre el zazen y su práctica puede encontrarse en Kapleau, Los tres pilares del zen.
- (9) Koan: "La mayoría de los kóanes se han creado a partir de dichos desconcertantes de los maestros, o a partir de incidentes que surgieron de la libre actividad de sus mentes despiertas. Estos han sido registrados, sistematizados y utilizados por siglos para instruir y probar a los estudiantes que realizan un entrenamiento zen formal. Cada koan apunta directamente a nuestra Verdadera Naturaleza que trasciende todas las distinciones y su desconcertante planteamiento tiene como propósito «echar arena a los ojos (el intelecto discriminativo)» del estudiante y forzarlo de esta manera a abrir el ojo de su Mente". Kapleau, Zen, amanecer en occidente, p 339.
- (10) Susuki, "Sobre el satori: la revelación de una nueva verdad en el budismo zen", en Ensayos, primera serie.
- (11) Talidad o asiedad: el ser tal o ser así de lo que es; estado búdico, naturaleza esencial, *Dharma* (ver nota 13).
- (12) En español disponemos en excelentes versiones de numerosos ejemplos en esta forma poética. Menciono las realizadas por Nuria Parés, José Emilio Pacheco y Octavio Paz. A este autor debemos, además, la traducción (en colaboración con Eikichi Hayashiya) de una obra capital en el campo que nos ocupa: Sendas de Oku (Barcelona, Barral, 1970), del notable poeta y maestro zenjaponés Matsuo Basho (1644-1694). Presenta al texto de Basho un pertinente y diáfano ensayo de Paz sobre la tradición del haikú y su secuela.
- (13) La intraductibilidad de las palabras de origen sánscrito determinó su adop-

ción literal en China, Japón y, recientemente, Occidente. Es usual que tengan variados significados, por extensión o derivación del principal—si tal cosa existe. En el caso de *Dharma*, el vocablo alude al principio que gobierna (de modo no físico, sino general) el universo; alude asimismo a la presencia de ese principio en los fenómenos particulares (que aparecen como desaparecen sin que él—ello—cese); se reflere también, por tanto, a la realidad última que hay en todo, y, consecuentemente, al estado búdico.

- (14) Kapleau, Zen, amanecer en occidente, p 274.
- (15) Sobre este tema es útil revisar el polémico pero esclarecedor ensayo de Ernest Fenollosa/Ezra Pound: El carácter de la escritura china como medio poético (Madrid, Visor, 1977).
- (16) Existen por lo menos dos excelentes antologías de historia de la poesía china en nuestra lengua: Poesía china, seleccionada, traducida y prologada por María Teresa de León y Rafael Alberti (Buenos Aires, Compañía General Fabril Editora, 1960), y Poesía china: del siglo XXII A.C. a las canciones de la revolución cultural, seleccionada, traducida y presentada por Marcela de Juan (Madrid, Alianza Editorial, 1973. Para la producción poética del período Tang, ver Raúl A. Ruy: Poetas chinos de la dinastía T'ang (Argentina, Hachette, 1977).
- (17) La Antología Completa de la Poesía T'ang (Ch'üan T'ang Shih), es una edición imperial publicada el año 1707 que incluye todo verso o poema perteneciente a la dinastía T'ang. Comprende 48,900 poemas debidos al pincel de 2,200 poetas y es una vasta obra que consta de 900 volúmenes. Pero aunque estos son los poemas preservados hasta nuestros días, se calcula que su número sólo representa la décima parte de lo que se salvó de la destrucción o del olvido". Ruy, Opcit, p 13.



(18) De entre los grandes poetas de la edad de oro, probablemente a ninguno se acerca tanto el decir de Seng Ts'an —en tema y tono-como a Po Chu-Yi (772-846), en algunos poemas: "Hoy, la mente es mi universo./En lo externo acepto el mundo talcuales:/En lo interno, rompo los límites que imponen los sentidos/.../Enseñé a mi cuerpo a que olvide si es joven o viejo,/Y a mi corazón a que considere lo mismo la vida que la muerte". (A Li Chien, Ruy Opcit); "No pienses en las cosas que fueron y pasaron; /pensar en lo que fue es añoranza inútil./No pienses en lo que ha de suceder:/pensar en el futuro es impaciencia vana./ Es mejor que de día te sientes como un saco en la silla;/que de noche te tiendas como una piedra en el lecho./ Cuando viene el yantar abre la boca;/ cierra los ojos cuando viene el sueño." (s/ t, de Juan, Opcit).

(19) Barcelona, EDHASA, 1977.

Esta obra esencial en el conocimiento de la tradición mística, realizada con el cuidado y la inteligencia característicos en el autor, merecería más lectores.

(20) Affirming faith in mind, Zen Center, Inc. de Rochester, NY, 1979. Esta versión, coordinada por Roshi Kapleau, director del centro, es la que aparece en su Zen: Dawn in The West (Anchor Press/Doubleday, 1978).

(21) Kapleau, Zen, amanecer en occidente, p 274; D. T. Susuki: Manual de budismo zen (Buenos Aires, Kler, 1976), p 75.

(22) Kapleau, Zen, amanecer en occidente, p 274. El Registro de la roca azul: compilación de koanes realizada por el maestro Hsüe-tou Ch'ung-hsien (980-1052), que se utiliza en el entrenamiento formal del adepto.

MENTE AFIRMADA EN MENTE (Hsin hsin ming)

Seng Ts'an

No es dificil el camino para quien no escoge o juzga

al deponer preferencias se tiende claro desnudo

La distinción más pequeña separa: el cielo la tierra

Si miras en la verdad descartarás pros y contras

perderse en gusto y disgusto: la enfermedad de la mente

su paz esencial enturbia ir ignorante de hondura ¡Llano y vasto es el caminol limpio de falta o exceso

escoger y rechazar empañan verdad tan simple

nos extravían para el mundo como para el vacío interno enmarañan la existencia

Sólo mira calmamente: diversidad toda es Uno si intentas condicionarle brotarás disturbación

seguirás individuando la Unidad: no la sabrás

y al ignorarla darás





CULTURA

al conflicto el liderazgo

Cuando dices esto es real pierdes a la realidad

y si dices *es vacío* realidad perdida igual

mientras más piensas en ella más te alejas de verdad

Corta todo vuelo inútil de la mente ssólo hay irl

prosiguiendo en la raíz donde anima claridad

Sobre apariencias percibe de la fuente primordial

Despertar es penetrar en el vacío y la forma

todo en el mundo cambiante luce real por ignorancia

¿Investigar la verdad? ¡Mira fluir las opiniones!

no incurrir en posición protege de perseguirla

Sólo una pizca de *bueno* o *malo* confunde a mente

de Una la hace dualidad ¡No te apegues aun a la Unal

Si reposa imperturbada nada ofende a mente-Una

y cuando nada hay que ofenda obstrucciones todas cesan

Si el pensar desapareces al pensante desvaneces

Cosa es cosa porque hay mente mente es mente porque hay cosas

una y otras relativas son en esencia vacío

en vacío son no-dos y contienen toda forma

Borradas las diferencias ¿puede tomarse partido?

Sobre fácil y dificil va el camino ilimitado

y los estrechos de mira se apresuran se consumen temerosos irresueltos

Si no te apegas a nada irás lejos en llaneza

sólo suelta el ruido interno de la mente y Itodo es justol nada sigue nada queda

Viendo el real ser en *las cosas* te encuentras ya en el camino Andalo libre y en paz

Mas sirve a tus pensamientos y te harás confuso opaco

¿Para qué cargar el fardo de juzgar cuanto se da?

Si has de elevarte al camino no rehuyas el dominio

tal cual es colmado y vasto mundo sensible ilumina

La mente cansa y descansa si corta no si despierta

el sabio no se extravía entre metas no va iluso





CULTURA

por la vía indiferenciada no se engancha en esto aquello

y en buscar Mente con mente ve un erróneo errar de-cierto

llusión trae dualidades todo sueño es flores de aire ¿a qué quedarse en asir?

Malo bueno logro falta ¡deshazte de ellosi ¡desasel

al dejar de dormitar se desvanecen los sueños

Si mente no discrimina son las cosas en ser Uno

¡Vé en la Fuente misteriosa despejado de marañal

al otear serenamente vuelve al ser a su verdad

Mente así va más allá de razón comparación movimiento permanencia

se terminan pensamiento desplazamiento reposo y cuando cesan de ser cesa también el ser uno

Allí ocurre eterna suma la informulable certeza

Vuelta mente en el camino los extravios del yo acaban confusión duda se alejan hay fe procurando vida nada ya por alcanzar desde nada qué dejar

todo nítido se expresa sin dispendiar luz mental

El pensamiento no alcanza tal estado de llaneza Sentimiento ancho no da

¡Mundo cierto vacuo vivo eres al decir no-dos!

Si no-dos sólo hay transcurso lo otro y tú no se distinguen nada al lado o fuera está

Los sabios de toda era han despertado a este acierto más allá de espacio y tiempo va el camino y un instante es igual que diez mil años

no *allí* o *aquí* sino en-frente de tus ojos hay verdad

¿limitaciones? ¿medidas? ya no más tienen lugar

lo que es no es no es lo que es y si no lo encuentras claro tienes vacío por ahondar

Uno-es-toda-cosa-es-Uno ¡Cáptalol te colmará

Si no separas fe y mente si fe-en-Mente no desunes trascendiendo el pensamiento llegas justo a aquí y ahora

no hay ayer mañana hoy



SIMÓN FODRÍGUEZ: DE LA UTOPÍA AMERICANA A LA UTOPÍA DE LA EDUCACIÓN

Gilberto Aguilar Avilés

En memoria de mi querido amigo Félix Adam —educador Venezolano quien padeció, tal vez en tono menor, los mismos extravíos de Simón Rodríguez.



ste trabajo es una respuesta a la generosa carta de 10 de febrero de 1992 de mi dilecto amigo Doctor Alfredo Martínez Moreno.

Director de nuestra Academia Salvadoreña de la Lengua, Correspondiente de la Real Academia Española, en la que anunciaba mi incorporación como miembro de número de tan notable entidad intelectual, por elección de sus miembros.

Tal distinción me condujo al examen íntimo de los merecimientos que habrían inclinado a los miembros de la distinguida corporación a pronunciar su honroso llamamiento. En realidad, eran pocos. Tal vez una dedicación en las aulas a la docencia del

Castellano y la Literatura, más un esfuerzo de producción histórico-literario, sostenido en medio de los tantos quehaceres que la vida nos ha deparado. En todo

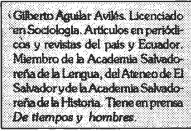
caso, mi gratitud es profunda y firme es mi propósito de dignificar la silla que me designan.

Si era inmenso el honor de ser llamado a acompañar a estos cultos intelectuales que en nuestra Patria mantienen en alto la gloria de la lengua castellana, mucho mavor es el compromiso de estar en la silla que ocupó un brillante antecesor. En efecto, se me ha llamado a la vacante que dejara el inolvidable Don Luis Gallegos Valdés, el Gran Señor de las Letras de El Salvador, Permítaseme, más que entrar en juicios analíticos, dar vuelo a evocaciones afectivas, porque casi todos los miembros de varias generaciones, tuvimos con Don Luis ciertas relaciones de discipulado y recibimos. de alguna manera, su paternal aliento.

Allá por agosto de 1964, en su despacho de Bellas Artes, el gran

intelectual de la bondadosa y franca sonrisa, le entregaba a quien esto escribe una carta recomendando al "joven poeta" a la amable amistad del no menos

ilustre Don Raúl Contreras, para que nos guiara por algunas rutas culturales de aquellos Madriles que eran el





refugio otoñal del dulce inventor de Lydia Nogales... Recuerdo que siempre me animó a escribir, y las páginas de *Letras de Cuscatlán* —bajo su dirección— reprodujeron nuestras metáforas juveniles.

Mucho, podría hablar de Don Luis Gallegos Valdés, pero el compromiso académico de mi discurso me sugiere abordarlo en su propio momento. Por ahora, basta decir que me llena de un íntimo regocijo y honor entrar a esta Academia en el marco del gran recuerdo de quien nos dejara Tiro al blanco, Caricaturas verbales, Panorama de la literatura salvadoreña y Letras de Centroamérica.

Al buscar un tema de disertación me sentí llevado por cierta inclinación hacia cuestiones poco convencionales. Descarté los asuntos estéticos, tan propios de una iniciación académica. Confieso que siento cierta predilección por lo inexplorado, por aquello que escapa al común de los observadores; en fin, prefiero hallar nuevas dimensiones en lo ya conocido, sin caer, desde luego, en una estéril y exhibicionista iconoclasia. Tal ocurrió, para el caso, con mi ingreso al Ateneo de El Salvador, en junio de 1989. Bastantes amigos, conociendo mi formación v continuo quehacer en el campo educativo, esperaban que el discurso de ocasión fuera un panegírico --- o algo por el estilo--- de las llamadas instituciones escolares. La sorpresa para muchos produjo cierto desasosiego inicial, que poco a poco se fue tiñendo de tonalidades gratas v hasta divertidas cuando escucharon mi desconcertante exposición sobre la desescolarización de la sociedad en la búsqueda de un mundo cada vez más educado en el fascinante siglo que se avecina, pero sin barreras reduccionistas de las escuelas mediocres que, según como se las vea, son la más severa amenaza al casi perdido poder del hombre de educarse a sí mismo. Aquellas ideas que tanto hicierongozar al auditorio—porque hubo hasta carcajadas francas en donde sólo se suele esperar mucha circunspección— tuvieron la gratificación de la imprenta por parte del Ministerio de Educación y hoy circula una limitada edición con el título de La desescolarización de la sociedad: ¿utopía, realidad o advertencia?

Animado, por la búsqueda de algo, o más bien de alguien, que no encontramos en los anchos caminos de la literatura, sino más que todo en los senderos del pasado y en los vericuetos de la vida americana, evoqué la figura de un hombre cuva extraña, prolífica, pero triste existencia me ha fascinado desde hace tiempos: Simón Rodríguez, a quien comúnmente se le menciona -sin llegar a conocelo más allá de ese hecho--como el maestro de El Libertador. Tuve, por supuesto, muchas dudas para adoptarlo como tema de disertación, porque su vida y obra están muy lejos de moverse en los ámbitos de la gravedad académica. Es más, Don Simón hubiera sido el último ser humano que pensaría en incorporarse a una docta asociación de intelectuales. El quehacer de este caraqueño ilustre fue producto de sus tantas facetas vitales que pudieron ser las siguientes: excéntrico en el mejor sentido del término, en primer lugar; genio, idealista irredimible, precursor de la educación moderna, visionario de la reforma social, teórico de las independencias americanas, planificador del desarrollo físico y humano, inventor, impresor, librepensador irreverente;





proto defensor de los derechos humanos; agudo analista de los fenómenos económicos y políticos; ingeniero civil, tendero, fabricante de candelas, cultivador de papas y, en fin —como un nuevo Pigmalión—apasionado devoto de aquel hombre a cuya forja contribuyó: Simón Bolívar. Porque de todo eso fue y confieso que no sé en qué orden ni en qué grado. Un polígrafo como dirán algunos. Unos de sus biógrafos lo han comparado "mutatis mutandi" con Leonardo, el de las tantas ideas geniales pero no realizadas porque eran de más allá de su tiempo.

Simón Rodríguez fue uno de esos hombres estorbosos, corrosivos y entre ellos, quizá el más notable y odioso. Era el inoportuno aguafiestas protagonizaban auienes eufóricamente el triunfo del criollismo sobre el poderío español, pero que ya en el poder de las independencias. recaían en los esquemas políticossociales de la más oscura colonia. Muchos de aquellos próceres de las nuevas naciones lo quisieron malguistar con Bolívar por su mordacidad contra aquel estancamiento de las emancipaciones, que más parecerían responder al desconcertante gatopardismo político, regido por el principio de que "es necesario que las cosas cambien para que sigan igual".

—Usted se jacta—decía a un opulento funcionario de la recién creada Bolivia— de conocer a Ovidio y a Horacio; más le valiera conocer al indio.

Los nuevos constructores de naciones —con la excepción de El Libertador— no pudieron tolerar jamás a este hipercrítico impenitente, lo que determinó su destino de andariego por las rutas de Europa y de Amé-

rica con su amplio repertorio de proyectos geniales que no fueron llevados a la práctica.

Y todavía me quedaba una duda más sobre el hombre de mi discurso. Don Simón decía —y escribía— bastantes de las que la gazmoñería clasifica como "malas palabras". Sin embargo, pensé, esto no es óbice; bastará conque no repita ninguna en mi exposición...

Odiado por muchos en el pasado, especialmente por los líderes que querían ser republicanos pero sin dejar los resabios feudales del coloniato, este Don Simón Rodríguez, que durante veinte años en Europa usó el curioso nombre de Samuel Robinson, ha empezado a ser comprendido en esta América que tanto idealizó. Sus locuras, recién van siendo aceptadas como anticipaciones geniales; sus extravagancias, disculpadas; su enciclopedismo, admirado; y en fin, la dureza de su crítica mordaz va mereciendo cada vez más el perdón, al menos, el nuestro, en nombre de aquellos que en su tiempo no lo perdonaron.

Eran los tiempos del ascenso de la ilustración. Las cortes borbónicas. las alineadas en corrientes secularizantes, patrocinaban las nuevas ideas del enciclopedismo que. irónicamente, dictarían su sentencia de muerte en los tiempos de la Revolución. Era César del todavía inmenso imperio Español, Carlos III, cuyos ministros y conseieros mantenían una sorda lucha contra la única fuerza de la iglesia que hacía una resistencia frontal al triunfante liberalismo: la Compañía de Jesús.



Ya Portugal y Francia habían desterrado a la congregación en 1759 v 1764 respectivamente, cuando Carlos III dio el terrible decreto de expulsión de los jesuitas de todo el imperio en 1767. Pero los gobernantes no estaban satisfechos. Querían la extinción total. Mas, el pontífice Clemente XIII resistía. A su muerte en 1769, el cónclave cardenalicio se vio acosado por las intrigas borbónicas, especialmente de España, potencia que veía en la figura temerosa e irresoluta del cardenal Vicenzo Ganganelli un instrumento clave para la destrucción de la temida orden. Cuando después de varias controversiales votaciones salió el humo blanco por la chimenea de la "Sixtina", el mundo católico recibió la noticia de que el nuevo sucesor de Pedro era monseñor Ganganelli a guien se conocería como Clemente XIV. Muy pronto, el atemorizado pontífice fue obligado a corresponder el apoyo de aquellas poderosas cortes borbónicas y el 8 de junio de 1773 promulgó el breve "Dominus ac Redemptor* con el que disolvía la Compañía de Jesús. Dice al respecto Ricardo de la Cierva, notable tratadista español:

"Los casi 23,000 jesuitas se dispersaron. El general Ricci agonizó lentamente en el castillo de San't Angelo, prisionero del Papa. Las bibliotecas de la orden, fanales de cultura, fueron aventadas. Los colegios se entregaron a otras manos ávidas y desidiosas que no lograron en caso alguno mantener tan alto la antorcha. Las misiones se desintegraron, como las reducciones del Paraguay, pronto tragadas por la selva. Y Roma quedó inerme ante los embates de la Revolución, hija de la ilustración". 1

D'Alambert había dicho: "Caída

esta falange macedónica, fácil será que se abatan otras órdenes menores".

Era aquella una conmoción política y religiosa, en donde prácticamente desaparecería el único baluarte de la iglesia que pudo enfrentarse a la fuerza intelectual de la enciclopedia y al espíritu voltariano de la época. Y todavía más: en cierto modo, algo de este cisma se revertiría en favor de la independencia de un gran continente, pues en el edificio virreynal de América y en todas partes por donde transitaran aquellos jesuitas expulsos —según nos lo explica Don Salvador de Madariaga—se dedicaron a conspirar contra el régimen colonial, mediante su influencia sobre el criollismo emancipador.

Por otra parte, la situación financiera y política de España no era bonancible. La larga guerra del cambio de dinastía la había dejado exhausta; ya no tenían las colonias oro ni plata en cantidades significativas; la esperanza de los impuestos americanos se veía disminuida por el contrabando y la corrupción, ya que eran intrigantes particulares los nuevos publicanos del frágil sistema tributario. El comercio se hacía lento y esporádico por la necesidad de concentrar los barcos en pocos puertos para formar flotas escoltadas en vista de la creciente piratería. El gobierno de las colonias era confuso y abusivo, en buena parte dominado por el criollismo, ya que la España, ocupada en sus grandes problemas internos, lo había deiado languidecer. Este es el panorama político y económico que tuvieron que enfrentar los borbones, especialmente el gobierno ilustrado de Carlos III. guien expandió el comercio y logró restaurar el poder del Estado español mediante





circunscripciones territoriales con autoridades más definidas. Deudas históricas de los terratenientes americanos empezaron a ser recuperadas en favor de la corona, lo cual indignó a los poderosos criollos que temían la mengua de sus fortunas. Incluso, para allegar fondos, España vendía muy caros títulos de nobleza a linajudos potentados de América. A manera de digresión, digamos que fue entonces cuando una familia centroamericana compró el único título nobiliario que hubo en el antiguo Reino de Guatema-la: los Marqueses de Aycinena.

Es por estos difíciles tiempos para el imperio, señoras y señores, cuando nace en 1771, en uno de sus extremos —la apacible Caracas—Simón Carreño, hijo legítimo de Cayetano Carreño y Rosalía Rodríguez de Carreño.

En una de sus primeras extravagancias, cuando un hermano le hizo fuertes reclamos por su actitud poco religiosa, decidió quedarse definitivamente con el apellido materno como un simbólico rechazo al vínculo fraternal. Por eso se le conocerá como Simón Rodríguez.

Porfiado autodidacto y dotado de un natural talento para los idiomas, leía en francés a los grandes de la ilustración. Le obsesionaban de manera especial las ideas de un autor ginebrino acerca de las posibilidades de promover una educación estimuladora que sacara desde dentro del ser las potencialidades de que venía dotado. Su individualismo naturalista se modificará con el tiempo, hasta darnos pragmáticas e innovadoras concepciones de educa-

ción popular en los primeros años de las independencias.

Por varias circunstancias, este Rousseau tropical iba a tener su Emilio en un joven llamado Simón Bolívar. Primeramente, la vinculación de Rodríguez como amanuense de los Palacios, sus tíos y tutores, lo tenían en el círculo de los afectos de la opulenta familia. Y luego, por la prácticamente ineducabilidad del muchacho. que había sacado de quicio a los mejores preceptores de estilo directivo como Miguel José Sanz e incluso Andrés Bello, Valga consignar, para nuestra desilusión, que Bello y Bolívar se tuvieron una mutua animadversión por el resto de sus vidas originada desde estos primeros vínculos de discipulado.

Desesperados los tíos, lo asignaron al pupilaje de don Simón a principios de 1797. En todo caso, ellos le habían mandado a traer libros de Europa y presentían que las ideas un tanto raras de aquel "Emilio", leído y releído por el maestro caraqueño, podrían hacer algo por el extraño y rebelde carácter de Simoncito. Tenía el tutor 26 años, y Bolívar 13, cuando inició su gran programa educativo que consistiría en no enseñarle nada de manera que aprendiera bastante. Porque en eso consistía la gran paradoja roussoniana. Aquella angustiada familia Palacios tendría que disimular las extravagancias de tan inusual docente pues ya no le quedaba alternativa.

¿Qué clase de educación practicó Simón Rodríguez con el futuro gran Prócer? O si se me permite plantearlo en términos que les sonarían mejor a los expertos pedagogos de nuestros días: ¿cuáles fueron los contenidos curriculares propuestos por aquel singular Preceptor? Hay que



decir que no tenía un plan pre establecido; simplemente lo expondrían al contagio de la naturaleza; acicatearía su capacidad de asombro, y sostendrían intensas conversaciones sobre tiempos y hombres. El practicaba el pesimismo pedagógico de Rousseau, en el sentido de que no se puede enseñar nada que no se origine en el potencial de que ha dotado la naturaleza individual al ser humano. José A. Cova, uno de sus biógrafos, reseña así el programa:

"Caminatas largas por la selva, correrías a caballo por las sabanas, ejercicios de remo en el lago de Valencia. Vieron ríos, fauna y flora; en el milagro de la noche estrellada de Aragua comenzó a conocer los astros. Le enseñaba a aprender y a pasar de la observación al análisis; sobre todo, la afición a la lectura. Le recitaba los derechos del hombre y, poco a poco, fue levantando a su discípulo la cortina de ese nuevo mundo que estaba amaneciendo en el camino de los hombres..." ²

Un poco antes, Simón Rodríguez había escrito lo que cronológicamente fue su primer trabajo: Reflexión sobre la enseñanza y medios de reformarla. La obra fue recibida —en consonancia con los criterios de aquellos tiempos— con la más absoluta indiferencia.

No duró mucho aquella influencia sobre Bolívar, pero fue profunda. Invadió la personalidad total del muchacho. Rodríguez poseía ese don natural pedagógico que cien años después Peter Peterson definió en estos términos: "La educación es una función del espíritu activo. En aquellos dominios que la educación rige, siempre es penetrada y esclarecida la personalidad entera y no sólo una parte

de ella". Pues bien, la docencia directa de Rodríguez sobre Bolívar, si alcanzó los diez meses fue mucho. El maestro salió comprometido en la conspiración libertaria de Don Manuel Gual de ese mismo año de 1797 y, furtivamente tomó un barco en la Guaira. Al llenar los papeles firmó con mucho disimulo: "Samuel Robinson", el nombre que usaría por más de veinte años en sus andanzas por los Estados Unidos y Europa.

A estas alturas, hay que decir que don Simón (o este ya don Samuel) padeció, entre otros, ese extraño mal llamado dromomanía, o sea la incapacidad de permanecer en algún lugar por mucho tiempo. Fue su destino, de principio a fin, moverse; iniciar empresas y abandonarlas; caminó incansablemente. Varias veces recorrió Europa a pie. Su deambular por América del Sur, como veremos después, es verdaderamente increíble. Es más, la muerte lo sorprendió en uno de sus viajes a los 83 años, ya al borde de la agonía.

Rodríguez y Bolívar se separan y siquen caminos distintos. El maestro vive en los Estados Unidos en donde aprende el oficio de tipógrafo. tan importante en una nación cuyo prodigioso desarrollo, en buena medida, se cimenta en la libertad de expresión. Entre Baltimore y Boston, no sólo se involucra en el arte y la técnica de la imprenta, sino que absorbe apasionadamente aquellas novedosas fórmulas políticas de la democracia norteamericana: contrasta el pragmatismo del derecho consuetudinario anglosajón con el juridicismo formalista hispano-latino; en fin, se



convence definitivamente de que las grandes virtudes sociales y el progreso de las naciones sólo pueden ser una realidad cuando casi todos los miembros de la sociedad alcanzan un apreciable y común nivel educativo.

No hay tiempo para detenernos en detalles, itinerarios minuciosos y peripecias. Digamos que, años después, marcha hacia Europa, en cuya ruta hizo amistad con el Prócer mexicano Fray Servando Teresa de Mier, quien iba exiliado a purgar sus ideas libertarias, así como sus confusas teorías sobre la presencia de Jesucristo entre los mayas de Yucatán. En el viejo continente vivió entre París y tantas rutas multifacéticas.

En su casi patológica itinerancia, llegó a fundar escuelas en las remotas llanuras polacas y rusas. París, naturalmente, fue el centro de aquella etapa de su vida. Samuel Robinson enseñaba español y asistía cotidianamente a los grandes sucesos de la Revolución Francesa. Después, fue un agudo y crítico observador de aquel Napoleón Bonaparte, que, en nombre de los principios revolucionarios justificaría la instauración de nuevas formas de absolutismo y dictadura.

En otra parte del mundo, el joven Simón Bolívar no daba muestras de acoplamiento a los elevados propósitos de sus tíos y tutores, quienes decidieron ubicarlo en Madrid en casa de don Esteban Palacios, otro de sus parientes. En España se enamoró de María Teresa Rodríguez con quien contrajo matrimonio. Le puso casa en América, precisamente en una de sus opulentas haciendas, con tan mala fortuna que aquella débil y bella mujer falleció al poco tiempo. Presa de la más grande depresión, decidió retornar a Europa. Siendo ya un mayor de

edad, bien podía usar parte de su inmensa fortuna para disimular sus penas entre los placeres mundanos de aquellas ciudades de costumbres tan distintas a su recoleta Caracas. Entre Aquellos ires y venires por un mundo de frivolidad, encuentra a don Simón Rodríguez en Viena. El amigo y maestro ve con dolor como aquella vida de tan gran potencial se va sumiendo en la mediocridad v en los frívolos placeres. Ya de nuevo en París. Simón Rodríguez se propone elevar el espíritu de aquel joven disoluto, ahora va no como un preceptor, sino como un amigo mayor. Italia —pensó el antiguo maestro- podría ser el marco estupendo para que Simón Bolívar absorbiera lecciones vivas de cultura e historia de la humanidad.

**

Un día de 1805, Bolívar y don Simón emprendieron el viaje de París a Roma. El gran dromómano se impuso sobre aquel joven sensual y lo sacó de su pequeño mundo de placeres. Poco antes le había dicho: "Deje usted por alguna vez los amigotes, las mujeres y las fiestas. Nos iremos a buscar la historia y la filosofía. Iremos por Suiza, por el país de Voltaire y de Rousseau. Donde tan grandes ideas nacieran apenas ayer. Dos milaños de historia rios aguardan. Valen bastante más para un hombre como usted que todas las mujerzuelas del Palais Royal".

Por complacer al maestro, aceptó, aunque no se manifestaba todavía en su conciencia la angustia de los grandes ideales. Cuando don Simón le decía apasionadamente "El tiempo de América va a sonar y ¿dónde estará usted entonces?", encogiéndose de hombros, Bolívar le respondió "¿quién











sabe?"

El tramo en diligencia hasta Lyon le fastidió, especialmente por la conversación chocarrera de los otros viaiantes. No era aquello un intenso contacto con la naturaleza ni con las gentes; así que enviaron el equipaje a las próximas postas v siguieron a pie. Hablando con los seres sencillos de la campiña le decía a Bolívar: "No es que estos campesinos sean mejores que los espíritus cultivados de París, sino que los excesos del refinamiento y de la falsa civilización han corrompido las costumbres y le han hecho perder al hombre el tesoro de sus virtudes naturales, que en estos seres se conserva". Y entonces volaba su imaginación hasta las legiones de indígenas y gentes simples y marginadas de América, en quienes veía el gran reservorio de virtudes naturales que darían fundamento a la civilización de las nuevas patrias. La utopía americana iba tomando cuerpo en su mente tan propensa al idealismo delirante...

De valle en valle, río tras río, llegaron al pie de los nevados Alpes. Se fueron acercando a Chámbery, la tierra en donde Rousseau, cual un nuevo Edipo, vivió aquel apasionado romance con la que había sido para él una especie de madre: la señora Warens. La emoción embargaba a Rodríguez cuando penetró a la encantadora casa de campo de "Los charmette's", en donde el amor posesivo de una mujer madura había alentado al portentoso intelecto del gran ginebrino. Era el mismo sitio en el que Rousseau, estremecido, había exclamado: "Oh, mamá, esta es la mansión de la dicha y de la inocencia. ¡Si aquí no la encontramos el uno con el otro, no hay que buscarla en ninguna otra parte!". Entrando a la alcoba, delicadamente conservada, evocaría, con cierta morbosidad, aquellas frases de Las confesiones: "Ese día más bien temido que deseado llegó por fin. Por vez primera me vi en los brazos de mamá, a quien adoraba. ¿Fui dichoso? No, sólo gusté el placer (...) me hallaba como quien ha cometido un incesto".

—Pero ella tenía edad para ser su madre, interrumpía Bolívar en sus meditaciones, intentando picarlo...

Y Rodríguez, embotado de vivencias roussonianas, transportado, continuaba:

—Por estos mismos senderos pasearon infinitas veces... Juan Jacobo iba a cambiar el mundo y el mundo no se daba cuenta de que un predestinado estaba aquí...

Continuaron hasta Milán. La labor de maestro, que por tan poco tiempo había realizado sobre Bolívar en su infancia, iba adquiriendo nuevas dimensiones con fuerza creciente. Era aquel viaje singular la segunda tutoría en la vida del muchacho de emociones desenfrenadas, quien también vivía su segundo discipulado. Ahora su misión era canalizar ese torbellino de pasiones y voluntad potencial hacia algo valioso. ¿No era la libertad de América —su mundo de utopía— el motivo más grande al que debería encauzarse la energía viviente de Bolívar? ¿Cómo lograr un giro completo en este que por momentos parecía un espíritu disoluto y frívolo? Entre tanto. aquel viaje era una cátedra permanente sobre arquitectura, escultura, música, pintura y sobre todo, historia. Poco a poco Simón Bolívar se iba permeando ante aquella ilustración apasionante del maestro. Otra vez, la personalidad toda iba siendo invadida...

Un cambio rotundo se acercaba... No sabemos si fue una de esas





casualidades del destino o un deliberado paso de Simón Rodríguez.

Todo gran converso transita alguna vez por su camino de Damasco. Para el todavía frívolo Bolívar, ese camino fue su llegada a Bolonia, y más concretamente al convento de los jesuitas a donde Simón Rodríguez lo llevó varias veces. Entre otros, conocieron a uno de aquellos vieios sacerdotes que en 1767 fueron víctimas de la terrible expulsión que decretó Carlos III contra la orden ignaciana en todo el reino español. Había sido uno de los grandes dirigentes de aquellas misiones del Paraguay, las comunidades indígenas guaraníes que vivieron un verdadero régimen comunitario cristiano, en obediencia a la real disposición que estableció las reducciones de América. ¡La utopía fue posible! pensó Simón Rodríguez. Colonizar la América con sus propios habitantes, como era su vieia teoría. El alma del joven Bolívar fue dando un giro rotundo. ¿Por qué el gobierno español liquidó esta obra de redención? ¿Por qué los únicos que interpretaron cristiana racionalmente el espíritu engrandecedor y dignificador de la reducción tuvieron que salir del continente americano? ¿ por qué, en cambio, prosperó aquella otra reducción inhumana que consistía en hacinar indígenas en pequeños poblados para tener asegurada su fuerza de trabajo en el repartimiento? En fin, ¿Por qué prevaleció la iniquidad sobre la justicia y la degradación sobre la dignificación del nativo? Bolívar, desde su universo de criollo acomodado, fue descubriendo toda la realidad del mundo americano y muchos de los aspectos inhumanos del régimen colonial. Aquellos viejos jesuitas intuyeron el gran papel que el destino depararía a aquel joven voluntarioso y sensible a la justicia que los visitaba. Era necesario inflamar su espíritu de animadversión a la política española. Este viajero había sido esperado tanto tiempo para insuflar en él una gran rebeldía contra el orden colonial... y pensar que había llegado con semejante maestro, un hombre que deliraba por las perfecciones en el suelo americano. Una venganza histórica contra España parecía tomar cuerpo en las palabras del jesuita:

"Fue un gran crimen, hijos míos, un crimen que va a costar muy caro. De una plumada, sorpresivamente, sin que nadie lo esperara, en un día, se paralizó una obra gigantesca. Se cerraron conventos y colegios, se recogió a los maestros y a los misioneros como criminales, se les detuvo y se les envió a Italia. Una obra de siglos quedó rota y una generación entera quedó anonadada y sin rumbo". 3

Rodríguez añadía: "¡Se Habría podido establecer el reino de la justicia y del bien sobre la tierra! Paraguay y el norte argentino fueron sede de la utopía. Cuánta razón tenía Rousseau: «Todo nace perfecto de manos del creador, pero degenera en manos del hombre». En aquellas misiones no había mendigos ni señores. Todos tenían vivienda, ropa y alimentación. Todos llevaban una vida laboriosa y sana".

—¿Verdad, mi querido Simón, que usted luchará por restaurar este prodigio social en nuestra América? —decía el maestro aludiendo a aquel singular experimento. Tal vez en Europa era difícil, pero allá sí era posible una sociedad sin miseria, sin privilegios; se intentó, pero lo destruyeron. Aquellas reducciones guaraníes habían sido verdaderas repúblicas peda-





gógicas.

Entonces, también la utopía de la educación había sido posible...

—América pudo ser la esperanza del mundo —respondía Bolívar— lo puede ser todavía...

Simón Bolívar había encontrado su misión... En Bolonia se empezó
a gestar el más grande prócer de
nuestro continente. El joven disoluto
había encontrado la razón de su vida:
liberar un continente, fundar naciones
y reivindicar a quienes más soportaron la iniquidad de la colonia. Bolívar
era ya no sólo un gran converso sino
un gran angustiado. En el camino a
Roma le obsesionaban las palabras
vengadoras del jesuita que resonaban
constantemente en su oídos: "La
América española pertenece a los criollos".

Lo que sucedió días después en Roma tiene ahora su explicación. Y fue el mismo Simón Rodriguez quien, años después, escribió el juramento que aquel joven vehemente pronunció en el monte Aventino el 15 de agosto de 1805:

"Juro delante de usted; juro por el Dios de mis padres; juro por mi honor y juro por mi patria, que no daré descanso a mi brazo, ni reposo a mi alma, hasta que no haya roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español". 4

Tiempo después, Bolívar retornó a América y se sumó a los movimientos revolucionarios de su patria. Su epopeya, por supuesto, no es materia de mi discurso. Basta decir que liberó pueblos y fundó naciones, entre ellos la Gran Colombia, que sería, según su delirante panamericanismo, la primera parte de una inmensa nación de naciones, la gran utopía americana.

Muchos años más siguió viviendo aquel Samuel Robinson en Europa, en donde no lo afectaba la nostalgia de patrias lejanas, sino que la terrible impaciencia de no acompañar a aquel hombre portentoso de quien, año con año, la prensa europea reportaba inimaginables proezas. "La espada —pensaría— de aquel hombre necesitaría de mi pluma; la educación popular ha de seguir a las guerras... Yo podría ayudar a Bolívar a realizar la segunda parte de la independencia..."

A lo mejor —suponía el caraqueño— ya no me recuerda; lo habrá enfermado la gloria... Y así siguió por bastante tiempo su oscura vida como profesor de español, hasta que un buen día, lleno de resolución le dijo a su última mujer francesa: "Nos vamos para América". Habían pasado veinte y cinco años desde que con la firma de Samuel Robinson se embarcó en La Guaira. Ahora, en El Havre, al llenar los papeles portuarios escribió: Simón Rodríguez.

Corría el año de 1823. El retorno a una América idealizada durante tan largo alejamiento lo desubicó mucho y por bastante tiempo. Un cuarto de siglo de ausencia no era poco. Desde la Europa que él vivió, su continente nativo se vislumbraba como una utopía, como una tierra virgen para las grandes realizaciones del género humano. Porque su Europa no fue la del oropel de las cortes, sino la de los barrios sórdidos, la de las degradaciones humanas, la de los huérfanos de las guerras, en fin, la de un mundo lleno de abyección, miseria e iniusticia. En contraste, la América le





parecía pura y llena de potenciales perfecciones. Le costó bastante comprender el carácter y pensamiento de los hombres del momento histórico de la América recién emancipada: v esta incomprensión le deparaba amargas experiencias en donde esperaba encontrar una tierra de promisión. Era la época triunfal de las revoluciones independencistas; pero aquellos triunfos encadenados fueron creando una deformación en los espíritus de los grandes caudillos y en las nuevas élites dirigentes, quienes llegaban a entender el progreso como algo que se derivaría, así nomás, de las proezas militares. La increíble victoria de Avacucho --- sol declinante del dominio español; sol ascendiente de la América libre — acrecentaba esta sensación generalizada de que lo más grande había sido conseguido por el poder de las armas. Todo un continente deliraba por las proezas de aquellos generalísimos Sucre y Córdova. ¡Pensar que el coraje de unos pocos venezolanos v colombianos, v la diferencia de unas cuantas pulgadas más de las lanzas llaneras, habían destrozado al más grande ejército español de aquellos tiempos en las heladas soledades de la sierra andina!

Y después de semejante proeza, venía este hombre irreverente a decir que aquello todavía no era la independencia... Sólo un loco podía pensar que mientras no se redimiera social, económica y políticamente a los indios y a las mayorías desvalidas no habría real emancipación. Aquella voz que clamaba en el desierto era la antipatria para muchos.

La utopía de una educación, que realmente pusiera a los hombres en condición de igualdad, una constante de su vida, era para él una mala tarjeta de presentación en aquellos momentos de los triunfalismos militares. Era el perfecto aguafiestas de las grandes euforias.

Y es que Simón Rodríguez concebía la emancipación como un proceso de transformación social más allá de los puros cambios políticos. Lo dijo claramente: "Una revolución política pide una revolución económica". Con franqueza escribió:

"Estos pobres pueblos con la independencia han venido a ser menos libres que antes. Antes tenían un Rey pastor que los cuidaba como cosa propia; los esquilaba sin maltratarlos; ahora se los come vivos el primero que llega(...) ⁵

En la gran Colombia no encontró a Bolívar. Un cortés vicepresidente, el general Francisco de Paula Santander, le recibe sin mayor entusiasmo y le promete una pequeña ayuda para fundar escuelas.

Pero qué ave negra ha de haber sido este recién llegado, que, con el más grande sentido de la inoportunidad, cuando los solemnes caudillos le decían: "¡Ya tenemos Repúblicas, don Simón...!" les replicaba, con despuntes del cinismo de un nuevo Diógenes: "Sí, ya tenemos Repúblicas, ¿pero de donde sacaremos los republicanos?"

Poco tiempo estuvo en Santa Fe de Bogotá. Tenía que ir en pos del discípulo amado. Magdalena abajo murió aquella pobre mujer francesa que apenas comprendía lo que apasionadamente buscaba su extraño marido.

Se encamina hacia Lima. Es el año de gloria de 1824. Sucre ha sellado en Ayacucho el fin del imperio español en América. Hay cierta congoja en el alma de Simón Rodríguez...





Teme que aquel nuevo centauro, nimbado por la gloria de la liberación de un continente, lo reciba con indiferencia. Así, con gran desasosiego, encamina sus pasos a "La Magdalena", el gran palacio imperial que ahora es la residencia y centro del gobierno del generalísimo fundador de la gran Colombia y Libertador del Perú, Su Excelencia Simón Bolívar.

Ante el desconcierto de la rigurosa guardia de honor, Bolívar, el Bolívar de siempre, sale a dar un rotundo abrazo al cansado viajero y lo presenta a todos como su amado maestro. Junto al caudillo, una muier de extraordinaria v sensual belleza lo colma también de atenciones afectuosas. Lo que más le impresiona son sus grandes ojos negros: es Manuelita Sáenz de Thorne, la mujer que apartándose de todos los convencionalismos sociales, incluso de su acaudalado marido, ha unido su vida a Simón Bolívar v vive en "La Magdalena" como una emperatriz de aquella nueva corte.

Así, don Simón Rodríguez, con su viejo idealismo exacerbado, se une a las marchas victoriosas de El Libertador y le acompaña por las abruptas rutas de la cordillera hacia el Alto Perú. Allá fundarán Bolivia, la nación que por haber estado tan distante de los centros del poder colonial, es para Simón Rodríguez, el núcleo a partir del cual desarrollará su nuevo mundo de utopía.

La utopía de la educación para todos, ponencia tan desconcertante y absurda para muchos, constituiría la base de las nuevas sociedades y sería el fundamento de la reforma social. Su gran experiencia educativa tuvo lugar en Bolivia, bajo la sombra protectora del Libertador. Aquella nueva patria era, según él, el núcleo de donde se

generaría la fuerza y el modelo continental, por estar Bolivia menos contaminada de los principios clasistas y estamentarios de los otros grandes centros de la vida colonial. Allí fundó su primera escuela de artes, oficios e instrucción general en 1826, unos veinte años antes que Don Bosco dignificara la educación para el trabajo en su obra fundamental del Oratorio. El Santo turinés estaba todavía en el Seminario, cuando Simón Rodríguez, que por supuesto no fue ningún santo, daba vida a la utopía de la educación en Chuquisaca. Instrucción en amplios talleres, ejercicios físicos y estudio de las ciencias y el lenguaje eran el programa.

Pero no duró mucho aquella experiencia, como no duró mucho obra alguna iniciada por este trotamundos. Había sido elevado a una cierta categoría de "ministro" de Educación por Bolívar; pero ahora resultaba que cuando este señor hablaba de educación no se refería a la cartilla de San Juan ni al catecismo de Ripalda, ni a las lecciones de memoria recitadas a base de palmeta, sino a una ejercitación de la mente y de la mano, para que el entendimiento aprestado fuera receptivo permanentemente, y la mano diestra transformara los bienes de la naturaleza. Las señoras se escandalizaban por tales aberraciones. Para ellas la buena eduçación era hacer hombres y mujeres obedientes y sumisos, domesticar indiecitos para la efectiva servidumbre.

También en aquellas elevaciones del alto Perú se gestaba ya una nueva nobleza: el criollismo que había triunfado sobre la vieja España. Pronto vieron con preocupación las extravagancias de liberación humana de aquel educador del futuro. Además, exigía





dinero para mantener un programa de instrucción para los pobres excesivamente complicado, según ellos.

Y se que jaban con el Libertador: "¿Por qué nos trae usted a este hombrecillo que viene a decir que sólo la educación de las masas permitirá gestar nuestras nuevas naciones?"

El desconcertante educador requería bastantes maestros, instructores, abundante equipo y casas cómodas. Es entonces cuando ocurre un rompimiento histórico verdaderamente doloroso: el mismo Gran Mariscal de Ayacucho, el Benemérito Antonio José de Sucre, Presidente de la nación, entra en una amarga pugna con el excéntrico "ministro". No conciliaban la adustez v el espíritu un tanto tradicional del gran Prócer, con las preocupantes innovaciones de don Simón. Quejas van a Bolívar de uno y otro. "Este su don Simón es inaguantable", diría Sucre, "El Presidente Sucre está atrapado por los aristócratas", se quejaría Rodríguez. Yasí, al poco tiempo desapareció la Escuela de Chuquisaca, institución precursora de eso que hoy llamamos pomposamente educación diversificada técnico vocacional.

No perdonaría don Simón a sus detractores. Muchos de sus escritos posteriores reflejan su amargura y dice, por ejemplo:

"¿No habría de ser ridículo el proyecto de Educación popular? Claro que sí (igual) que el de República lo es para centenares de príncipes, para millares de nobles, clérigos, frailes y comerciantes, y para millones de siervos acostumbrados al régimen feudal. Con todo, los criollos del nuevo mundo quieren ser republicanos". 6

Bien comprende don Simón por

qué fue rebatida con urgencia su reforma educativa. Es que su nueva escuela era una reforma social que nadie estaba pidiendo. Ya hemos dicho que, "gatopardescamente", aquellas nuevas élites eran partidarias de que las cosas cambiaran para que siguieran igual... Por eso don Simón los enjuicia con cruel sinceridad en párrafos que a su vez reflejan el orden de la vida en aquellos tiempos:

"De gente nueva no se sacarían pongos para las cocinas, ni cholitas para llevar las alfombras detrás de las señoras. Al entrar a las ciudades no se dejarían agarrar por el pescuezo (a falta de camisa) para ir por orden de los asistentes a limpiar las caballerizas de los oficiales, ni a barrer las plazas. Los caballeros de las ciudades no encargarían indiecitos a los curas, y como no vendrían, no los venderían en el camino... Lo demás lo saben los hacendados".7

Colonización y educación son las grandes soluciones del gran visionario. Pero no colonización con europeos, sino con los mal distribuidos habitantes del continente; y no de educación vacía v elitista, sino educapopular, práctica concientizadora. Las dos grandes utoplas de Simón Rodríguez, América y Educación, quedarán enunciadas magistralmente en su Proyecto de Ley que incluyó como apéndice de su inconcluso libro Sociedades americanas en 1828. En el considerando 4º. con su característica dureza y con una terminología inusual en los graves documentos jurídicos dice:

*Que los campos de América —nótese que no dice este o aquel país, sino América—en gran parte despoblados, y los pocos habitantes que tiene,





apiñados en desorden, alrededor de los templos esperando de la Provincia lo que no les ha prometido: minerales en medio de la abundancia y sin esperanza de ocupar su imaginaria propiedad en muchos siglos (...) ⁸

Después aparece este categórico y a la vez breve artículo primero: "Colonícese el país con sus propios habitantes. Se dará destino a los hombres que sepan trabajar y los jóvenes que no quieren ser colonos, serán destinados a la milicia".

Mucho se percibe en aquella ilusa legislación, la influencia del socialismo utópico de Owen y Fourier, tan en boga de Europa. Aquellas colonias se desarrollarían por una esmerada educación para los niños, por un contacto con extranjeros talentosos, a quienes se comprarían sus ideas más ingeniosas con fondos comunales. "Las colonias, —dice— ocuparán las tierras baldías y se arrendarán a los propietarios que las tengan sobrantes". Y en una visión anticipada del mecanismo tributario agrega: "al 4º año de establecidos, las colonias de adultos empezarán a pagar una contribución".

Ha entrado de lleno Rodríguez a la utopía: hav en todo este esquema un replanteamiento de las misiones de los jesuitas en el Paraguay, dirigidos en su propuesta por sacerdotes laicos que serían los educadores. Hav también elementos de los "falansterios" de Fourier. Y como en toda utopía se infiltran principios de totalitarismo, también él incluye muchas rígidas normas que regularán la vida y la conciencia en aquellas idealizadas comunidades.

No hay tema de interés en el presente que don Simón no tocara desde principios del siglo pasado y aun antes. Todavía discutimos ahora, a la luz de la llamada "teoría de la dependencia", el frustrante modelo de las economías latinoamericanas que se conformaron con ser puntuales proveedores de materia prima a los países industrializados, para que éstos la devolvieran en caros productos procesados. En otros términos, a esto llaman los analistas políticos actuales el problema de las relaciones nortesur. Es increíble, señoras y señores, el agudo análisis que hace Rodríguez sobre la materia. Desde sus años en Londres, tuvo muchas discusiones con su dilecto amigo Andrés Bello, quien por entonces daba forma a su poema "A la Agricultura de la Zona Tórrida".

—No mi querido amigo —le decía— no es esa exuberancia natural la fuente de nuestras grandezas. La clave es la transformación; es la industria el futuro de la América.

Bien nos podríamos imaginar una animada discusión en la que Bello leería con euforia las primeras estrofas de su silva:

> *¡Salve fecunda zona que al sol enamorado circunscribes [(...)

tú das la caña hermosa por quien desdeña el mundo los (panales (...)

Tú en umas de coral cuajas la (almendra

que en la espurnante jícara frebosa:

y de tu añil la tinta generosa émula es de la lumbre del zafiro [(...)

a lo que Rodríguez respondería sin



tonalidades poéticas:

-Está bien, mi querido Bello, pero más nos valiera industrializar allá en la misma América lo que brota de su espléndida zona tórrida...

Si se quiere —para hablar en términos más técnicos— aquel hombre visionario estaba va refiriéndose al valor agregado del proceso manufacturero, es decir a la agroindustria, en oposición al modelo económico agroexportador de nuestros monocultivos, que sólo dejaban una limitada riqueza para pocos comerciantes exportadores a costa del esfuerzo extractivo y la gran miseria de las mayorías. Esta materia, todavía debatida por los economistas y sociólogos del presente, era en aquella lejana época una de las preocupaciones del gran caraqueño. En su anticipación, llegó a proponer un banco para el desarrollo de las agroindustrias de sus ideales colonias. Si Bello cantaba los prodigios de la planta de cacao —"Las almendras que en la espumante iícara rebosan—" Rodríguez lamentaba que América tuviera que comprar después los costosísimos chocolates europeos. La crítica a este histórico e improductivo esquema de intercambio alcanza su máxima ironía cuando le dice a un amigo militar chileno:

—Sólo nos falta, General, que empecemos a mandar a Londres arcilla de la cordillera para que, a cambio, tengamos que importar sobrecitos dorados con una graciosa leyenda que diga "Delicioso producto para niños que comen tierra..."

Tan incisivo demonio era, señoras y señores, este corrosivo don Simón Rodríguez.

La originalidad de don Simón lo inclinaba a ser un crítico mordaz de mucho de lo que veía. Reaccionaba. particularmente, contra aquello que a fuerza de ser comúnmente tenido por bueno, le resultaba sospechoso como para hacerle buscar la sinrazón escondida. Esta actitud penetrante lo llevó a no aceptar todo lo europeo como deseable para América. Siendo el nuevo continente una realidad "no contaminada" con las tantas cuestiones del antiguo, no veía la necesidad de adoptar moldes desgastados para esta tierra prometida. Más de veinte años en el viejo mundo no lo deslumbraron como para traer incontables fórmulas cuando desembarcó en Cartagena en 1823. Esta actitud fue, precisamente. la que lo llevó a oponerse a uno de los métodos pedagógicos más en boga en aquellos tiempos. Lo combatió con acerbas palabras a pesar de que casi todo el mundo, especialmente los nuevos gobernantes, lo consideraban un descubrimiento prodigioso v redentor. Me refiero al método lancasteriano que llegó a constituir la gran esperanza educativa del XIX.

Allá por 1810, el profesor José Lancaster (1778-1838) ensayó en Londres una ingenua técnica de enseñanza originalmente explicada por Andrew Bell, funcionario colonial que la había practicado con niños pobres en la India. Lancaster llevó al extremo tal recurso y diseñó un sistema altamente mecánico en el cual, como en una verdadera cadena humana, los alumnos más aventajados "recitaban la lección" a los comunes y menos adelantados. A la gente en general, y sobre todo a los políticos, aquello les parecía el maravilloso hallazgo del siglo por sencillo y barato. No suele gustar que la educación resulte cara, sobre todo



cuando es para los pobres... Como una sucesiva cascada de palabras, tal invento parecía acabar con los problemas de la instrucción masiva en poco tiempo v. sobre todo, sin necesidad de maestros. Los niños inteligentes, sirviendo de monitores, hacían el supuesto prodigio. La voz de un profesor se repetía por aquellas gargantas hasta llegar a cientos...*Un sólo maestro para mil discípulos" era uno de los lemas de don José. Hav en algunas enciclopedias educativas curiosas pinturas de cómo se disponía esta cadena de cotorros que podía alcanzar hasta el infinito... Pero Simón Rodríguez no se tragaba el anzuelo de aquella ingenuidad didáctica. Y la razón de su escepticismo era de mucho fondo: el método lancasteriano partía del supuesto de que el proceso educativo era un simple fenómeno de transmisión de afuera hacia adentro. El. en cambio, era partidario de una "mayéutica" socrática, es decir, del arte de hacer parir el conocimiento desde la mente del discípulo mediante una intensa ejercitación dialógica y amplios contactos con la realidad.

El se proponía el "Ex ducere" de los latinos, el término que dio origen precisamente a la palabra "educación", y que significaba "sacar hacia afuera" las potencialidades del ser humano. La educación, pensaba, no es un proceso de rellenado, sino de estimulación para el pleno desarrollo humano. Y la cadena parlante del lancasterismo no servía a esta finalidad de formar hombres.

Don Simón conocía la caudalosa fuente de la reforma escolar del viejo Comenio (1592-1671), antecesor del mismo Rousseau en la línea del naturalismo pedagógico: "No proponer nada que la mente no esté en condición de recibir —decía el obispo moravo—. Mostrar las cosas por las cosas mismas; la palabra es el accidente, las cosas la sustancia. Pecan los preceptores que pretenden formar a la juventud exigiendo sólo a la memoria sin una diligente observación de las cosas. No hacer aprender de memoria, sino lo que ha sido rectamente comprendido por la inteligencia. Al discípulo hay que hacerle ver la aplicación que en la vida común tiene lo que se le enseña". 9

Era imposible que un partidario del pensamiento renovador de Comenio, escrito casi dos siglos antes, aceptara semejante timo pedagógico, "Sopa de pobre" llamaba el maestro al método lancasteriano. Con razón: sopa rala de un memorismo vacío. La propuesta de Rodríguez acerca de una educación integral llena de prácticas vocacionales en talleresescuelas y de ejercicios para desarrollar la capacidad de pensar y aprender, tal como pretendía establecerlo primero en Chuquisaca (Bolivia) y al final de su vida en Latacunga (Ecuador), era algo muy distinto a esta práctica de moda que pretendía economizarlo todo, hasta los maestros. En efecto, el lancasterismo o sistema mutual, en su momento histórico, era una precaria concesión filantropista a las masas miserables que proliferaban a la sombra de la triunfante revolución industrial.

Creo que una de las grandes pesadumbres de este viejo soñador fue el enterarse, que su amado Simón Bolívar había caído fascinado bajo la gran simpleza del Lancasterismo. Es más, ya en el poder, El Libertador trajo a Colombia al profesor Lancaster—quien había saboreado amargos fracasos y polémicas en Europa— y bajo su



protección, aquel educador divulgaba su estrategia didáctica en las nuevas Repúblicas. Caben tal vez aquí dos digresiones. Precisamente, Bolívar, en los días de su dolorosa agonía — Magdalena abaio — se autoimponía el compromiso de saldar las deudas contraídas con el arruinado profesor Lancaster, quien, perdido el apoyo de su protector, fue a morir a los Estados Unidos. También hay que recordar que el método lancasteriano, quizá porque se le asociaba con las proezas de Bolívar —o por económico— cundió por América. Entre nosotros, fue adoptado por el General Morazán y por la administración de Gálvez en Guatemala. Se cuenta que el gran caudillo asistía a aquellos exámenes memorísticos de las nuevas escuelas. En varias proclamas de regímenes liberales triunfantes, los gobernantes centroamericanos anunciaban — como una estupenda promesa— que se adoptaría el método lancasteriano. Aquella era una buena forma de mostrar un gran interés por la educación sin comprometer recursos financieros que eran más necesarios para sostener las guerras de facciones. Tal vez sea oportuno recordar a estas alturas que, entre nosotros, fue el general Gerardo Barrios el primer gobernante que -en signo distinto al lancasterismo generalizado— enfrentó seriamente el problema de la falta de educadores mediante la creación de las primeras Escuelas Normales de El Salvador en 1860.

Simón Rodríguez, pues, contra toda una corriente de opinión que aplaudía aquel mecanicismo didáctico denunció la falacia fundamental de la sopa boba del lancasterismo. ***

En otro campo, también tuvo estupendas anticipaciones de esto que modernamente llamamos la teoría de la comunicación. Porque no debemos asociar ésta con el surgimiento de los medios masivos, ya que su gestación se remonta hasta las más antiguas reflexiones sobre el lenguaje. Hay que llegar, cuando menos a Platón, con su ponencia radical contra la distorsión del lenguaie, posición antirretórica que ie lievará a proponer la expulsión de los poetas de la República, por creer contraria la voluntad de espectáculo a la voluntad de verdad, tan cara al racionalismo trascendente de la metafísica platónica. Hay que remontarse también, por supuesto, a Aristóteles, quien en la "Retórica" reivindica en toda su plenitud, en oposición al extremo racionalismo de su maestro.

"¡Patria y Lengua!" dice don Simón, casi con aquellas tonalidades de Fichte cuando atribuía a la pureza y potencia de la lengua germánica la superioridad del espíritu alemán. Y añade como una gran lección para los políticos de ayer y de hoy: "¿Puede acaso algún gobierno sobrevivir si se dirige a quienes no lo entienden? Hablar a cada uno en su lenguaje es la táctica de la palabra".

Como nadie hasta entonces, combatió el palabrerío vano, las fórmulas retóricas ingenuas o convencionales y los lugares comunes que, a fuerza, de repetirse, sustituyen a las verdades esenciales:

"Los muchachos —dice— no serán los tiernos pimpollos ni esperanza de la patria; los maestros no habrán recogido frutos precoces de sus inocentes desvelos".



Cómo se hubiera reído don Simón de simplezas trasnochadas que todavía inspiran una reverente admiración entre nosotros como esto del "pan del saber" y del "maestro que alumbra en la noche de la ignorancia". En su estilo llano, nunca fue partidario de la voluntad de espectáculo en la comunicación.

Pero el lenguaje -sostienedebe ser fiesta cotidiana, manifestación, sobre todo en la escuela. Piensa que la capacidad de gozar con la palabra había sido brutalmente excluida de las escuelas. Los niños vivían sometidos a un lenguaie carente de la más mínima palpitación, domesticado y tedioso. La verdadera fiesta del lenguaie está fuera de las escuelas; porque dentro de ellas predomina uno de tonalidad exclusivamente normativa v adusta. Era partidario de un lenguaie vivo, borboteante pero bien fundado v ---como dice Prieto Castillo---sin improvisaciones ni golpes bajos a la credibilidad o la sensiblería. Esta es una lección que sólo cierta literatura didáctica muy de avanzada ha empezado a aprender y practicar.

Fiesta del lenguaje, en contra de la severidad y el formulismo retórico. Cabe aquí una digresión sobre algo que es muy nuestro: encontramos una verdadera fiesta del lenguaje en ciertos pasajes de las primitivas estrofas de El Puntero Apuntado con Apuntes Breves, cuya fascinante historia, por supuesto, no es sólo de un lenguaje saltarino, sino de un recurso nemotécnico de la rudimentaria didáctica de "El Puntero"

De la tinta añil el modo de su fábrica admiremos y a los antiguos debemos que lo discutieron todo. Pilas aguas dernasiada jozes, mantas, coladores, ruedas, pala y pisones hacen buena temporada, y porque no falta nada, cargadores y tendales cueros, cántaros, costales, bestias, tablas y canastas sin olvidar los huacales

La más desconcertante revolución de Rodríguez en el campo de la comunicación está en su diagramado tipográfico. Desde sus días de impresor en Boston y Baltimore introdujo un sorprendente cambio en el levantado de los textos, mediante la incorporación de recursos como subravados. llaves sinópticas, corchetes, flechas, palabras en mayúsculas o en tipos agrandados, enumeraciones, pequeños bloques hilvanados con líneas en vez de los grandes bloques cerrados de la impresión común. Esta curiosa disposición tipográfica respondía a su obsesión de aclarar y martillar sobre las ideas claves. Hay que reconocer que a nuestros ojos, acostumbrados a los textos cerrados de la imprenta, les es un tanto difícil seguir la lectura de estos extraños formatos de Simón Rodríguez. Es probable que los impresores comunes tuvieran dificultades para comprender sus escritos, por lo que él mismo los tuvo que haber procesado. El más notable ejemplo de esta rara disposición tipográfica se aprecia en su libro Sociedades Americanas impreso en Valparaíso en 1840.

La didáctica, entendida como un adecuado esfuerzo para hacer eficiente la comunicación educativa, debe mucho a este precursor fuera de tiempo de la reforma educativa. Quería ayudar a los jóvenes a pensar en términos de referentes concretos, a no jugar al discurso saturado, capaz de





tocarlo todo sin tocar nada. Duro ataque era éste contra una escuela verbalista, la única que concebían los ilustrados de entonces. Buen aliado tenía en esta América de la utopía aquel Pestalozzi que proponía el gran principio de la intuición pedagógica, o sea, enseñar las cosas por las cosas mismas.

No tuvo que ser psicólogo moderno ni terapeuta del lenguaje este visionario al decir que cuando hay pobreza de palabras, el pensamiento falta o no se desarrolla. En esto, por supuesto, hay evocación de Hegel y anticipación de Piaget. La riqueza del lenguaje, creía —y deberían entenderlo los profesores actuales— es forma privilegiada para lograr la relación entre el maestro y el estudiante.

Volvamos a los andares de nuestro dromómano. Abrumado por el fracaso de su experiencia educativa en Chuquisaca, residió por un tiempo en Oruro. Desde aquella ciudad dijo en una carta al Libertador, en frases que refleiaban su interminable resentimiento por la clausura de la escuela de Chuquisaca: "Al verme recoger niños pobres unos piensan que mi intención es hacerme llevar al cielo por los huérfanos; y otros que conspiro a desmoralizados para que me acompañen al infierno. Sólo usted sabe, porque lo ve como yo, que para hacer repúblicas es menester gente nueva*. Allí también escribió en 1828 "El Libertador del Mediodía de América", más conocida como La Defensa de Bolívar, Probablemente lo motivó la noticia de la frustrada conspiración para asesinar al caudillo en septiembre de ese mismo año en Bogotá. No la publicó entonces. Ya comprendía la gran tragedia del final de la era de aquel semidiós. Presentía que se quedaría solo con su gran bagaje de ideales irrealizados. Esta obra, además de ser un monumento literario, refleja la gran capacidad de análisis político de su autor. Apreciemos esta muestra:

"En América, el ejército ha combatido contra los elementos y contra los imposibles, abrasándose en las llanuras y helándose en las montañas... Sin caminos, sin puentes, y los más de las veces, sin caballos, sin víveres, sin vestidos, sin hospitales... y en los poblados sin sueldo Los jefes, padeciendo como el último soldado, trazaban planes en la arena y al ejecutarlos les faltaban pertrechos. Pero todo lo vencía la presencia de Bolívar en el combate y su nombre reunía todos los ánimos y conciliaba todos los intereses". 10

Un año después, reside en Arequipa ejerciendo el humilde oficio de fabricante de candelas, aunque aquí nos va a sorprender con otro de sus variadísimos aportes, ahora en el campo de la ingeniería. En una estupenda combinación de conocimientos matemáticos, geológicos y de ingeniería civil propone un vasto plan de canalización y unión de varios ríos de la región para crear un sistema de regadio permanente. Como siempre. sus ideas visionarias son recibidas con recelo por las autoridades. Su ponencia es tan relevante que todavía podría tener actualidad en aquellas regiones que se hubieran beneficiado de los caudales de las nieves que se derriten en la cordillera. "Las minas no serán eternas -decía Rodríguez-. Nuestra futura riqueza no es el oro ni la plata, cuvas minas se acabarán, sino el agua." Y luego ponía innumerables eiemplos de como en Europa —especialmente en Holanda--- se usaba el



agua con la mayor inteligencia.

Estos estudios quedaron consignados en su trabajo Las Desviaciones del río Vincocaya.

En Arequipa le esperaban dos grandes dolores. Uno de ellos amargaría para siempre los veinticuatro años que todavía recorrería en su pobre vida de trashumante. Un día llegó la noticia del asesinato del insigne Antonio José de Sucre, Gran Mariscal de Avacucho. El único relevo del agonizante Bolívar había caído balaceado en la tenebrosa sierra del Berruecos. al sur de Popayán. Los amos de las nuevas "patriecitas" lo sacrificaron. Se había derramado la sangre del justo Abel, como dijo Bolívar. Aunque él tuvo las va citadas desaveniencias personales en Bolivia con el generalísimo, lloró con gran pesadumbre a un héroe al que admiraba profundamente y que, además, constituía la única esperanza de salvación de la Gran Colombia.

Pero aquelaño fatídico de 1830, le reservaba todavía la penalidad que llenaría de sombra el resto de su vida. Un día de diciembre, recibió un periódico de Lima en el cual, los grandes titulares decían:

¡EL TIRANO HA MUERTO!
El estupor lo hizo enmudecer. Al dolor de la muerte del más insigne americano se unía el escarnio del egoísmo y la ingratitud de aquellas naciones que ahora querían enterrar al gran gestor de su libertad. Temblando de ira le dijo a Manuela Gómez — su mujer de entonces— "Reza por él, que yo no puedo hacerlo". Y permaneció en silencio por muchos días. Aun sin recuperarse, poco a poco fue componiendo con sus hábiles manos de tipógrafo la edición de La Defensa de Bolívar. Pocos hombres como él se atrevían a

reivindicar un bolivarismo que, por entonces era tenido como una lepra política por los nuevos caudillos.

Su imposibilidad de reposar lo lleva a Lima, en donde recibe una invitación para ir a dirigir un colegio en Concepción, Chile. Nunca podía rechazar un llamado para enseñar. Varias ciudades chilenas le vieron transitar ente 1830 v 1840. En Santiago se encontró con su viejo amigo Andrés Bello. Escribió sobre temas sociales en "El Mercurio". Es por este tiempo cuando aparece en Valparaíso su obra fundamental Luces y virtudes sociales, libro que por su curiosa disposición tipográfica probablemente fue levantado por su propia mano de tipógrafo innovador.

Uno de los pasajes más conmovedores en la vida de este gran vagabundo fue aquella estadía en Paita en 1843, cuando viniendo de tanto peregrinaje, quiso pasar unos días con doña Manuela Sáenz, quien ya muy mayor, vivía exiliada en aquel recóndito puerto del litoral peruano. Ya no tenía la sensualidad que arrebató a Simón Bolívar, pero conservaba el encanto de aquellos penetrantes e inmensos ojos negros. Los nuevos amos de las patrias divididas la arrinconaron por ser un símbolo estorboso del unionismo de El Libertador. Ni el General Flores, presidente del Ecuador, que alegaba seguir las huellas del héroe, le permitía el retorno a su patria y hasta mantenía confiscadas sus valiosas propiedades. Llegó don Simón casi vencido por la adversidad y las tantas incomprensiones. Aquel hombre v aquella muier tenían en común el haber amado hasta los linderos de la





20XSH

América del sur estaba en aquel arcón celosamente guardado en Paita.

Hablaron tanto... pero días después callaron. Ella, sin Bolívar, muerto hacía 13 años, sólo vivía para sus recuerdos; él, sin su entrañable amigo y discípulo, carecía de fuerza para realizar mil proyectos... Pasado un frases más conmovedoras que han brotado de un ser humano y que podría figurar en la antología de los grandes espíritus:

—Me voy Manuelita, porque dos soledades no se hacen compa-

...ejñ

Tiempo después reside en Ecuador en donde le encargan algunas clases en el Colegio Nacional de Latacunga, en la provincia de Cotopaxi. Todavía no realiza su gran obra en esta lbarra; en donde el notable Prócer guatemalteco Antonio José de Irisarri —también gran figura de la política chilena— lo visitó para encontrarlo sumido en la más grande miseria, a sumido en la más grande.

Alentado por algunos amigos, especialmente viejos militares que habían apreciado a Bolívar, intentó ir nuevamente a Bogotá. Desmbuló de pueblo en pueblo. En uno de ellos munió Manuela Górnez, presa de terribles dolores. El vagabundo no avanzables dolores. El vagabundo no avanzaba hacia el norte pues en cada rincón en donde le pedían abrir una escuela, practicar sus teorías educativas. De practicar sus teorías educativas. De vez en cuando, peniódicos de Santa Fe publicaban artículos en los que algunos amigos denuciaban que en las nos amigos denuciaban que en las nos amigos denuciaban que en las nos amigos denunciaban que en las

idolatría al Patricio más grande del continente.

—Mi quendo don Samuel— le decía doña Manuela en esos días. Era la única que recordaba su viejo pasado de Samuel Robinson...

Postrada en una tosca silla de ruedas, a raíz de una caída, pero sin perder su crónico humor, soportaba su miseria acompañada de dos niñas. Vendia dulces, bordados y cigarros a los ocasionales marinos de los barcos balleneros que repostaban en Paita. Tenía una parvada de perros, a los que había puesto los nombres de los granhada des enemigos de Bolívar.

—Mo les tema usted, don —Samuel— le decia cuando Rodríguez se sentía nervioso ante aquella invasión juguetona. —¡Quieto, sión juguetona. —¡Quieto, santander... tranquilo Camarra... y dirbandar... sosiégate, Páez...! Y dirbandose a un can muy gordo y de aspecto aristocrático le ordenaba: ¡Echate allá, Riba Agüero! Pero el mayor tono burlón de la matrona era hacia otro, entre tontón y zalamero, al que decia: —¡Ven acá, mi querido "Florea"!

Con los días, Rodríguez, que no se quedaba atrás en el arte de la burla, terminó llamando a aquella simpárica reunión perruna "El Congresillo de Paita".

iQué de añoranzas harlan esos dos seres! Por entonces, ella estuvo dos seres! Por entonces, ella estuvo transfigurada en extremo. Los fisgones del pueblo los velan abriendo aquel cofre esotéricolleno de documentos y cortas de Bolívar, cofre que por ironía del destino no entrarla en la historia por que fue quemado a la muerte de la historia herolna por temor a la peste que se la llevó. Rodríguez, temblando y llorando, leía y releía los sacrosantos papedo, leía y releía los sacrosantos papedo, leía y releía los sacrosantos papedos. Buena parte de la historia de



montañas del sur languidecía sin apovo alguno el más notable educador de esos tiempos. Se exhortaba al gobierno a fin que lo trajera a la capital para reorganizar las escuelas. Pero los caudillos no deseaban dignificar a aquel americano que evocaba la figura gloriosa de Bolívar, cuva sombra era preciso aleiar si se quería consolidar las patrias divididas. El Coronel José Pineda hacía colectas en Bogotá para ayudarlo y en patética circular a los amigos decía: "El señor Simón Rodríguez, maestro del ilustre libertador de Colombia, se halla actualmente en Pasto, en la situación más penosa".

Regresó a Quito casi a los 80 años. Todavía realizó su última experienca educativa en el Colegio Nacional de Latacunga para el cual estableció un reglamento. Buena parte de su pensamiento pedagógico quedó en su valioso trabajo Consejos de amigo al Colegio Nacional de Latacunga. Allí, así como el inolvidable suizo Juan Enrique Pestalozzi en sus escuelas de Stanz y Burgdorf, admitió discípulos que quisieran aprender sus ideas y métodos de enseñanza. Fue Latacunga, pues, el germen fallido de una escuela normal. Digo fallido porque, a diferencia de los talentos Krusi, Tobles y Buss, que no sólo asimilaron. sino aue sistematizaron la gran obra socio-pedagógica de Pestalozzi, aquí sólo encontró unos cuantos jóvenes testarudos y rutinarios que exigían cartillas memorísticas a aquel anciano que era precursor de la escuela activa en América, "No es sólo enseñar a deletrear —había dicho— es enseñar a vivir, a trabajar, a practicar la sociabilidad". Para alivio de sus penas, El Neogranadino de Bogotá publicó un resumen de su obra Extracto sucinto sobre la educación republicana.

Con la amargura de un nuevo fracaso, pues, abandona Latacunga, acompañado de su hijo Choclo y de Camilo, un leal discípulo. No nos extrañemos del nombre vegetal del muchacho: una de sus hijas tuvo el simpático nombre de Zanahoria Rodríguez. Vivió por poco tiempo en Guayaquil, otra vez como fabricante de candelas.

Dice Cova: "don Simón había cumplido 83 años, pero todavía no se resignaba a alzar la bandera blanca de los rendidos. «No dejaré que me lleven a cuestas —había escrito recientemente— sino después de muerto»".

Ha llegado el final para el gran peregrino de los Andes. Una grave enfermedad que le inflamaba el vientre le consumía, pero la posibilidad de emprender algún nuevo proyecto en Lambayeque en el Perú, lo reanimaba. Algunos conocidos lo habían llamado. Es el notable escritor venezolano Arturo Uslar Pietri quien nos ha dejado una de las mejores páginas del viaje final, a bordo de una barcaza que boga por el Guayas hasta bordear la costa peruana. Enfermo de muerte, lo desembarcaron cerca de Cabo Blanco en la provincia de Piura. Cuentan que Choclo partió raudo a caballo hacia el sur, posiblemente para alcanzar Paita y pedir a Doña Manuelita Sáenz que fuera a socorrer al insigne moribundo. Camilo se lo llevó al pueblo de San Nicolás Amotape en donde murió el 28 de febrero de 1854.

Sus restos venerables fueron encontrados en 1924. Aquel hombre cuya nación era América, podía yacer en cualquier punto de sus tantas patrias. Reposó un tiempo en el Panteón de Los Héroes de Lima. En 1953 su





Caracas nativa lo reclamó y desde 1954 yace en el Panteón Nacional junto a la tumba del más preclaro de quienes valoraron su grandeza: Simón Bolívar.

Señoras y señores: Ahora que la América, al borde del tercer milenio, todavía está lejos de las grandes utopías de la integración y de la educación, postuladas por Simón Rodríguez, convendría examinar el pensamiento de este gran precursor cuya mentalidad del siglo XXI vivió atormentada en el orden todavía feudal del siglo XIX, a pesar de los procesos emancipadores. Como ha dicho magistralmente don Alfonso Rumazo González

"La imagen novelesca o de cuento

malo que ha regido en contra de Simón Rodríguez por tanto tiempo, se esfuma automáticamente y desaparece cuando se estudia lo profundo y esencial de su pensamiento. Ahí, en las ideas, en la doctrina, en las anticipaciones, en las páginas de su obra entera, yérguese el verdadero hombre, el inmenso Rodríguez que hay que analizar y comprender. La fama que le dieran de loco era el piadoso disimulo que hay en la mala entraña de los diminutos de espíritu y en las conciencias amaestradas". 11

Creo pues que comprenderlo es algo que nos dejará grandes utilidades. Pero, fundamentalmente, será una suprema reivindicación frente a tantos que en su tiempo lo escamecieron, lo ignoraron o no le perdonaron el gran pecado de su originalidad y de su anticipación.

REFERENCIAS

- 1) De la Cierva, Ricardo, Jesuitos, Iglesia y mancismo, Plaza y Janés Editores, Barcelona. 1987.
- 2 Cova, José A, Simón Rodríguez, en el Prólogo de Sociedades Americanas.
- 3) Versión de Arturo Uslar Pietri en La Isla de Robinson.
- Este incidente fue contado por don Simón Rodríguez a un amigo muchos años después.
- 5) Rodríguez, Simón, La Educación Republicana.
- 6) Rodríguez, Simón, Notas Sobre el Proyecto de Educación Popular.
- 7) Ibid.
- 8) Simón Rodríguez, Sociedades Americanas.
- 9) Comenio, Juan Amós, Didáctica Magna.
- 10) Simón Rodriguez, Defensa de Bolívar.
- 11) Rumazo González, Alfonso, El Ideario de Simón Rodríguez, Editorial Centauro Caracas, 1980.







LA IMAGEN SENSORIAL CREADORA DE HUGO LINDO

Elizabeth Gamble Miller

Elizabeth Gamble Miller, Ph. D.

Lenguas y Literaturas Hispáni-

cas de la Universidad Metodista

del Sur. Dallas, Texas, Estados

Unidos Miembro correspondian-

te de la Academia Salvadoreña

de la Lengua, 1985, de la Aso-

ciación Prometeo de Poesia Ma-

Directiva de la revista de la Aso-

ciación Americana de Traducto-

res Literarios al Inglés (ALTA).

Translation Review, y editora

de ALTA Newsletter.

ugo Lindo, ilustre poeta v humanista centroamericano, nació en El Salvador en 1917, un año después de la publicación de "Arte poéti-

ca", el poema en que Vicente Huidobro exponía la teoría del creacionismo. En 1953, el poema clave de la estética poética de Hugo Lindo, "De la poesía", se publicó en su libro Sinfonía del límite. Huidobro había expuesto su filosofía en sus declaraciones teóricas v en sus poemas se perciben las varias formas en que las pone en práctica. La filosofía de Hugo Lindo queda clara-

mente revelada solamente en sus poemas. No existe ningún manifiesto que exponga esta filosofía, pero el poeta -en una conversación sostenida con esta autora en la ocasión de su homenaie en 1984 en San Salvador— ha designado "De la poesía" como el poema clave de su estética.1 En este estudio, y a través de los dos

poemas mencionados, se consideran afinidades tanto como diferencias entre la poesía creacionista de Huidobro y la poesía imaginística sensorial de Hugo Lindo.

Antonio de Undurraga, en su ensayo titulado Teoría del creacionismo, detalla la teoría creacionista: "Según esta teoría, el poeta no debe ser un simple cantor o imitador de la naturaleza y el mundo físico, sino volver a su papel original de creador e inventor de nuevas realidades (...) Para llegar a escribir poemas creacionistas hay que acudir a metáforas de gran audacia, a comparaciones que parecen disparatadas por su novedad, a neologismos (...) al pensa-

> miento aparentemente ilógico y contradictorio, a las jitanjáforas y otros procedimientos".2 En la poesía de Hugo Lindo es fácil encontrar metáforas sorprendentes. comparaciones disparatadas, y frases en yuxtaposición que expresan pensamientos aparentemente ilógicos y contradictorios basados en su concepto personal de

Profesora del Departamento de drid) y de la Academia Iberoamericana de Poesia, Integra la Mesa

> la existencia humana como una continua paradoja.

Si consideramos la visión cós-





mica de cada poeta veremos que ésta difiere en ambos. Huidobro desarrolla en sus poemas "toda una desolada visión del mundo, centrada en la soledad, la incomunicación y el vacío", 3 mientras que se puede decir de la poesía de Hugo Lindo que llega a ser un canto al empeño tenaz de sobrevivir en el hombre atropellado por el dolor.4

Al hacer una comparación entre los poemas "Arte poética" de Huidobro y "De la poesía" de Lindo se percibirá que el tema del poema de Lindo es una variación sobre la teoría creacionista, y que el poema mismo se ha creado a través de poderosas imágenes vívidas y sensoriales yuxtapuestas de manera aparentemente disparatada. A continuación veremos "Arte poética" de Huidobro en el cual el poeta expresa su credo en un estilo esencialmente narrativo y cerebral. El poema exige al poeta que cree lingüísticamente un mundo vivo: "haced floreger la rosa". Sin embargo, los versos de "Arte poética" incluyen numerosas imágenes y verbos estáticos y no móx les al contrario de lo que se esperase: tales son "estarnos", "el músculo cuelga", "tenemos", "reside", "viven", "es". Reconocemos que Huidobro hace un contraste entre la poesía creativa v la descriptiva v que por lo tanto empieza con frases más activas: "sea como una llave que abre", "una hoja que cae", "volando", "creado sea", "el alma temblando", "el adjetivo... que mata", "inventa" y "cuida", y luego ."cantáis" y "hacedla florecer". Leemos el poema en que se revela el credo creacionista:

Arte poética (Vicente Huidobro)

Que el verso sea como una llave

Que abra mil puertas; Una hoja cae; algo pasa volando; Cuanto miren los ojos creado sea, Y el alma del oyente quede [temblando.

Inventa mundos nuevos y cuida [tu palabra; El adjetivo, cuando no da vida, Imata.

Estamos en el ciclo de los nervios. El músculo cuelga, Como recuerdo, en los museos; Mas no por eso tenemos menos Ifuerza:

El vigor verdadero Reside en la cabeza.

Por qué cantáis la rosa, joh [Poetas! Hacedla florecer en el poema;

Sólo para nosotros Viven todas las cosas bajo el sol.

El poeta es un pequeño Dios.5

Este poema pide que el "pequeño Dios" escriba versos que sugieran más de lo que dicen: "que abra mil puertas" (el verso), que le haga no con el adjetivo descriptivo "que mata", sino con palabras cuidadosamente seleccionadas, para que su creación resulte dinámica propia de un "ciclo de nervios" y no de una época más tranquila. Huidobro reacciona contra descripciones realistas y estáticas de los objetos ("el músculo cuelga, como recuerdo. en los museos"), contra el estilo parnasiano con su énfasis en la forma. y contra los movimientos literarios que enfatizan la pasión y la musicalidad.

"La poesía de Hugo Lindo emana de emociones profundas; en ella se combinan el sentimiento y el intelecto, y sus inquietudes son inquietudes humanas vitales. Estas se transforman



en poesía lírica de gran musicalidad que a través del manejo extraordinario del lenguaje y del uso de imágenes vivas y sugestivas pone al lector en contacto con los sentimientos más íntimos del poeta".⁶

Se demuestran las características nombradas en "Arte poética" en el poema "De la poesía". En estos versos Hugo Lindo escribe como un "pequeño Dios", creando un mundo dinámico sin definirlo o describirlo, empleando sustantivos y verbos móviles, y haciendo poco uso del adjetivo descriptivo. Por medio de una serie de imágenes extraídas de varias experiencias de la vida y yuxtapuestas sin aparente conexión lógica, el poeta construye un poema cerebral que es a la vez lírico y sensorial. Desarrolla el tema, el proceso en que se destila la esencia intangible de la poesía, a través de versos y técnicas que ejemplifican este proceso, y así el proceso resulta el tema. Es decir, el poeta ha creado versos que tienen vida propia: Hugo Lindo hace "florecer la rosa", que en este poema no es una rosa sino la poesía misma.

Las imágenes que el poeta selecciona son activas, expansivas, frágiles, sin límite ni contricción, escogidas por un "Dios" propio de un "cíclo de nervios". Evocan los sentidos de la vista, del oído, y del olfato, mientras que apelan a las emociones por la musicalidad delicada y tenue inherente en la textura de las palabras v en el ritmo interno de los versos. En este poema "El músculo", es decir, la poesía descriptiva y narrativa, definitivamente "cuelga... en los museos." Una serie de acciones incongruentes, "disparatadas", sigue la frase aparentemente conversacional y lógica que abre el poema. Leemos los versos

nunca perdiendo de vista las imágenes y las técnicas que crean el intangible mundo poético:

De la poesía (Hugo Lindo)

- 1

Bien: es lo que decíamos ahora. Encenderse de lámparas sin [motivo aparente.

Alzar copas maduras y beber los colores de la nieve como quien bebe alas de paloma o brinda con angélicas especies.

Ш

Claro: lo que decíamos ahora. ¿para qué detener en las palabras lo que se va por ellas, y revierte en el propio minuto del encanto a su silencio tenue? ¿Para qué definir lo que pudiera relatarse jeroglíficamente?

Ш

Exactamente; de eso
[hablábamos.
De no decir el nombre de las
[cosas

ni aquella calidad que las aprieta, sino sólo su sombra, mejor dicho, el milagro sonoro de su aroma. Dejar que las palabras por sí solas, tomen hacia el prodigio la ruta aérea de las hojas.

Y "el prodigio" es el poema, el cual alcanza a tener vida propia por "la ruta aérea", es decir, las palabras vuelan por sí mismas. En el poema la percepción no nace de la razón sino de la intuición. Interpretamos intuitivamente las acciones irracionales: "beber colores de la nieve", "bebe alas de





paloma", y "brindar con angélicas especies" en el ambiente establecido por palabras abstractas como "encanto", "milagro", "prodigio". Nos hacemos conscientes de que Hugo Lindo escribe "jeroglíficamente" como propone en el poema, y que habla del intento del poeta de seleccionar palabras que den vida al verso, que no "aprieten", que ofrezcan su "aroma", y que se conozcan por su "sombra".

Por su "aroma" y su "sombra" las imágenes sensoriales apelan a la vista, al oído, y al olfato. No se mencionan colores, ni sonidos, ni fragancias, pero éstos llegan a la mente del lector sugeridos por las palabras "copas", "lámparas", "colores de la nieve", y "las hojas". Las palabras "copas", "brindar", v "hoias" sugieren sonidos suaves v festivos. La sinestesia en la frase "el milagro/sonoro de su aroma" combina los elementos misteriosos que se dan cita en la sensibilidad del poema al nacer éste: milagro sonoro y fragante pero a la vez frágil y delicado como queda sugerido en la frase "revierte/en el propio minuto del encanto/a su silencio tenue". Hugo Lindo recrea en el poema la intangible naturaleza de la poesía sin nombrar, ni definir, ni describir. En resumen, Hugo Lindo hace suceder en su poesía lo que Huidobro propone teóricamente.

"La primera estrofa ofrece al lector una experiencia de la asombrosa intangibilidad inherente a la naturaleza de la poesía y sugiere el objetivo del poeta: «brindar con ángeles». Para arribar al sentido de la tenue esencia de un poema cada palabra ha sido escogida no solamente por la belleza de su sonido sino también por su ambigüedad, por su dimensión subjetiva. De este modo, imágenes o palabras visualmente concretas son también capaces de encerrar un simbolismo o varios simbolismos: así «copas maduras», «lámparas» sugieren elación y percepción, y las resonancias van más allá de los objetos que designan. De la misma manera, la yuxtaposición de elementos incongruentes como «beber los colores» cambia el contexto de cada elemento y multiplica las posibilidades de ambigüedad. Esta ambigüedad expande la dimensión de los vocablos, dotándolos de color o movimiento".7 El poema contiene en sus veinte y tres versos sólo dos adjetivos propiamente descriptivos: «tenue» y «sonoro», y éstos están destinados a crear cierto espacio; no son ni restringentes ni plásticos y por lo tanto, lejos de erigirse en los «adjetivos que matan» son los que «dan vida».

Para acercarnos a la técnica y las imágenes sensoriales creadoras de Hugo Lindo examinamos otras maneras en que los verbos v sustantivos de este poema no nombran sino sugieren. llevando así al lector más allá de la palabra. No hav aquí verbo que no sea activo: "Decíamos", "encenderse", "alzar", "beber", "brinda", "detener", "se va", "revierte", "definir", "relatarse", "aprieta", "dejar", "tomen". Las frases adjetivales convierten los sustantivos en conceptos tan intangibles y tan elusivos como un poema mismo: "colores de la nieve". "angélicas especies", "el propio minuto del encanto", "su silencio tenue", "la ruta aérea de las hojas".

Las imágenes sensoriales y simbólicas de Hugo Lindo crean una poesía que "vive y respira en una atmósfera de resonancias". El silencio, el aliento de una palabra sobre otra y el espacio creado por la ambigüedad son los recursos más importantes que





sugieren la intangibilidad de la poesía. El lenguaje expansivo, los sonidos sugestivos y el ritmo fluido evocan la esencia misma de la poesía. Estas técnicas examinadas en "De la poesía" permean toda la obra del poeta.

Aunque Hugo Lindo refleja en su poesía el mundo paradójico y contradictorio, propio del hombre que vive en el siglo 20 en un "ciclo de nervios", su estética combina las tendencias anteriores de la poesía cerebral e intelectual y la poesía que evoca las pasiones a través de la belleza y la musicalidad de las palabras. En su poesía imaginística sensorial y creadora Hugo Lindo no solo "canta la rosa" sino la hace florecer, expandiendo y llevando aún más allá la teoría creacionista de Vicente Huidobro.

¹ El 18 de noviembre, 1984, se ofreció un homenaje a Hugo Lindo patrocinado por la Academia Salvadoreña de la Lengua, el Ateneo de El Salvador y El Instituto Sanmartiniano Salvadoreño. El poeta y yo pasamos varias horas de conversación sobre el tema de su poesía. El mes anterior se había publicado Sólo la voz/Only the Voice, la edición bilingüe con mi ensayo introductorio y sus poemas en mi traduc-

ción inglesa. H.L. falleció en 1985.

² Antonio de Undurraga, "Teoria del creacionismo", *Poesía y prosa: antología*. Madrid, Editorial Aguilar, 1957, páginas 315, 316.

³ José Otivio Jiménez, "Prólogo", Antología de la poesía hispanoamericana contemporánea 1914-1987. Alianza Editorial. 3a. edición, p. 128.

⁴ Elizabeth Gamble Miller, "The Ways of Rain", The Ways of Rain and Other Poems of Hugo Lindo, Latin American Literary Review Press, 1986, p.9. Lo afirmado sobre Maneras de llover describe el conjunto de la poesía de Hugo Lindo: "...The Ways of Rain escapes its regional and temporal frame to become a song to the tenacity of all mankind in its struggle for survival."

⁵ Poema en El espejo de agua, incluido en Antología de la poesía hispanoamericana contemporánea 1914-1987, Alianza Editorial, 3a edición 1988, p. 129, 130. ⁶ Elizabeth Gamble Miller, "La poesía de Hugo Lindo" ("The Poetry of Hugo Lindo") traducido al castellano por Josefina Barrera de García, Sólo la voz/Only the Voice, Hugo Lindo. Mundus Artium Press, 1984, p. 10. Este ensayo trata de la estética de Hugo Lindo, refiriéndose especificamente a cada uno de sus poemarios.

⁷ Ibid., p. 20.

8 Ibid., p. 34.



LA ALIENACIÓN FEMENINA EN CENIZAS DE IZALCO, DE CLARIBEL ALEGRÍA

Rose Marie Galindo



laribel Alegría es en la actualidad una de las escritoras más destacadas de Centro América tanto en el campo poético como na-

rrativo. En el primero, su obra Sobrevivo gana el premio Casa de las Américas en 1978. En el campo narrativo, son Cenizas de Izalco (1966) y Despierta, mi bien, despierta (1986) algunas de sus obras más importantes. En ellas. Claribel Alegría hace un comentario crítico de la sociedad centroamericana, y salvadoreña en particular, mediante el examen de la problemática de la mujer de clase media, incidida entre los roles tradicionales que se le adjudican v la búsqueda de su identidad, en un entorno social también incidido por la violencia y las luchas políticas.

Cenizas de Izalco, escrita en colaboración con su esposo el periodista norteamericano Darwin J. Flakoll, es la primera novela de Claribel Alegría y, al mismo tiempo, la primera novela

de tendencia feminista que se escribe en El Salvador. Ambientada en la ciudad de Santa Ana en dos diferentes épocas históri-

cas, esta obra plantea la anulación y la fragmentación que el yo de la mujer de clase media sufre en la exclusividad de los roles de esposa y de madre y la prisión que le supone el matrimonio en una sociedad que le reduce a la inmanencia y a la cotidianidad. Esta temática es enfocada fundamentalmente a partir de la presentación de la vida de Isabel de Rojas, esposa de un acomodado doctor de la sociedad santaneca.

La problemática de Isabel de Rojas es presentada en la obra tanto desde la perspectiva de su hija Carmen como desde la perspectiva de Frank, el amante con el cual en su juventud Isabel está a punto de cambiar su vida. Ubicadas en diferentes tiempos, ambas perspectivas alternan en el texto y se complementan, permitiéndole al lector obtener una visión no sólo de la alienación de Isabel de Rojas sino de la trágica realidad a la que esta alienación la condena en vida.

La perspectiva de Carmen se presenta en la obra bajo la forma de una evocación reflexiva que la hija

> emprende de la figura materna como un intento por descubrir en sus recuerdos el yo ignorado de la madre que el dia-

rio de Frank presenta. Esta evocación tiene lugar a la vuelta de Carmen a Santa Ana con ocasión de la muerte

Rose Marie Galindo. Doctore en Filosofía. Es catadrática de la Universidad de Wisconstn-Rock Center.



de Isabel, luego de haber recibido el diario de Frank como único legado de la madre a la hora de la muerte. "Después de leer el diario de Frank me siento desorientada, como si casi no la hubiese conocido. Tengo que ordenar mis memorias, precisar mejor sus rasgos, su carácter, rescatarla del caos... Quizás así pueda borrar esta sensación de que casi me fue desconocida." (15)

La evocación de Carmen tiende a concentrarse en la época de juventud y madurez de su madre, es decir, en los años inmediatamente anteriores y posteriores al encuentro de Isabel con Frank, y se caracteriza por ser un discurso monologado en el cual el recuerdo se combina con la reflexión que en ella suscita la lectura del diario. De esa forma, y mediante la palabra de la hija, el personaje de Isabel es delineado en el texto. En la búsqueda de ese yo materno, junto con Carmen, también participa el lector.

A través de una serie de recuerdos fragmentados -signo textual de la fragmentación del vo de Isabel-Carmen rememora la figura materna y la imagen que de ella que va recreando su discurso se caracteriza, en primer lugar, por ser la de una mujer que se halla, en términos de Simone de Beauvoir, completamente reducida a la inmanencia, (177) sin más horizonte existencial que el cumplimiento diligente de sus obligaciones sociales y domésticas. Así, Carmen recuerda a su madre "vestida de negro v con mantilla para ir a un entierro", "con un sombrerito de paja y velo para asistir a una boda", o abnegadamente cuidando de su familia, en una cotidiana repetición de las actividades hogareñas:

Mamá ni siguiera iba al mercado, era la Cata. Después del desayuno planear el menú con la cocinera, ver si están brillantes los pisos y los cobertores estirados, regar el patio, arrancar las malezas de las plantas. Un rato para leer o escribir cartas; para sentarse, simplemente, si hace mucho calor. A las once llegan los niños del colegio y el tiempo pasa rápido hasta que se vuelven a ir Entonces viene la siesta a las tres, el refresco, a las cuatro sale papá a visitar a sus pacientes y mamá escucha música o lee. A las cinco volvemos del colegio y comienzan las visitas a llegar sin anunciarse. (16)

Esta mirada exterior de la figura materna se complementa en el texto con recuerdos que hacen al lector vislumbrar el desasosiego interior de Isabel así como su profundo sentimiento de desarraigo:

-Es raro, Carmen -me dice mientras caminamos por una calle de Santa Ana—, pesar de haber vivido aguí toda mi vida me siento como de paso, como si no perteneciese a este lugar. A veces miro a mis hermanas, a mis amigas de la infancia y me resultan extrañas, de otro país, hablando una lengua que no entiendo. Cuando entro en mi dormitorio me parece inaudito no ver allí mis maletas a medio empacar. (53)

Como Annis Pratt señala, la experiencia del desarraigo es uno de los signos más claros de la alienación femenina en la sociedad patriarcal (6).

Por otra parte, como Carmen rememora, tanto el matrimonio con el doctor Rojas como el vivir en la ciudad de Santa Ana parecen haber tenido para su madre el significado de una cárcel de la cual sólo parece escapar cuando sale de viaje o se refugia en la lectura de los escritores franceses.





Las memorias más nítidas que tengo de ella son mientras hace preparativos para escaparse: visitas a San Salvador donde Lola o donde Maruca, escasos viaies a Guatemala o México, con el pretexto de ver a parientes que en realidad no le importan. No esconde su alegría. Mientras empaca se entusiasma, tiene cascabeles en la voz. Papá la mira preocupado, dándole vueltas a su leontina. Cuando regresaba de uno de sus viajes venía cargada de libros: novelas en francés y en inglés, textos de metafísica que abren los misterios Rosa Cruz, libros de poemas.... Recordándola me da la sensación de alguien que llevaba un buito muy pesado y sólo se libraba de él cuando estaba fuera de casa o escondida entre sus libros. (16)

Como se desprende de las palabras de Carmen, la lectura y los viajes tienen para Isabel de Rojas el sentido de refugio; sin embargo, este refugio, más que una huida alienante. presenta en el texto las características de un espacio propio y privado que le permite mantenerse en contacto con su yo auténtico y sobrellevar sin sucumbir la mediocridad de su vida y la opresión ambiental. Esta característica que el personaje de Isabel presenta en la obra es similar al espacio privado que de acuerdo a A. Pratt mantienen para sí muchas heroínas de obras escritas por mujeres, y que en las obras estudiadas por ella se conceptualiza como la presencia del "mundo verde" de la Naturaleza. Por ejemplo, al hablar de este "mundo verde" al que la heroína se aferra para no sucumbir, Pratt señala: "La Naturaleza, entonces, se convierte en la aliada de la heroína, manteniéndola en contacto con su vo, una suerte de talismán que le posibilita buscar su camino a través de la alienación de la

sociedad masculina" (21). En el caso de Isabel, es evidente que la lectura la aísla del entorno y crea barreras invisibles que nadie puede traspasar. Así, Carmen recuerda: "Por las noches, mientras papá oía la radio a todo volumen o jugaba con nosotros, mamá se sentaba allá, en aquel sillón, con una novela francesa entre las manos" (17). Y luego: "Una vez por semana, a pesar de mis protestas y de mis fingidos dolores de estómago, me arrastraba al colegio de la Asunción donde ella y madre Merci hablaban en francés de historia y literatura clásica" (19).

La alienación que sufre el personaie de Isabel de Roias es maximizada en el texto al mostrarse, siempre a través de los recuerdos de Carmen, cómo la interioridad de Isabel es totalmente desconocida tanto por su marido como por los demás miembros del círculo familiar. El doctor Rojas, por ejemplo, en ningún momento parece volverse consciente de lo que le ocurre a su mujer. No comprende el insistente deseo de la madre por sacar a Carmen de Santa Ana, con la esperanza de que la vida de su hija sea diferente a la suya, ni tampoco llega a intuir la relación de su esposa con Frankí. Esta ignorancia se vuelve aún más trágica al ser definitivamente sellada para siempre con la muerte de Isabel. La misma Carmen, cercana a su madre por su sexo y por su propia percepción de la ciudad también confiesa haberse hallado en ese tiempo incapacitada para comprender a su madre: "Yo... nunca me di cuenta. Vivia ensimismada, pensaba en el amor con miedo y curiosidad. A los diecisiete años va Santa Ana me pesaba, me irritaba su atmósfera gris, la sensación de cárcel que irradiaba de sus adoquines, de sus largas pare-



des, de su somnolienta y blanda monotonía" (16).

La perspectiva de Frank, dada a través de su diario, le permite al lector no sólo complementar la visión de Isabel de Rojas proporcionada por Carmen sino tener un acceso más inmediato y directo a ese personaje femenino. Ello es posibilitado no sólo por la poca distancia temporal que la forma del diario establece entre lo narrado y el tiempo de la narración sino también porque esta narración contiene el relato de conversaciones íntimas en las que la esposa del doctor Rojas le revela al norteamericano su interioridad.

De acuerdo a Annis Pratt, en las novelas escritas por mujeres que señalan la alienación de sus heroínas y su encarcelamiento en las redes de la sociedad patriarcal, con frecuencia surge la figura no patriarcal que ella llama "el amante del mundo verde." Esta figura masculina se halla directamente conectada con "el mundo verde" de la heroína, es decir, con el espacio que representa su verdadera autenticidad (140). Por lo general, "el amante del mundo verde" se opone a la figura patriarcal que atrapa a la heroína y es quien la inicia en el viaje hacia un renacer, más allá de las normas sociales establecidas. (140).

En el texto de Alegría, Frank Wolff parece encarnar esa figura. Como puede apreciarse a través de la lectura del diario, a diferencia del doctor Rojas —y en su calidad de escritor—Frank comprende el mundo interior de Isabel, especialmente la afición literaria y el gusto por París. En cierta forma Frank parece encarnar para ella todo lo que el mundo patriarcal y tradicional en que vive le niega por ser mujer, en especial, la autonomía y la

libertad de decidir su destino: "Un hombre como usted es libre, puede darse el gusto, sentir el hormigueo de la aventura, pero una mujer...—levantó un hombro con tristeza" (92). Por otra parte, en su calidad de escritor que ha vivido en París, Frank tiene la capacidad de introducirla en el viaje imaginario que la libera de sus limitados espacios y la acerca a su autenticidad. "...Hoy en la tarde, cuando me traiga el refresco voy a llevarla en un tour por la lle de Cite. A ver, empezaremos por la Concergerie . . . Luego (reservaré la visita a Notre Dame para la próxima vez) caminaremos despacio hacia el Pont Neuf..." (111). Ello indudablemente posibilita el que entre Isabel v Frank se establezca desde el comienzo de su relación una camaradería especial que permite las confidencias de Isabel y la revelación de su interioridad. Es así como el lector se entera del proceso de anulación que el entorno cultural ha tenido sobre el vo de Isabel hasta convertirla como ella dice en "ratón de biblioteca". así como de la profunda autoconciencia que esta mujer tiene de su opresión:

Nuestras madres nos enseñan a preparar cuatro o cinco platos exquisitos, pero nunca la cocina de todos los días. Aprendemos a conducirnos como si fuésemos hechas de vidrio, incapaces de inclinarnos a recoger un papel del suelo ... Veo a Carmen crecer aquí y me angustio pensando que va a caer en la misma red estúpida, insípida, convencional, que me atrapó a mí. (115)

Sin embargo, a través del diario de Frank son las acciones de Isabel más que sus palabras lo que evidencia la fragmentación de su yo y su opresión. Esto es de notar, por ejemplo, en la ambivalencia que se desarrolla en



Isabel una vez que entre Frank y ella se cruzan las primeras confesiones de amor. Si bien hay en Isabel un poderoso intento de romper con su vida tradicional e incluso llega a transgredir el principio patriarcal de la fidelidad matrimonial al entregarse físicamente a Frank, en el momento en que éste le pide abandonar al doctor Roias e irse con él, Isabel se niega. En el texto, las razones profundas de esta negativa se mantienen ocultas. Ni Frank en su momento, ni tampoco Carmen mucho tiempo después, pueden comprender la negativa. ¿Fue tan sólo un acto cobarde de Isabel de Rojas, una falta de valor para afrontar lo desconocido o un acto de acomodamiento? Como un signo, talvez, de la imposibilidad de llegar al fondo al corazón humano desde la perspectiva exterior, y especialmente del corazón de la mujer que vive una opresión semejante, el texto de Alegría deja esto a la consideración personal del lector. Pero al mismo tiempo, y desde otro ángulo, el texto de Alegría parece sugerir que la opresión misma que Isabel ha vivido a lo largo de la vida la priva en el momento definitorio del poder de decisión. En otras palabras, son las estructuras opresivas vividas a lo largo de tanto tiempo las que en su momento se imponen al yo de Isabel frenando su rebeldía. Esta visión, que pone la imposibilidad de liberación de la mujer en las estructuras sociales en las que ésta se halla inserta y no simplemente en un consciente esfuerzo de su voluntad individual, se sugiere en el texto al superponer al aplastamiento de la rebeldía de Isabel, el aplastamiento de la insurrección campesina de 1932 por parte del ejército salvadoreño. El momento de la decisión de Isabel coincide con estas fechas y en la obra el

enfoque narrativo se desplaza de la problemática de Isabel hacia la problemática política, que antes solamente se ha insinuado. Aparentemente, la narración de la revuelta del 32 que se da en las últimas páginas de la obra, no presenta mayor lazo orgánico con la temática fundamental de la obra: sin embargo, esto no es así. Como puede apreciarse en el texto, la figura de Isabel desaparece y es sustituida por la revuelta: Frank se ve envuelto en ella, dentro de una violencia que no comprende, testigo mudo y atónito de la muerte de Vigil y de cientos de campesinos que caen bajo las balas de la represión militar. En otras palabras, lo que se crea es una metáfora narrativa: así como la rebeldía campesina es aplastada por las fuerzas gubernamentales, también la rebeldía de Isabel es aplastada por fuerzas aún más escondidas, pero en todo caso, también estructurales y sobre todo, ancestrales. Para Alegría, en un mundo como el de El Salvador de 1932, los grupos oprimidos no tienen aún poder liberador, sean éstos los campesinos contra el ejército o las mujeres contra la sociedad patriarcal y sus convenciones sociales.

OBRAS CITADAS

Alegría, Claribel, Darwin J. Flakoll. Cenizas de Izalco. San Salvador: UCA Editores, 1987.

Beauvoir, Simone de. El segundo sexo. Vol. 2. Buenos Aires: Ediciones siglo veinte, 1977.

Pratt, Annis. Archetypal Patterns in Women's Fiction. Bloomington: Indiana University Press, 1981.









O'YARKANDAL, TIERRA MÍTICA DE SALARRUÉ *

Carmen González Huguet



uando un jovencito italiano, hace muchos siglos, emprendió el camino hacia las regiones por donde sale el sol, no suponía que habría

de llegar a los dominios de un rey de

piel amarilla y ojos rasgados, reino que sería conocido después como Catay.

Otrotantole sucedió al alucinado navegante que se obstinaría en buscar el camino hacia esas mismas tierras pero siguiendo el sentido contrario, es decir, navegando hacia donde el sol se pone. Porque el almirante estaba convencido de que la tierra era redonda y que tanto daba ir por un lado o por otro: siempre se llegaría al lugar deseado. Tal vez, incluso,

más pronto por la vía propuesta por él.

En esto último se equivocó; pero no en la creencia de que la tierra

era redonda y que existían ignotos dominios detrás del mar. Desde las crónicas del joven Marco Polo y del almirante Colón, a Europa llegó el soplo de una extraordinaria sorpresa: habían otros mundos más allá del mar

y de la tierra, con hombres, plantas y animales fabulosos. Por medio de las veraces descripciones de estos hombres se coló a la cultura occidental el vendaval arrollador de lo maravilloso y de lo extraordinario.

Fue tal el impacto de estas novedades que muchos se resistieron a creerlas y las juzgaron h i p é r b o l e s alucinadas de navegantes y viajeros hambrientos. Sin embargo, eran ciertas.

De la constata-

ción de la verdad en estos escritos a la invención de mundos imaginarios no había más que un paso. La pluma que

(San Salvador, 1958). Licenciada en Letras, ria ado catedrática en prestigiosas universidades del país, ha trabajado en proyectos educativos para radio y en proyectos de alfabetización. Actualmente trabaja en puolicidadi. Ha obianido numerosos premios por su obra en diversos certamenes a nivel nacional , y el premio de la Comisión interamericana de Mujeres, Capítulo de El Salvador, como la mujer más destacada en la rama de letras en 1987. Autora del Ilbro Testimonio, y de diez poemarios y un cuaderno de cuentos más, ináditos.

Carmen González Huguet

^{*} Este artículo fue publicado en la revista Cultura Sur, de México, y en un suplemento de homenaje a Salarrué en un periódico salvadoreño.



dio ese paso por primera vez fue Tomás Moro en su *Utopía*. Pero no habría de ser el único.

En realidad, el canciller inglés no haría otra cosa sino abrir el camino a muchos escritores que vinieron después y que constituyen una larga y, a veces, notable sucesión.

Claro es que la capacidad de fabulación, como todas las capacidades del hombre, es limitada. En especial, nos resulta muy difícil imaginar cosas que, de alguna manera, no tengan algún referente al cual echar mano. Por esa razón, los neologismos sin contenido semántico definido (como en el caso del famoso lenguaje gíglico de Julio Cortázar en Rayuela, cap. 68: "Apenas él le amalaba el noema, a ella se le agolpaba el clémiso y caían en hidromurias, en salvajes ambonios, en sústalos exasperantes...") de los cuales ha hecho uso Salarrué en Remotando el Uluán (oio, señores correctores de pruebas, que es Remotando v no Remontando): "A eso de las cinco de la mañana. Gnarda llegó a mi camarote y tras algunas caricias y mimos irresistibles me obligó a darle un fumbultaje musical... "(Obras escogidas, páginas 255-56). Pero este tipo de artilugios tiene ventajas y desventajas: una ventaja es la capacidad de sugestión que pueden lograr en el lector, especialmente cuando se trata de vocablos sumamente eufónicos, lo que les presta un extraordinario deleite sonoro. La desventaja reside en cierto sinsabor de frustración al no poder imaginar con precisión de qué trata el autor.

Salarrué ha hechomagistral uso de este recurso no sólo en *Remotando el Uluán* (1932), sino en un libro de relatos anterior: *O'Yarkandal*, publicado en 1929, pero seguramente escrito

varios años antes, como demuestra la carta que Alberto Masferrer le dirigiera al autor el 26 de Noviembre de 1925, carta que aparece en la edición de 1971 por la Dirección General de Cultura del Ministerio de Educación salvadoreño. En esa ocasión, Masferrer agradece a su amigo la gentileza de enviarle los originales de su libro y hace el elogio de aquella obra.

Los acontecimientos históricos y los literarios no se dan en el vacío ni gratuitamente. Rayuela va a ser un libro muy posterior, enrumbado en la corriente de nuestro realismo mágico v del denostado v aplaudido boom narrativo latinoamericano. Pero es injusto pensar, discusiones aparte, que las obras de la narrativa latinoamericana de los últimos años surgieron de la nada. Indudablemente, hubo un sustrato del que se nutrieron. La misma realidad latinoamericana, desmesurada, hiperbólica, grotesca y monstruosa a veces, increíble para los racionales europeos las más de las veces. es un punto de partida admitido por muchos. Pero también, si surgió esa narrativa fue porque otros ya habían dado los pasos previos necesarios para posibilitar su aparición.

O'Yarkandal puede ser colocado, sin ninguna duda, dentro de los mejores ejercicios imaginativos de la literatura latinoamericana de este siglo. En él, Salarrué ha echado mano de recursos que van a usar escritores muy posteriores.

Del uso que en O'Yarkandal hace de los neologismos da idea el siguiente párrafo: "...Salpican el cielo gris las blancas estelinas y los cárdenos comasoles, sangrientos mapolaris, dorados tuhles y en fin, éds, glungos, usardíes, lothos, pirapapipres,



nelumbos, furussas, zukas y más..."

Las enumeraciones de objetos que quién sabe si son plantas o pájaros, mariposas o flores, debe pasmar a los lectores de ahora, como seguramente lo hicieran las retahilas de objetos nuevos que los conquistadores tuvieron que describir en sus cartas de relación. Describir un nuevo mundo, "real" o ficticio, no resulta fácil.

Si los escritores del boom afirmaron su derecho al uso de la imaginación y a la creación de mundos inéditos, el derecho a experimentar y hacer una serie de transgresiones a las leyes de la inapelable lógica del naturalismo y del costumbrismo, no fue sin precursores más o menos exitosos, más o menos conocidos.

Las invenciones de Tlon, Uqbar, Orbis, Tertius, de Jorge Luis Borges, y las Historias de Cronopios y de Famas, de Cortázar, no han sido ejercicios en el vacío, ni mucho menos, experimentación por la experimentación (que al fin y al cabo, sería un legítimo derecho del artista). La posibilidad que este camino ofrece de trastocar un orden, así sea ficticio (por algo se empieza), no le queda oscura a nadie.

O'Yarkandal es un libro de relatos que le nació a Salvador Salazar Arrué allá por la década de los veinte en El Salvador. El autor, mejor conocido por su seudónimo Salarrué, nació en Sonsonate el 22 de octubre de 1899 y murió en San Salvador el 25 de noviembre de 1975. Sonsonate es un lugar privilegiado de El Salvador en el sentido de que en sus aldeas sobrevivieron durante muchos años los descendientes de los pueblos de habla náhuat que habitaban el actual territorio de El Salvador a la llegada de los españoles. A la par del mundo latino,

mundo en el que creció y se educó Salarrué, había un mundo paralelo, un mundo mítico que arraigó profundamente en la conciencia del escritor. De ahí su capacidad para captar y plasmar el habla y el pensamiento campesino en algunos de sus libros de relatos (Cuentos de barro y Trasmallo, especialmente). Pero de ahí también su apertura hacia un pensamiento mítico, su inclinación a corrientes espirituales en boga en su época y que vertebraron las ideas v acciones de la generación de intelectuales a que perteneció Salarrué. Esas ideas ya estaban manifiestas en sus dos primeros libros: El Cristo negro v El señor de la burbuja, editados en 1927. O'Yarkandal apareció por primera vez en 1929, publicado por la Tipografía Patria, con el subtítulo Historias, cuentos, levendas de un remoto imperio. Ese imperio es el Dathdálico, vasto paraje de islas, mares, ríos y montañas con nombres que, más que pronunciados, resultan saboreados al decirlos: Dityamara, Pradselaris, Beliris, Mardopasia, etc.

En su afán de "crear" un universo imaginario, el Sagatara (alter ego de Salarrué) ha debido imaginar "de nuevo" toda la realidad obietiva. Es claro que ese ideal no lo logra porque no es lograble. Salarrué trabaja con un lenguaje ya hecho y describe un continente y un imperio a punto de desaparecer. Precisamente O'Yarkandal es un signo va vacío de sentido. El referente a que hace alusión se ha perdido irremisiblemente. Los adjetivos a los que aparece unido ("regocijante y luminoso") no ayudan a aclarar la ambigüedad, sino a hacer más deseable el objeto perdido. O'Yarkandal es una palabra de una lengua muerta en proceso de desaparecer. En ese sentido,



la colección de relatos se autojustifica: Es una literatura que trata de fijarse, si bien siempre a través de una tradición oral, en los signos de un lenguaje que se está desmoronando. Y es un lenguaje en trance de estructurar o mantener unos relatos antiguos, antes de que todo se borre de la memoria de lo que fue el imperio dathdálico.

El lenguaje es aquí, como en las epopeyas antiguas, brillante y solemne, sonoro y suntuoso. Esto obedece a su alta misión de perpetuar las importantes historias que cuenta: los anales de una realidad perdida que yace en el fondo del mar.

En cuanto a su estructura, la parte medular consta de 19 relatos. Entre ellos, salvo el titulado Xibalbailá, que es una versión bastante libre del mito de Ixquik, Hun-Camé y Hun-batz, según el Popol-Vuh, hay algunos de desconcertante belleza, como Krosiska, que también contienen una profunda lección moral. Otros remontan temas muy caros a Salarrué, como El milagro de Hiaradina, de clara raicambre platónica, cuyo tema repetirá el autor en un cuento posterior titulado La momia, y que a algunos nos recuerda la Ligeia de Edgar Allan Poe. Otros, como el titulado Bajo las estrellas, tienen imprevisto final. Tal es el caso de uno de mis preferidos: Los siete vasos de Amaremó.

Como este artículo no pretende agotar lo que puede y debe decirse de *O'Yarkandal* sino ser una invitación a leerlo, no ahondo más en la materia. Sólo señalo que esta tendencia a la creación de mundos inéditos, imaginarios, no es un hecho aislado en nuestros días. Hay una tendencia en algunas narrativas modernas a poner de nuevo el énfasis en la atmósfera, en el misterio, en el agradable disfrute de un paréntesis temporal, haciendo el atajo de lo ficticio en este mundo, a veces tan desagradablemente real, es decir, tan anodino. El auge de la llamada "literatura fantástica" (que no necesariamente tiene que ver con la ciencia-ficción) en nuestros días, parece señalar una tendencia hacia la reivindicación de la imaginación frente a las agresiones a las que el costumbrismo y el naturalismo nos tuvieron acostumbrados durante buena parte de este siglo. La frase de mayo de 1968 pintada en los muros de París no pudo ser más clara: "la imaginación al poder".

Ahora, Salarrué sería probablemente el escritor salvadoreño mayor, no sólo porque contaría con 92 años de edad, gozando de la lucidez que sólo lo abandonó con la muerte, sino porque tiene en su haber una obra en la que supo ahondar profundamente en el inconsciente colectivo salvadoreño. Un logro que no ha alcanzado ningún otro escritor de nuestro siglo y una voz que no ha vuelto a repetirse y cuya ausencia es más patente cada año.



COMALA: EL SALVADOR DE LOS EXILIADOS

Rafael Francisco Góchez



na de las muchas riquezas de la literatura es su posibilidad de hablar no sólo de sí misma, sino también de complejas realidades exter-

nas, ya sean de orden personal o social, aun cuando éstas no sean —en rigor— las mismas que sirvieron de matrices generadoras. De ahí que sea válido —no sólo como simple ejercicio de pensamiento— extrapolar significaciones, interpretar imágenes y encontrar asombrosas coincidencias entre aquel mundo virtual y este mundo «real».

«Comala: pueblo nacido de la palabra de Juan Rulfo, ubicado en todas y ninguna parte a la vez. Véase también: Macondo. de García Márquez». Tal podría ser su referencia enciclopédica. Y si «en todas y ninguna parte», ergo, aquí también: hoy, ahora.

En un esclarecedor análisis

—parte del libro *Imaginación y violen*cia en América, sustentado también en aportes de otros críticos— Ariel Dorfman indica los polos de tensión fundamentales de la novela *Pedro Páramo*. La clave es la yuxtaposición, coexistencia de contrarios. Comala es presentado como infierno de los muertos, alma en pena con olor a cementerio; pero, al mismo tiempo, Comala es el paraíso perdido en el fondo de una memoria brumosa, punto de fuga infinito de las idealizaciones elegíacas.

Este ancestral juego de luces y sombras, tan antiguo como nuestra América, envuelve también al personaje central: Pedro, piedra cruel, cora-

> za insensible, instalado a fuerza de dolor en la vida de los otros, quienes habrán de recordarlo con terrible amargura; no obstante, Pedro se descubre oculto en la nostalgia por quien nunca pudo amar y, sobre todo, en el niño asustado ante un mundo en donde nunca pudo controlar nada en verdad valioso.

> A partir de esta dinámica, puede

afirmarse que, en efecto, Comala es un sitio análogo a El Salvador. Aquí, la historia nacional ha revelado signos de

Rafael Francisco Góchez (Santa Tecla, 1967) Licenciado en letras. Narrador y articulista. Su obra, premiada en certamenes nacionales, ha sido publicada en medios del país como del exterior. Ha publicado ¿Guerrita, no? (1992) y Desnudos en una capilla (1993). En el presente año ha editado, en coautoria, el volumen 3x15 mundos, una antología del cuento salvadoreño que comprende treinta años. Representó al pais en España, en el evento Foro Joven: Literatura y compromiso, calebrado en tierras andaluzas en 1993.



Terribles horror. historias --innombrables por el momento ante la cercanía de la sangre, guardadas en profundos baúles mas no por ello olvidadas—, contarán los abuelos del siglo XXI. El país no fue un hogar, ni siguiera un sitio habitable para hombres, muieres y niños lanzados al exilio. bien por los huracanes de pólvora. bien por cansarse de esperar sentados en el andén de la miseria. Sí: debieron emigrar, huir de una muerte pegajosa e implacable, así fuera desafiando las más terribles restricciones. aquellas impuestas al foráneo sospechoso de todo, nunca bien recibido en ninguna parte.

Fue aquella falta de condiciones mínimas para sobrellevar una existencia digna, la que puso a casi un millón de salvadoreños regados como esporas por estos y aquellos lugares, con la indeleble marca mestiza en la piel. Ellos no tuvieron ni un minúsculo grado de libertad para elegir.

Pero están allí sus persistentes cartas en sobres con muñequitos primitivistas de vivos colores, esas llamadas por teléfono facturadas con lágrimas, aquellos ahorros para venir a ver en cuanto puedan a la familia. Una manta bordada por aquí, otra sandalita por allá, y la búsqueda incesante de las

resucitadoras pupusas con curtido... La raíz se resiste a morir. Desean volver, añoran y lloran por la tierra lejana: su El Salvador, su Comala.

Pero no terminan aquí las coincidencias entre la genial obra de Rulfo y el país. Porque también, como Pedro, el salvadoreño contemporáneo se ha refugiado en la dureza externa. esquivando mostrar supuestas debilidades. Enseñado por una cultura provinciana, sexista; amarnantándose de una realidad ingrata, aprendió a ser desconfiado, a nunca ponerse en manos de otro so pena de ser dañado, a vivir a la ofensiva conforme al implacable principio: «la meior defensa...» Pero el salvadoreño ha sido también ese niño asustado por haber visto explotar la tierra donde jugaba sin tiempo en la eterna infancia, contemplando cómo los estruendos funestos silenciaban su fantasía. Es el mismo niño que hoy no sabe si creer o no en las auroras de paz que el momento pareciera ofrecerle.

Comala, entonces, no es sólo una invención: se convierte en un arquetipo que refleja y explica parte de nuestra identidad cultural. Queda por ver si el esfuerzo y las acciones concretas actuales pueden hacer que la historia comience a ser diferente.



LA PIPA DEL MUERTO

Ricardo Lindo



ncuadernaba libros. Los empastaba en cuero teñido de un rojo vino, o de un verde oscuro, o de un azul de ultramar. Antes de pe-

gar el cuero al alma de cartón, sacaba los fierros, con sus complejas filigranas, para imprimirlas con polvo de oro en las esquineras. Las letras eran góticas. Letras doradas diciendo "Tratado de ..." o bien "La Divina Commedia",

con dos emes porque así lo había pedido el cliente, sin que él supiese la razón. Amaba su trabajo, y se enorgullecía de llevarlo a cabo mejor que ninguno. Era apreciado por él. No había, en todo el país. quien lo hiciera con tanto cuidado y perfección. Pero aquel atardecer ocurrió algo bastante insólito, a decir verdad: élabrió un volumen. y comenzó a hojearlo. No leía jamás, para él los libros eran más bien

objetos rituales, como los implementos de un altar, y todos los libros del mundo habían sido compuestos con una finalidad única, a saber, llegar al taller de encuadernación para ser lujosamente empastados. Su distraída lectura lo envolvió, sin embargo, con rapidez, y la madrugada lo encontró casi sin aliento, avanzando febril hacia las últimas líneas del manuscrito. Pues se trataba de un manuscrito, realizado con una clara letra de virtuoso en el arte, un consumado calígrafo, que no era otro que el Señor Donn.

Eran las memorias de el Señor Donn. El no había alcanzado a conocer al Señor, pero sí a varios de sus descendientes, y supo, desde su infancia, las extrañas historias que circulaban en torno a él y su extraña familia.

El escrito de Donn comenzaba con fórmulas invocatorias, y aludían aritos misteriosos y salvajes que el encuadernador no entendió bien, y que eran, aunque él lo ignorase, llamados a ex-

tintas divinidades que se sitúan al origen de la historia de la humanidad. El Señor Donn pasaba a explicar que

Ricardo Lindo (San Salvador, 1947) Narrador, poeta, escritor y dibujante, Licenciado en psicolodia v español por La Sorbona. Ha vivido en Chile, Colombia. España y Francia. Actualmente es al director de la revisia Ars. Ha participado en eventos literarios Internacionales (Estados Unidos. Ismell, Su obra publicada, XXX (1970), Raro auts (1972), Lo pintura en El Salaador (1986). Cuentos del mar (1987). El senor de la casa del tiempo (1988), Lo que dice el río Lempa (1990), El esplendor de la aldea de Arctila (1991), Las estrellas y las pledras (1992) en coautoria con Edgardo Quijano, realizador de las ilustraciones. Está por aparecer su novela Tierro









se trataba de deidades vivientes y operantes, y con filosófico rigor agreuna serie de consideraciones según las cuales esos seres nobles, antiquos, grandes y poderosos, fueron injustamente relegados por el cristianismo, anulando sus respectivas personalidades bajo la vaga y estúpida denominación de demonios, sacándolos de sus nichos prestigiosos para entronizar, a cambio, a un dios dulzón, un fantoche clavado en una cruz, que había idiotizado iniustamente al linaie humano. El trabajo del Señor Donn procuraba reivindicarlos, v probar la falacia de ese nazareno llorón, que pareciera desear una raza de castrados, privando a la humanidad de su fuerza grandiosa.

Como las páginas eran muchas, el encuadernador se saltó veinte o treinta y cayó en la historia de Donn y la familia de Donn.

El Señor no fue siempre un rico. Muy al contrario, comenzaba describiéndose a sí mismo como un aprendiz de tendero en algún punto de Europa Central, maltratado por un patrón corto de miras, griego para alivio de males, que ni siguiera se expresaba correctamente en el idioma de los lugareños. Llegaban a la tienda toneles de olivas del Mediterráneo, y también especias diversas de Oriente, azafrán, clavo de olor, cinamono, pimienta, nuez moscada, La función del muchacho era distribuirlas en recipientes, y pesar la cantidad que deseaban los parroquianos. Los primeros días, el muchacho se sintió mareado por ese ambiente sobrecargado de aromas intensos, pero pronto se acostumbró. Esos caiones colmados de polvillos de colores (él alternaba los luminosos con los oscuros) eran como eras donde llegaban a

picotear las aves, las judías de narices pronunciadas como cuervos, o las sirvientas de la comarca, gordas y cacareadoras como gallinas. Se acercaba asimismo un grueso turco viejón, que se pintaba los ojos y hacía guiños al aprendiz en los descuidos del amo. El amo cargaba la balanza a su favor, y cada tarde la corregía el aprendiz, a quien desagradaban esas prácticas. En una ocasión, un cliente advirtió el fraude y gritó al joven Donn, quien, roio de ira y de vergüenza, no acertó a responder. No le era dado hablar mal del dueño, y necesitaba del trabajo. El griego llegó en ese instante, y duplicó los improperios contra el joven, aunque después trató de consolarlo dándole una sustanciosa suma complementaria, y aclarándole que esas cosas eran gaies del oficio. Pero, desde entonces. Donn odió al griego.

Por esas fechas, el aprendiz Donn, quien ayudaba a su madre viuda y pagaba penosamente sus estudios, comenzó a encontrar una curiosa irnagen. Estaba en los libros, como decoración, o en alguna viñeta de licor. o en un recorte de periódico. Era una especie de mujer con cabeza de ave, alas, y garras de fiera. Intrigado, buscó en la biblioteca municipal, y descubrió que se trataba de una pequeña deidad desconocida, al parecer de origen sumerio. En eso advirtió que, entre las monedas que le diera el griego, se había deslizado una muy antigua, cabalmente con la curiosa efigie. La llevó al Museo. Le dijeron que era una pieza extraordinariamente valiosa, procuraron indagar cómo la había obtenido. Quizás incluso sospecharon de él, pero lo dejaron ir con su carota cándida. De todos modos, el Museo no disponía de fondos para adquirir la pieza, ni siguiera otras mu-



cho menos valiosas. El se marchó entusiasmado, haciendo proyectos con su nueva fortuna, que daba por segura. Iba a ir a la capital a venderla. Pero, a la noche, la divinidad emergió en su sueño:

—No me vendas —dijo—y te daré una mayor fortuna.

El griego estuvo receloso los días que siguieron. Era imposible que el muchacho hubiera llegado al lugar donde guardaba la joya arqueológica, pero desconfiaba de él, de la sirvienta, del lechero, e incluso de su mujer y de sus hijos, y quizás con mayor razón. En varias ocasiones, recordaba, ellos metieron la mano en el arca, sin su consentimiento. ¿Por qué no habrían de cometer, ahora, un robo mayor?

El muchacho pensó en devolver la moneda, pero la deidad lo disuadió, nuevamente, en su sueño:

—No seas tonto ¿no ves cómo te maltrata el griego?

Al tercer sueño, el estudiante Donn osó interrogarla:

—¿Qué debo hacer, entonces? La respuesta fue simple y directa:

—Mátalo.

Donn despertó en medio de la noche, sintiéndose cargado de una fuerza enorme. Las estrellas brillaban por la estrecha ventana. Y Donn, sonrió.

Una semana más tarde, vestido de oscuro, Donn se acercó a presentar sus condolencias a la apesarada familia. El horrendo crimen era verdaderamente inexplicable, y a nadie se le ocurrió pensar en ese muchachote de mirada inocente. ¿A qué mente perversa, y por qué motivo, se le ocurrió ahogar al griego, beodo, en un tonel de aceitunas, y clavar la tapa?

El dijo:

—Tan bueno que era...

Y la viuda se apresuró a responder:

—Fue un verdadero padre para ti.

No hubo robo tras el crimen, aunque la caja registradora estaba sin llave y llena de billetes de banca, y la viuda prefirió no mencionar el hurto de la pieza arqueológica. Ella misma lo atribuía a sus hijos, y por otra parte, obtusa como su marido, no hubiese podido establecer relación entre una cosa y la otra.

La tienda siguió adelante, tras día y medio de duelo, y ella se dio maña para cargar la pesa, como le enseñara el malicioso finado. Mas no era experta en números, ni en asuntos de negocios, ni tenían sus hijos edad suficiente para asumir tales responsabilidades, de manera que el joven Donn, quien le parecía, además, atractivo, se iba encargando de esto, y de aquello. y de lo de más allá. No es que las cosas llegasen a tomar carácter definido. no. Ella tomaba en serio su viudez, y sus convicciones le impidieron volver consciente la naturaleza de sus afectos. Pero Donn lo advirtió, y supo sacar provecho del asunto. Siempre amable, y guardando respetuosas distancias, en ocasiones le tomaba la mano, diciéndole que estaba visiblemente cansada, que fuera a reposar, que él se ocuparía del establecimiento entretanto. Y así Donn fue adquiriendo sutilmente, más v más importancia, hasta controlar todos los papeles de contabilidad. Se sentía a gusto en su nuevo status. Cuando lo asaltaba una duda, sacaba de noche la pieza metálica en la intimidad de su cuarto. y observaba la imagen de Isaar, seguro de obtener una adecuada respuesta. Entre él y la efigie se había estable-



cido una suerte de telepatía a corta distancia, por así decirlo. Siguiendo las recomendaciones de Isaar, la muierpájaro, pronto se multiplicaron los beneficios de la tienda, aunque los beneficiarios no fueron la griega y sus vástagos, sino Donn. Este se las arregló, manejando los papeles con habilidad, de tal forma que al cabo de pocos meses había despoiado de sus bienes a los legatarios, reduciéndolos a la indigencia. El nombre en griego del establecimiento fue borrado para poner otro en su lugar, el del nuevo propietario, el Señor Donn. Sí, pese a su juventud, comenzaban a llamarlo Señor. Los pudientes de la zona se le acercaban como a uno de los suyos, y iugaban a los naipes. En una de esas partidas se comentó la gravedad de los acontecimientos. La guerra se aproximaba, v no era conveniente tener sus caudales dentro del país. Algunos hacían ya planes de viaje. Donn regresó alterado a su casa, tarde y ligeramente ebrio. Ignoraba que las cosas hubiesen llegado tan lejos, pues, aunque fuese perspicaz, y los signos de guerra fueran claros, él se hallaba últimamente muy ocupado en ver crecer sus bienes como para interesarse en otros asuntos. Mas un desastre semeiante podía acabar con su riqueza, y nada lo hubiera afectado más profundamente. Consultó la medalla. Creyó sentir un aleteo en las alas de la deidad. "América" oyó nítidamente. "América..." se dijo emocionado, antes de dormir. Hacia allá iba, entonces, a dirigir sus pasos.

Las semanas que siguieron, Donn fue liquidando sus propiedades, por motivos de viaje, según aclaraba sin ahondar en el asunto. Guiado por su oráculo, pudo obtener precios favorables para sí, y entró en contacto con una compañía naviera. Dejaba a su madre con unos parientes, y lo suficiente para cubrir sus necesidades. Antes de abandonar el terruño, se dirigió al cementerio, buscó la tumba del griego, y con una risa vindicativa descargó sus orines contra la lápida. Y el Señor Donn se hizo a la mar.

En la embarcación iba un grupo de centroamericanos con los que trabó amistad, y aprovechó las largas horas de la larga travesía para estudiar español con ellos, mientras fumaba calmadamente su pipa. Ellos le contaron como, por esas fechas, se imponía con gran éxito en las tierras centroamericanas un cultivo foráneo, el café. El nunca antes pensó en dedicarse a la agricultura, pero esa noche soñó con la mujer pájaro con garras, y ella le extendió unas hojitas. Ya en Centroamérica, advirtió que eran esas hojas corrugadas, lustrosas, ligeramente ovales y terminadas en punta, las del novedoso cultivo.

Todavía en el barco, sus amigos le recomendaron un hotel y le dieron sus direcciones. Los bajaron, luego, en canastillas por la borda. Abajo los esperaban lanchas que los conduieron al muelle, donde se despidieron intercambiando frases cordiales. Era una mañana húmeda, v la llovizna acentuó la mirada lánguida que le dirigió una muchacha, hija de los señores que primero se refirieran al cultivo. Con ella no había intercambiado muchas palabras, y sólo en ese instante advirtió los sentimientos que despertaba. Hasta la fecha, él no reflexionaba en el amor, ese era sólo el nombre que daba a sus ocasionales visitas a los lupanares.

La sociedad de la pequeña capital lo recibió con los brazos abiertos. Pocos eran los extranieros que se



acercaban, dando un poco de pimienta a la abulia provinciana de la ciudad, y ser poseedor de un apellido extranjero era como portar un título nobiliario.

Volvió a ver a la familia nativa, esta vez dirigiendo sus dardos a la muchacha. Ella le hizo ver su aprecio. pero también la extrañeza que producía, en ella y en los demás, por no acercarse a misa ni quardar las fiestas. Era noche de luna llena, estaban solos en el jardín. El la besó apasionadamente, y después, le habló de antiguos cultos secretos, mantenidos por logias que se apartaban del común de los mortales. Habló exaltado, como el sacerdote de una remota deidad, v afirmó que su misión era renovar un ritual milenario en tierra virgen. Ella lo escuchaba embebida, como bajo la dormición de un hechizo. El avanzó. avanzó sobre terreno seguro, continuando sus argumentaciones, y procedió a sacar del pecho una botella plana, que contenía, dijo, un licor iniciático.

Donn hizo un viaie para ver unas fincas que llamaban su atención. Regresó al mes, encontrando decenas de pequeñas notas de la muchacha, las últimas escritas con expresiones desgarradoras, que daban cuenta de su desesperación. Se hallaba embarazada. Nada recordaba del acto. pero era seguramente producto de aquella noche. El se acercó como un caballero, ofreciendo matrimonio. En privado, hizo saber a la futura Señora Donn que era indispensable que se protegieran, pues su boda verdadera ya había tenido lugar ante los ojos de Isaar, su deidad soberana, y la ceremonia en la iglesia significaba para ambos, una muerte segura. Donn hizo copiar la moneda que colgaba de su pecho a manera de medallón, y los dos asistieron al templo del crucificado amparados por la efigie. No sólo ellos. Entretanto, Donn fue instruyendo a varios miembros de su futura familia política, el padre y la madre incluidos, quienes se precavieron de igual forma.

La pareia fue a vivir a una finca. y allá recibieron la noticia del rayo que partió en dos la casa familiar de la joven esposa. Categórico, el Señor Donn afirmó que Isaar era deidad celosa, y que era necesario pagar tributo para obtener sus dones. Y los dones llegaron. El hijo primero, las propiedades fértiles servidas por innumerables indígenas, y después los viajes al extranjero, de los cuales retornaban con joyas, muebles finos y vestuarios principescos. No les iba mal a los Señores, y las penas de pasado las apagaban las glorias del presente. Tarde, por la tardanza de las embarcaciones que llevan las noticias y devuelven otras a cambio, la Señora recibió. como regalo de bodas, un abominable obseguio, una cruz de filigrana de plata que le enviaba su suegra. Ella la guardó en un armario, sin hablar del asunto.

El lector encuadernador suspendió un rato la lectura, pensativo, mirando por la ventana de la tarde. Pasó un vuelo de pericos, y los vio sin verlos, mientras reflexionaba en lo que acababa de leer. Después observó con atención la ilustración de la primera, bajo el título, representando al personaje mitológico, y dijo para sí:

--Isaar...

Sintió como si el volumen se hubiese movido entre sus manos, por cuenta propia, pero no lo tomó en consideración. El sol optó por desaparecer tras el volcán. El pensó que lo esperaban en su casa desde una hora



o dos atrás, pero prosiguió, no sin saltarse varias páginas. Eran bastantes, en realidad, y aburridas. Hablaban de honores y riquezas sin cuento, de hijos viniendo al mundo, de la Opera en Nueva York, y de una visita a los Reyes de Inglaterra. El lector ignoró, pues era un par de líneas entre el fárrago de cuantiosos éxitos por los que brincaba, que Donn señalaba, escuetamente, la muerte de su madre. Pero cayó, el encuadernador, en otro episodio, que sí ameritaba varias hojas.

Isaar decía una cosa, nunca dos seguidas. Donn la consultaba de noche, en la solitaria oscuridad de su escritorio, valiéndose de la sola luz de la luna.

—Hazun castillo—dijo Isaaren una de esas.

Poco después se dibujaban en la mente del Señor Donn las especificaciones del edificio. Cuantos cuartos, la altura de los torreones, el número de las almenas. A la par iban los cálculos. Sería necesario tanto. La construcción debía erigirse en un paraje aislado, en lo alto de un monte. Donn pensó que era preciso vender una de sus haciendas para llevar a cabo el proyecto, y sacrificar por tres años sus vacaciones al extranjero. Vaciló. Vacilaba. Confió sus cavilaciones a la Señora Donn.

—Hazlo—espondió ella, con una fiebre extraña en los ojos, y aullaron en eso los perrros, los célebres perros de la morada de Donn.

Un castillo. Un castillo en un pequeño país centroamericano era una locura, pero la deidad era más sabia que ellos, e Issar era deidad celosa.

Vendieron una propiedad. Tardaron en hallar arquitecto, porque el asunto era confidencial al extremo. Era indispensable que el castillo tuviese pasadizos secretos, y que el arquitecto, único sabedor del laberinto, se suicidase al final. Hallaron uno, joven, pero muy enfermo y endeudado, y se comprometieron a asegurar, tras su fallecimiento voluntario, un opíparo tren de vida para su familia hasta el deceso del último de sus vástagos. Con este fin depositaron una fuerte suma en un banco neoyorkino, que no podría ser tocada sino hasta el total cumplimiento del contrato. El abogado era miembro de la secta de Isaar, v arregló los papeles legales con sutileza iniqualable. Llegaron cientos de picapedreros. Se fue alzando el castillo de las paredes dobles, con salidas extrañas y túneles arbitrarios. Concluida una etapa, eran cambiados todos los obreros, y sellado con bloques de barro el trecho anterior. Cuando se aproximaban al final, el arquitecto se esforzaba en demorar más y más las cosas, arguyendo la falta de este detalle o aquel, cuya importancia exageraba. Y cuando las prolongaciones fueron inútiles, acudió a las súplicas. Se contentaba con la quinta parte de la suma estipulada, pero rogaba, a cambio, que le dejasen gozar apaciblemente del resto de sus días. Los Señores fueron inflexibles. Esa noche los llamó la viuda, anegada en llanto.

Los Señores asistieron al sepelio. Estaba, el clérigo, pronunciando
una oración fúnebre, antes de que el
sarcófago bajase a la fosa, cuando el
Señor se avalanzó como un león,
abriendo a martillazos el féretro, y dejó
a descubierto su contenido, el cadáver de un macho cabrío. Los asistentes huyeron, horrorizados. Poco más
tarde, bandidos a galope daban muerte a un individuo que buscaba la frontera, visiblemente un fugitivo. Los



herederos, una vez establecida el acta de defunción, reclamaron sus honorarios como arquitecto y constructor, y el abogado sacó airosamente un papel, según el cual, el finado renunciaba a cualquier remuneración, por el profundo afecto que lo unía a los Señores, y los muchos favores y atenciones de los cuales había sido objeto.

Era un hermoso castillo, en la cima de una montaña. Una bomba aseguraba el arribo de las aguas al foso, provenientes de un río que corría abajo, en el barranco. Pronto, sin embargo, los dueños debieron renunciar a ese cerco de agua que rodeaba la mansión, poque se había vuelto fácil criadero de zancudos. La costosa bomba quedó abandonada, v se fue aherrojando, y el foso quedó como un sombrío abismo a los pies del templo de Isaar, la deidad malévola. La noble silueta de los torreones dominaba. desde lejos, hectáreas tras hectáreas de cafetos. Eran bellas plantaciones de un verde oscuro, con una efímera floración blanca que daba lugar pronto a los innumerables frutillos rojos que constituían la gloria de la casa de Donn. Pero Donn descubrió otra fuente de riqueza. Un vecino se hallaba en dificultades, y le solicitó un préstamo, que Donn otorgó gustosamente. Llegado el plazo del pago, el deudor lo buscó en vano. El Señor se había ocultado, y a los días se presentó el abogado a casa del vecino, con una orden de embargo, por causa de mora. Y este expediente fue multiplicando las vastas propiedades del acaudalado Señor.

Hacia el folio trescientos del manuscrito, Donn había dejado de ser feliz, aunque su prosperidad no dejase de procurarle sastisfacciones. El hecho es que, en una consulta del oráculo, Isaar le dijo:

-Tendrás el toque de Midas.

Convencido de que el camino era la alquimia, él se consagró a ese arte antiguo, pero sin darse primero a los arduos estudios requeridos por la ciencia. Se basó en un manual que entendió a medias, y arrojó al tazón de hierro que le servía de copela dos libras de plomo fundido, pronunciando las fórmulas incantatorias. Un fantástico resplandor dorado invadió el habitáculo.

A partir de ahí, la letra cambiaba. La elegante caligrafía se deterioraba, y era vacilante, torpe, poblada de tachones. Después continuaba otra letra menuda, fina, de escolar, la de la Señora Donn escribiendo bajo el dictado de Donn.

Había sido necesario llamar al médico. Donn lo recibió en un cuarto velado por pesados cortinaies escarlata, en el sopor del mediodía, envuelto en una bata escarlata también, bordada de dragones. Llevaba guantes. Pidió discreción al médico, y habló de su fallido experimento. En eso, de detrás de un tapiz mural saltó uno de los perros de Donn, con un hueso en la boca. El médico lo miró horrorizado. Era un fémur humano. Vino a su mente cuanto oyera de las prácticas satánicas del castillo, de las orgías organizadas por los hijos de Donn en las que participaban incluso los canes, y que finalizaban en misas negras con sacrificios humanos, y de los pasadizos secretos adonde iban a parar los despojos. La mirada de Donn era una amenaza, y la escena era, por lo tanto, prevista. Su silencio debía ser absoluto. Donn mostró sus manos. Una era un bloque de oro puro, mientras la otra se iba lentamente anquilosando. aurificándose por la punta de los de-



dos. El médico le nizo ver que la enfermedad era muy rara, pero juró buscar remedio. Tomó una muestra de polvillo metálico para análisis de laboratorio, y pidió una semana de estudio. Antes de la semana, el galeno desapareció del país sin dejar rastros. La enfermedadd siguió su curso inexorable. En el escrito no se deslizaba las más mínima expresión de rencor contra Isaar. Los Señores estaban, en adelante, dominados por el miedo.

Tras lo que Donn llamaba su accidente, las cosas fueron cobrando otro cariz. El hijo mayor se enamoró de una ioven italiana, bella v de rancio linaie, v partió a casarse a la Ciudad Eterna, con tan mala suerte que un choque dio fin a la estancia terrestre de los novios pocas horas antes de la boda, que no tuvo lugar. Fueron al entierro las hermanas del novio, que lo habían acompañado con sus hijos, los nietos de los Señores Donn. v que aprovechaban para dar vueltas por la frívola Europa de entre dos guerras. Acababan de regresar de París, para asistir a una ceremonia muy distinta de la que imaginaban. Rumbo al cementerio. la línea de carros negros avanzaba en la llovizna de otoño. En eso, un rayo intempestivo restalló como un latigazo contra uno de los postes del alumbrado eléctrico, haciendo caer un cable sobre el automóvil de la familia Donn, que murió electrocutada al instante.

Al saberlo, la Señora Donn arrojó al foso la medalla de Isaar, y buscó desesperadamente en sus armarios hasta dar con la pequeña cruz de plata. La apretó, sollozando, contra su pecho, y nunca más volvió a dirigir la palabra al Señor Donn. Este, pese a su avanzada edad, inventó un viaje para alejarse de ella, y retornó a poco, embalsamado. Su corazón no había resistido los inconvenientes de la travesía marítima. Ella no quiso volver a verlo, y ordenó al abogado que se ocupase del sepelio. Los trámites legales eran compleios, requerían tiempo, y el cadáver, aunque preparado en los Estados Unidos, presentaba signos de descomposición. Para preservarlo, era indispensable una cámara frigorífica. Sin contar con el apoyo de la viuda, el leguleyo debió arreglárselas como pudo. Por suerte para él, era amigo del único individuo que poseía cámaras frigoríficas en la nación, el propietario de una reciente fábrica de cerveza.

La viuda dejó el castillo y se refugió en una pequeña casa de la capital, dedicándose a orar y a concluir verídicamente las memorias de su esposo, como una expiación, teniendo siempre, ante sí, la pequeña cruz de plata, como otrora la efigie de Isaar.

Los descendientes de Donn eran muchos, los más ilegítimos. El Señor se reservaba el derecho de pernada en las bodas campesinas. A las hijas hembras las ignoraba, aunque supiese que dos de ellas, en la miseria v al salir de la infancia, se hubiesen prostituido. Los varones, en cambio, eran todos vagamente reconocidos, habían recibido educación, y todos pertenecían a la secta. Al saber del abandono del castillo, entraron a saco en la fastuosa morada, arrancándose de las manos, literalmente, las joyas, las piezas de cristal de Murano, los candelabros y los cubiertos de oro v plata, fundidos con el barroco gusto de un tiempo ido. Después desprendieron de las paredes los tapices espléndidos, adquiridos en Europa a empobrecidos nobletes. Cuando va estaban vacíos los salones y los cuartos, al



término de dos días de trabajo intenso, comenzaron a arrancar los muebles adheridos a las paredes, lavamanos e inodoros incluidos. Entonces uno encontró la medalla y gritó con voz ultraterrena:

-ilsaar!!

Su voz fue rebotando por los montes y los montes, y estalló el castillo, porque el edificio se alzaba en la cúspide de un volcán ignorado. Y de tal forma pereció la progenie maldita, convertida en antorcha viviente. Unicamente quedó intacta, a los pies del volcán, la pipa de Donn, arrojada por la explosión espléndida.

Así llegaba a su término el manuscrito.

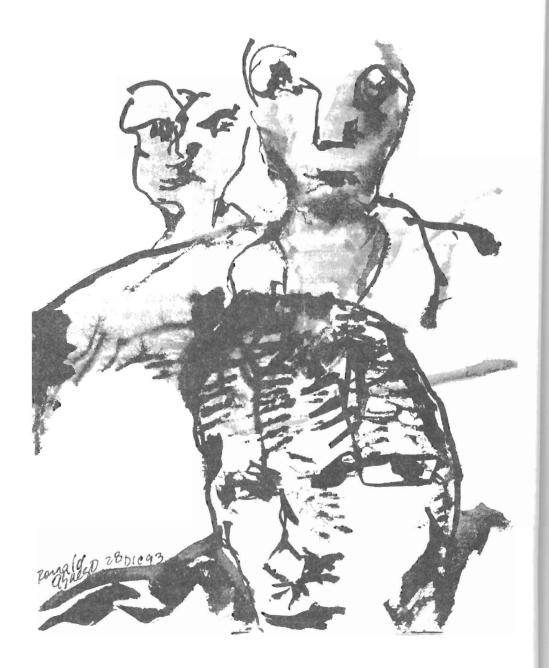
Elencuadernador se quedó pensativo, observando las luces primeras de la madrugada. El sabía el resto de la historia. Como los descendientes figuraban aún en sociedad, aunque ninguno rico, y como varios de ellos, con méritos notorios, que hubieran debido tener una situación holgada, se hallaban sometidos a limitaciones considerables. Nadie deseaba comprar el extenso predio que permanecía en manos de la familia. Era la finca de los perros de Donn, y se afirmaba que se escuchaban, a la caída de las sombras, los aullidos de los canes salvajes, aunque no quedase ni uno tan sólo. El único guardián huyó de ahí tras su primera noche, con las marcas de los arañazos y las dentelladas de las fieras invisibles. Los propietarios entendieron que era innecesario un sustituto.

Mas se dijo, el encuadernador, que algo de falso sentía en el escrito. La primera parte era brillante, poseedora de un aliento épico. La segunda, en cambio, era falta de energía hasta en los rasgos de la letra, la letra de una vieia beata y bruta, que debió incluso edulcorar el dictado de Donn, Cuantas veces él mismo, encuadernador pobre, se vio sometido a las arbitrariedades y humillaciones del patrono sin atreverse a matarlo. como deseaba. Si encontrara, él, a Isaar... en eso sintió que la efigie de la deidad aleteaba levemente. Tomó un autobús hacia un poblado. Era sábado, de modo que no había trabajo. Caminó hacia el terreno invendible, a un kilométro del pueblo. Y vio en el suelo, intacta, la pipa. Recogió hojarasca. La encendió. Vio subir el humo. Abrió el volumen, puso la mano sobre la hembra desnuda de cabeza de ave. y gritó, gritó a las tierras y a los cielos:

—¡Isaar, yo restableceré tu culto!

Y escuchó el coro de aullidos de una formidable jauría, y sintió que su fuerza lo acompañaba. Ignoraba, el encuadernador, cuánto iba a lamentarlo una década más tarde.









DE LA DISTANCIA Y DEL TIEMPO

Care Santos

11

n anillo de boda sobre la barra de un bar de carretera. «¿Es de alguien ésto?», preguntó el joven que acababa de entrar. Por encima

de los lentes, el camarero que servía todavía a esas horas le miró de mala gana. «¿No es tuyo? Pues quédatelo. Y si no, me lo das, que el oro siempre se aprovecha». Se tomó el café con leche que había pedido, mientras leía la fecha grabada en el interior de la sortija — «veinticinco de febrero de mil novecientos ochenta»— y los dos nombres, como es tradición. — «Olga y Rafael». Qué curioso, que alguien se deje olvidada en un antro semejante su alianza matrimonial. Sin saber qué era lo correcto en esos casos, le entre-

gó la sortija al encargado. «Guárdela usted», le pidió, «y désela a quien la reclame. Estas cosas se echan en falta en seguida». Pero no parecía muy dispuesto el camarero. «Anda, anda, no me vengas con problemas... yo no la voy a guardar. Si no la

quieres, la echas por la taza del inodoro. ¿Qué pone dentro?»; «Olga y Rafael», contestó; «No los conozco. Tírala. No la van a reclamar». Así que el muchacho se puso la alianza matrimonial en el anular de la mano izquierda, quién sabe si como recuerdo de su viaje, pagó el café con leche, y prosiguió su camino.

Así empezó todo, con un anillo de boda sobre la barra de un bar de carretera.

«¿Estás casado, chato, tan joven?» «No»; «¿Y por qué llevas anillo de casado, chato?»; «Lo llevo en la mano izquierda» (la tipa no entendió) «Se lleva en la derecha»; «¿Y eso cambia las cosas?»; «Depende, ¿qué cosas?»; «¿Eres rarillo, ¿no?»; «Algo»; «¿No te gustan las tías? ¿No te gus-

to?»; «Sí»; «¿Sí te gustan las tías o sí te gusto?»; «Łas dos cosas»; «¿No quieres conocer mis tarifas?»; «Es muytarde»; «Siempre trabajo muytarde»; «Bueno»; «¿Quieres conocerlas luego, chato?»; «No. Quiero que me dejes ir»; «¿Qué horas

son?»; «Las tres y media»; «La noche es joven todavía, ¿qué te gustaría hacer?»; «Seguir mi viaje»; «¿Es tuyo

Care Santos (Barcelora, España, 1970) Narradora, Estudia Derecho y trabaja en Periodismo. Publica en medios Impresos de su país y del exterior. Ha obtenido varios premios por su obra en diversos certámenes de su país, y cuentos suyos figuran en varias antologias. Es presidenta de la Asociación Española de Jóvenes Escritores.





ese cacharro de ahí afuera, el de las maletas en el techo?»; «Sí»; «¿Vas muy lejos?»; «No mucho»; «Si quieres, vengo contigo»; «Mejor no»; «Ya, vas a reunirte con tu chota, ¿verdad?»: «No»: «Tienes pinta de recién casadito. Y el anillo... claro. ¿Y vas a recorrer muchos kilómetros con ese cacharro? Si parece un armario»; («¿Quiere usted cobrarme el café con leche?»): «Estás acojonado, tío. En tu vida has visto una piba como yo, ¿verdad?»: «Pues, mira, la verdad es que no»; «Parece que salgas de un seminario, ¿has estado metido a seminarista?»; «Algo así, más o menos»; «No, si ya sabía yo. Oléis a sacristía con sólo veros. Seguro que nunca has estado con una tía»: («Buenas noches»); «Eso, vete, vete, no te vaya a desvirgar una mala compañía. Y que te se te casque el coche. Y que te encuentres a tu mujer en la cama con otro tío. Míralo, si no puede ni arrancarlo. Ale, ale, adiós lechuquino, adiós, no sabes lo que te has perdido».

A las siete y media de la mañana, en la última área de servicio de la autopista, muy poco antes de la salida hacia su destino, tomó el último café con leche. Ya se habían ido a dormir las prostitutas y los encargados con caras agrias. Una carnarera uniformada, con el pelo mojado y pulcramente recogido atrás le sirvió la infusión. Sonreía v olía a limpio. Salía el sol por el horizonte asfáltico de la vía v con sólo ver la claridad que se avecinaba se sintió agotado. Necesitaba llegar. Preguntó cuánto faltaba. Le respondió la empleada que unos quince minutos. Hubiera preferido conocer la distancia en kilómetros pero se dio por satisfecho. Existe cierta relación entre el espacio y el tiempo, que hace a sus medidas intercambiables. Supo que pronto descansaría en una mullida cama y dedujo también que la noche que estaba dejando atrás cambiaría por completo su vida. De nuevo la relación entre distancia y tiempo: había recorrido setecientos kilómetros para deiar atrás veintiséis años. La camarera le sonrió al retirar la taza vacía v el dinero. «Gracias», dijo. Antes de girar la llave del contacto de su vieio utilitario, quiso detenerse un momento. Ahí, precisamente ahí, empezaba --estaba empezando-- todo. Fue consciente de que, algún día, evocar este momento sería retroceder hasta lo remoto y que tal vez ese día se habría va cansado de su nueva existencia. El ser humano es capaz de luchar hasta la muerte por algo para luego rechazarlo. Y arrancó el coche.

«Le estábamos esperando Don Felipe y su presencia nos honra Don Felipe le hemos reservado nuestra suite presidencial Don Felipe para que esté usted a gusto en su primera noche entre nosotros Don Felipe ya verá va como la ciudad va a gustarle mucho Don Felipe y es que en realidad es muy hermosa con su río y su casco antiguo Don Felipe dirá usted pues hay muchas ciudades con río y casco antiquo sí pero ésta es diferente claro porque es la mía bueno Don Felipe ahora también un poco la suya ¿no? para algo va a estar aguí solucionándonos las cosas Don Felipe me permite una pregunta un poco indiscreta no sé si me meto dónde no me llaman pero muchos son los que ya me han preguntado sobre ese detalle y es que nos llena de curiosidad Don Felipe es usted muy joven verdad excesivamente joven para el distinguido cargo que viene a ocupar ¿no? ya me lo parecía





a mí también pero nada más verle me ha dado la impresión de que todavía es usted más joven de lo que teníamos entendido Don Felipe es un verdadero honor tenerle en nuestro hotel debe creerme por eso queremos que su estancia sea agradable hasta que encuentre algún lugar mejor donde vivir esto es muy cómodo pero ya comprendo Don Felipe que prefiera usted tener pronto su casa y la va a tener claro que sí Don Felipe el alcalde va está trabajando en ello me dijo ayer es que viene mucho por aquí sabe Don Felipe no hace falta que deje su documentación en recepción faltaría más como si fuera un cliente cualquiera qué ocurrencias en fin, ¿qué tal el viaje? ¿cansado? conducir de noche siempre lo es pero como que no quiso usted Don Felipe que el alcalde Don Ceferino mandara un coche oficial a buscarle qué sencillo es usteda mí me encanta la gente como usted así de sencilla ya ve son tonterías que se agradecen la vanidad es muy mala siempre no cree Don Felipe aunque usted su poquito de razón tendría para ser estiradillo pero va ve quien más podría menos lo hace suele ser así pues vaya y en fin ¿su mujer no viene con usted? que no tiene mujer pues que le vamos a hacer como vi el anillo pero ya encontrará alguna yo deseo que esté cómodo en su suite no hay ninguna mejor en todo el edificio lo mejor para usted Don Felipe sí sí sí queremos que se sienta como en casa y mañana le traeremos el desavuno a la hora que nos diga porque / a qué hora quisiera usted levantarse? Pues le mandaré telefonear a las seis v media v a las siete tendrá usted el desayuno especial de la casa frente a su puerta con una camarera de uniforme mire qué bien aquí están Don Felipe sus maletas el botones va a subírselas ahora mismo a su habitación échese un rato en la cama que va verá que es muy amplia y muy cómoda v descabece un sueñito que buena falta le hará y olvídese de todo ¡Ah! Don Ceferino me pidió que le entregara de su parte un obseguio que encontrará en su suite y que le transmita su bienvenida que él no podía recibirle por un asunto familiar pero que vendría por la tarde si no tiene inconveniente no quiero molestarle todo lo contrario Don Felipe v no faltaría más váyase a su habitación y no dude sobre todo Don Felipe no dude en llamarme personalmente si necesita algo aquí tiene mi tarjeta con el número de teléfono de mi despacho en el hotel v que descanse usted muy bien Don Felipe que descanse».

Quedó la corbata, arrugada v sucia, sobre el mullido sofá de terciopelo rojo. La camisa, balanceándose sobre la reproducción de una tela de Rubens que colgaba de la pared. Uno de los zapatos describió un arco vertical antes de caer sobre la alfombra oriental de la antecámara, la espaciosa e inútil estancia que precedía al dormitorio y que sólo servía para acoger el minibar; su pareja, el zapato derecho, pasó el resto del día y la noche que siguió baio el escritorio de estilo isabelino que adornaba una de las alas de la habitación. El pantalón resbaló sigilosamente y muy despacio de la parte superior del peinador y fue cavendo en uno de los cajones entreabiertos, hasta quedar sostenido en uno de los tiradores redondos que permitían abrir las portezuelas inferiores del mueble. Los calzoncillos se hicieron con el lugar de privilegio: el centro perfecto de la cama -dos



metros de largo por dos de ancho sobre el edredón de raso rojo —al igual que las sábanas— y a un palmo de los tres grandes almohadones de encajes y volantes que invitaban a recostarse en ellos. La ropa así diseminada, las maletas -seis en total sin abrir y alineadas en la primera estancia de aquella especie de apartamento de proporciones exageradas, y el agua caliente llenando la bañera redonda con escalones para entrar y para salir. En el gimnasio particular de la suite, un centro con fruta fresca macerándose en horas de espera y una caja cuadrada, grande y pesada, con una tarjeta del alcalde Ceferino. Más tarde sonó en el dormitorio el arrullo del televisor. confundido con el insignificante chasquido de las teclas del teléfono al ser pulsadas. Como la cama no era, ni mucho menos, de muelles, ningún ruido pudo delatar una pesada presencia sobre ella. Solo el restregarse de las sábanas y el suave acolcharse del edredón. Después, sólo la tele. La bañera, llena y turbia, flotando en el agua ya casi fría restos de un gel de baño caro. El sol poniéndose tras los cristales en un silencio sólo roto por los alaridos de la película de la tarde. El divagar de las sombras de los automóviles que, allá abajo y a lo lejos, transitaban la calle, con el único eco del noticiero vespertino. El tic-tac del carrillón. Las voces aienas de otros clientes ir y venir por el pasillo exterior. Y, a eso de las nueve v media, el teléfono. Una voz casi metálica —la del conserje- que anuncia: -Don Felipe, está aquí Don Ceferino Mur, que le espera para cenar en el Restaurante del Hotel.

«Yanos cayó un muerto», anunció a gritos el agente judicial, desde el umbral de las enormes puertas artesonadas del juzgado.

Don Felipe, que no había podido ni siquiera soltar el maletín de mano que su tío le había regalado nada más saber lo de las oposiciones, se volvió para mirar al ayudante. «Bien, ¿y dónde?». «En la vía del tren: parece que el tío se ha suicidado». «¿Queda lejos la vía?». «A unos quince minutos de aquí». «Iremos andando».

Llegó después de los periodistas, que ya habían logrado colarse a través del cordón policial y que se amontonaban alrededor de los destrozados restos del suicida. «El pedacito más grande es como mi dedo gordo», bromeaba algún gracioso, entre las muecas de repugnancia y la espera de los curiosos. «Ahora, cuando llegue el juez, podremos retirarlo de ahí», decía otro, que sostenía en la mano una gran saca.

«Su Señoría, ¿qué hacemos?», preguntó el sargento de policía, de unos cincuenta años, acercándose a Don Felipe. El juez se volvió para mirar si había tras de sí alguien a quien estuviera dirigiendo el oficial aquel trato. «¿No es usted el juez?», preguntó el funcionario, extrañándose de que el hombre a quien se había dirigido no se diese por aludido. «Sí, sí, claro. Pero dispense, no estoy todavía muy acostumbrado a este tratamiento».

Ayudado en todo momento por el agente judicial y siguiendo con los formulismos exigidos por la ley en estos casos, Don Felipe preguntó al amasijo de carne triturada que permanecía sobre las traviesas y los raíles si juraba no estar vivo y, como nadie respondiera, firmó los papeles oficiales simulando una mueca de naturali-







crea, no es mejor pa nadie. A ella se la llevan de calle otros gachós». «A todas las mujeres guapas les pasa eso, creo». «Pero es que la mía los acepta». Don Felipe volvió la cabeza hacia el hombre que había venido a contarle sus miserias domésticas. Sólo vio a un pobre diablo, con barba de tres días y camisa arrugada. «¿Le aburro?», le preguntó el confidente. «En absoluto», mintió él. «Pues deie que me desahogue, que buena falta me hace, si no le importa», «Cómo va a importarme, hombre, desahóguese usted, si quiere», animó Don Felipe, tan abrumado como conmovido. «Nos casamos hace unos pocos meses, en mi pueblo (soy de la provincia de Cáceres) porque ella dijo que estaba preñá y luego resultó que era mentira. Después me vine pa'cá por cosas de trabajo y me la traje porque en el pueblo tenía demasiados gachós locos por ella y por verme muerto a mí. Aquí siguió provocando a tós los hombres que veía y así sigue. Sé que algunos compañeros de trabajo se l'han ventila o va por unas pesetillas de mierda y que otros lo harán más adelante. Y eso tié un nombre mu feo. señor juez. Un día le dije que haría lo que ha hecho ése —señaló a la vía, ya despojada de restos humanos--- y otro la amenacé con matala. Ahora pienso en divorciarme de ella o algoasí, moderno y limpio. Ya no llevo ni el anillo de casao, por vergüenza. Pero a ella tó lo que yo pueda decila no la asusta, es valiente la tía. Como hembra no tié precio pero como mujé de uno es una calamidad. Y yo soy tan desgraciao que la sigo queriendo».

Era el discurso más sangrante que había escuchado Don Felipe en toda su vida. Entendió que el buen hombre necesitase vomitárselo a al-

guien. Después de la perorata, el desconocido le preguntó que él qué haría si estuviera en su caso y Don Felipe no dudó ni un momento en decir: «Yo ya la habría tirado por la ventana». «Pero, señor juez, vivimos en un quinto piso», respondió el desconocido, «eso la mataría seguro». Quiso guitarle importancia al asunto desviando el tema: «¿Qué hace usted aquí, si es de Cáceres?», «Trabaiá, como tós. En el matadero municipá. Si un dia se acerca por allí, le puedo regalá un buen cabrito o una buena pieza de ternera. ¿Le gusta la carne?», «Mucho», «Pos allí le espero, señor jué».

No tardó en instalarse en el pisito que, efectivamente, le había facilitado el alcalde, el amable Don Ceferino, en una calle céntrica pero silenciosa. Desde allí podía ir cada día andando al juzgado y a la vuelta, por la tarde, no podía resistir la tentación de entrar en una de las salas del multicine de la esquina. Eso favoreció a su pasión por el séptimo arte, que no había podido cultivar desde que deió la universidad. El director del hotel -«Nos ha honrado con su estancia entre nosotros Don Felipe aquí tiene un seguro servidor y un casi familiar Don Felipe no dude en recurrir a mí quiero decir a nosotros cada vez que le haga falta tanto si es para usted como para alguien de su familia que la tendrá en algún lugar verdad Don Felipe» se despidió de él casi con lágrimas en los ojos, después de hacerle firmar en el libro de oro de la casa. El pisito céntrico y silencioso era también amplio, soleado, estaba situado en una escalera con calefacción centralizada. antena parabólica, servicio de lavandería y portero que pasaba a recoger la basura. Un lujo.



* * *

«Mi marido me amenaza de muerte a diario y vengo a solicitar que me protejan», decía desde el centro de la sala una rubia platino. «¿Sabe usted por qué motivo la amenaza su marido?». «Estáloco». «Mire, señora, nosotros no podemos ofrecerle nuestra tutela así como así, ¿entiende? Esto son cosas muy serias, va se lo hemos dicho las tres veces que usted ha venido anteriormente, y le agradeceríamos que no nos haga perder más tiempo. Vuelva a casa que ya verá como no sucede nada. El agente la acompañará v tranquilícese, por favor», Don Felipe iba aprendiendo a bregar con curiosos personajes. La mujer se marchó, efectivamente, acompañada por el funcionario, como va había hecho otras veces. Antes de cruzar el umbral de los portones oscuros se volvió hacia el juez y vociferó: «El día en que venga a levantar mi cadáver se arrepentirá de cuanto me ha dicho, pero no se preocupe que no le voy a hacer perder más tiempo, iodido cabrón».

Muchos años de profesión después, Don Felipe pensaría de vez en cuando en aquellas palabras que, cuando fueron pronunciadas, desde la semioscuridad de la enorme sala de primera instancia, le produjeron un vago escalofrío. Muchas amenazas similares, casi idénticas, se repitieron a lo largo de su carrera, pero ninguna como aquélla. Aquélla era la única que seguiría siendo capaz, tanto tiempo después, de provocar en él un escalofrío.

El secreto de la pirámide se

llamaba la película en que se encontró de nuevo con el desgraciado del día del suicida ferroviario. «¿Como van las cosas con su mujer?», le preguntó. «Casi solucionás», contestó. «Pues me alegro, hombre, ¿le gusta el cine?». «Depende de qué echen. Trabajo aquí al lao, /sabe? El matadero no anda lejos. ¿Vive por aquí?». «Aquí mismo». «Pues acuerdése, hombre, de lo del cabrito. Si viene, pregunte por El Chivo. Mellaman así porque sólo bebo leche». Y nada más. Empezó la sesión y el crujir de las palomitas. Y cuando se encendieron de nuevo las luces de la sala, el hombre había desaparecido.

¿Por qué no? Fue a verle. Entró en el aséptico edificio municipal un día en que volvía a casa antes de lo previsto. Un vago y agudo chirriar sonaba a lo leios, «El llanto de los corderos mientras se desangran». le informó un trabaiador, «es como el de un chiquillo pequeño». Lo era. Ponía los pelos de punta. «Viene usté tarde, señor jué. Ya estamos cerrando y no queda ganao, ya lo hemos matao». Le mostró las cámaras frigoríficas en las que la carne, recién muerta, aguardaba al camión que vendría a recogerla. «Hov hemos matao treinta cabezas. Una vez maté vo solo cuarenta vacas con un brazo roto y en cabestrillo». El juez no pudo evitar pensar que trataba con gente poco civilizada. Pero lo que más horror le producía de todo aquéllo era aquel natural modo de hablar de la muerte. Se fijó en una argolla metálica aferrada al suelo. «Aquí atamos a las terneras, con la cabeza baia. Antes se hacía de un puyazo certero, como a los toros de lidia. Un buen puyazo y la palman. Pero vo empecé a matar a pistola. Es más limpio. Luego viene el degüelle. La sangre se recoge, a me-



dida que cae, en cubos de plástico, sin dejá de revomé, pa que no cuaje. Está muy rica, cociná con tomate. Hoy ya no va a ver ná. Qué pena. Ya hemos terminao». Se alegró profundamente. «Creía que todo esto era industrial y automático», dijo. «En las ciudades grandes. Aquí todavía lo hacemos nosotros, artesanía pura, oiga. Todos esos sistemas nuevos son una mierda. Meten a la vaca por una cinta de esas eléctricas y la sacan cuarteá, sin su cuero, sin nada. Qué asco. Con eso ¿sabe lo que se consigue? que la carne esté roja y fea. La gente quiere came blanca, limpia, matada a cuchillo. Hay que saber matá, señor jué. Acabaremos todos mirando cómo lo hacen las máquinas, van a destrozá el oficio». Era un punto de vista, desde luego. El arte de matar, el arte de la muerte que alimenta, la muerte necesaria. Para la vaca también debe ser mejor morir en manos de un hombre valiente y armado que de una triste máquina, un simple invento. Debe ser más heroico. Eso pensaba el juez. «Hace falta huevos para matar a un toro de auinientos kilos, señor iué. Muchos huevos, v no todo el mundo tié los que debería». Tenía razón. El nunca se atrevería a matar a un toro de quinientos kilos, por muy amarrado a una argolla que estuviera.«Y con los cerdos es peor aún, porque se les degüella sin tiro previo, directamente». «¿Y no sufren mucho?», preguntó Su Señoría. «Lo normá. Pero hav que hacerlo así, o la came sale oscura.». ¿Para qué preguntó? Estaba convencido de que aquel hombre cumplía con una labor importantísima pero empezó a sentir deseos de irse de allí. Dijo que tenía prisa. Fue obsequiado con un pedazo de came de ternera y un cabrito -«todavía está caliente.

No lo coma hasta pasao mañana»—y El Chivo en persona lo acompañó a su casa, después de pasar a recoger todo su instrumental de matarife. Metió media docena de cuchillos en dos cubos de los que se empleaban a diario, azules. «¿Se lleva siempre los cuchillos a casa?». «No, sólo cuando hay que afilarlos, como hoy». «¿Y qué dice su mujer? Son armas peligrosas». «Ella ya está acostumbrá, no se preocupe».

Unos zapatos nuevos, costó el levantamiento del cádaver. Su segundo muerto. Le llamaron a las siete de la tarde, era el agente judicial. «Un muerto, señor juez. Mejor: una muerta». Acudió en seguida. Tanta sangre había por el suelo que resultaba difícil mantener el equilibrio. Sobre las baldosas, desnuda y espléndida, la rubia platino, degollada. Rojo por todas partes. Las huellas de dos manazas sobre una de las paredes inmaculadas, huellas que para imprimirse en la pared habían necesitado asesinar primero y chapotear después en la muerte provocada. Lo de siempre, los requisitos legales. Don Felipe, congestionado a causa de un terror inexplicable, tuvo que salirse a la pequeña terraza para respirar, mientras la polícia recogía posibles pistas de lugares inverosímiles. Deió huellas de sangre tras de sí y le pareció que así iba a ser en el futuro: que nunca más daría un paso sin dejar un rastro de huellas rojas y húmedas a su espalda. Lo encontrado: el arma del delito, un cuchillo de carnicero de más de sesenta centímetros de longitud. Había más en la cocina. El asesino le había rebanado el gaznate a su mujer. La víctima tenía una soga al cuello. En la cocina, dos cubos de color azul llenos de sangre. Nadie lo entendía,



pero el juez sí. Perfectamente. El sargento salió tras él. «Supongo que no nos será difícil encontrar al marido», sostenía entre las manos una bolsa de plástico transparente en cuyo interior brillaba algo diminuto. «Es el anillo de casada que llevaba la muerta. Fíjese—le mostró la inscripción interior a través de la bolsa— veinticinco de febrero de mil novecientos ochenta. Olga y Rafael».

Fue un presentimiento pero quiso averiguarlo. Condujo todo lo deprisa que pudo. Llegó al bar de carretera al amanecer. Era sábado. «¿Está aquí una prostituta morena, más bien mayor, con el pelo largo?». «Tiene un cliente». «¿Puede decirle que salga?». «Tiene un cliente, tío. ¿no oyes? No puedo molestarla ahora. Espera a que te toque, como todos», «¿Se llama Rafael su cliente?». «Y yo qué sé, tío, qué más da». Pidió un café con leche y esperó a que saliera uno de los dos. Dos horas. Lo hizo primero ella. «Ese tipo preguntaba por ti». Puso cara de pocos amigos. «¿Pónme un cubata, Fredy». Y se acercó al Juez. «¿Eres tú quien anda buscándome, pimpollo? Hombre, pero si has vuelto, con anillo de casado y todo. ¿Se cerró el seminario?». «¿Has estado con un hombre llamado Rafael?». «No». Silencio. Fredy trajo el cubata, «Gracias, cariño, luego te lo pago». «Págamelo ahora, Lola, que luego te largas, va nos conocemos». Tuvo un gesto amable. «Cóbrese», y le alargó al camarero un billete de mil pesetas. «Muchas gracias», replicó ella, desconcertada. «¿Quién era su cliente?». «¿Eres poli?». «No. ¿Quién era su cliente?». La muier dudó antes de responder. «Le llaman El Chivo». Bebió un sorbo de café con leche. «¿Me haces un favor?». Más silencio. «Depende». «¿Querrás darle ésto?», se quitó la alianza matrimonial que llevaba en el anular izquierdo, «creo que es suyo». «¿Usted es el juez?», preguntó la mujer. «Sí». «El sabía que vendría, pero dijo que para detenerle». «Yo no me encargo de eso». «Mejor». «Pero vendrán». «Sí». «Esa tía, su mujer, era una golfa, /sabe?». Pero el juez se estaba poniendo el abrigo nuevamente, se iba. «¿Qué va a pasarle?», última pregunta de ella. «Nada bueno», última respuesta de él, antes de cerrar la puerta a su espalda.

«¿No se queda? Parecía tener muchas ganas», comentó Fredy. «No se queda», ella le veía alejarse por segunda vez en su viejo coche, mientras jugueteaba con la alianza de oro entre los dedos. «¿Te disgusta? ¿No has trabajado bastante por esta noche?». Se giró, ensayó una mueca de desilusión y respondió: «Me disgusta. Me hubiera gustado que se me follara un juez. Tiene que ser flipante» ●









ANTIGUA SOLEDAD

André Cruchaga

De la nache a la mañana vay sacanda lengua a las más mudas equis. César Vallejo La vida es atra, siempre allá, más lejas... Octavio Paz

xisto y luego pienso,
en el denso océano del insomnio,
en el cristo apóstol redentario.
El alma y la materia son dos ejércitos
—cada cual con su consigna—
en los laberintos del viento.
Yo me conformo en conjurar,
los claveles fantásticos del agnosticismo.

André Cruchaga (Chalaterango, 1957) Poeta Licenciado en Ciencias de la Educación. En 1993 viajó a los Estados Unidos para realizar estudios sobre ruevas metodologías de la enseñanza; durante su estadía editó una plaquette: Memoria de Marvihurst. Ha publicado poemas y articulos en periódicos del país Su obra públicada. Alegoría de la palabra (1992), Fantasia del aqua (1992), Finego de la intimidad (1993).



No hay respuestas para todo: el sueño es un río de sombras que el horizonte dulcifica con su almíbar de alborozada aurora. ¡Qué cobarde, la excusa, el disfraz, de no ver cómo el alma se transparenta en cristales! Yo me río de la piedra y la ciénaga y suspiro ante lo inefable.

La calma es una mariposa en la conciencia que ha ido emergiendo entre claveles y se ha henchido en el enigma de la sangre. El ansia fue primero y la hosquedad. Lo abismal parecía una enredadera con múltiples crepúsculos hirientes. La noche, sin embargo, entre el almidón de los vestidos, me trajo intacto, el camino del fuego y la luz.

Retengo la imagen del más ausculto fuego. Esa es mi labor de labriego. La tierra es un milagro. El agua. La noche que cae en mi alma, entera, y sangrante de lluvia y fantasmas. El fuego es un anhelo de ojos móviles donde arde el gozo y las huellas se disipan. En él crepitan mis sienes como semillas...

El dolor es nuevo aunque el grito sea viejo.
El sueño me lleva a múltiples abismos.
Soy el superviviente en la transparencia de la oscuridad.
Soy el páramo que se ahoga en el follaje.
Soy el pecho donde se deslizan
las raíces de la aurora y el viento se convierte
en un velero de ardidos cristales.



El espíritu es un surco donde nacen campanarios maduros. Donde la esencia se trasiega en las gargantas del infinito. El espíritu es un odre donde el semen se convierte en espigas y el incienso vaga en el polen lunar de la sique. Yo lo llevo como una campánula que nace de la entraña del tiempo.

Siempre me he bañado
en la misma angustia
existencial que dan las sombras de la noche.
La voz está hecha de ríos íntimos,
de caprichos, de siglos agónicos.
Ahora, en un diálogo inaudible,
el río corre y me baño en las mismas aguas
que bajan trepidantes de los cerros.

He dado alma a las sombras.

Por las ventanas sacude su sangre
musgosa. Los cristales, intactos,
transparentan lo etéreo del anhelo.
Las sombras, sedientas han ascendido
al trono de mis sienes. Las veo con tempestad,
que es decir, con vehemencia.

Mi voz creció buscando el enigma.
La razón del vuelo solitario.

Los pájaros y los árboles me nutren. Es muy antigua esta devoción de absorber la lluvia y perpetuarme en su líquido vital. En el vuelo. Así me nació la luz y crecieron las pupilas. Así las manos segaron los racimos de espigas. Así el cuerpo, tembló bajo el rumor de la sed nupcial y el destino. Así las manos, aprendieron a moldear el oficio de desentrañar la conciencia de la sangre.



Nada conozco que no sea a través del enigma y el augurio y el misterio.
Son estas cosas las que forman la audacia de acercarme al timón del pensamiento.
Nada es que no sea en el imperio de la luz.
Nada es que no se fugue y agonice.
Nada es que no se desgarre y conforte.
Nada es que no responda a la vida.

Maternal es la tierra. Primorosa.
En ella satisfago mi antigua soledad:
La soledad de Icaro en el laberinto
de agonizantes Némesis y sueños.
Yo la celebro porque es el espejo de mi came.
En su humus crezco como helecho
y amanezco reconfortado con la estación del cierzo.

He caminado con una aljaba de esperanza. Y entre la arboleda, soy álamo y conacaste, ceniza que renace con osadía de alas, materia que Selene ilumina; bruma que se forma en torno al alma. Lámpara. He caminado entre embudos flotantes. Aquí el equilibrio sólo es posible, cuando el subconsciente atisba las zarzas.

Me afirmo como Heidegger, en la armonía interior, en el alma invisible, en el discurso que da ésta desde su campanario interior. Algo duele y se quiebra en la voz: la misma que libra batallas, en el eco del mundo, la sensación del mundo. Ah esta angustia y este temor: unidades que sin duda, como astillas, se desprenden del tiempo y de la vida.



CULTURA

Toda la verdad que me rodea es íntima.

Sangra. Y es la sangre del sollozo personal,
la que, en la garganta, amamanta el cuerpo.

La que emerge de la ignición del pecho,
la que habla doliente desde la fogata del desafio.

Así existo haciendo este inventario...

Esta antigua soledad de ser, es como la desintegración de lo onírico, de la realidad, de mi extraño hermetismo.

La materia sólo ha sido un fantasma; prefiero entonces, la bruma aunque me atormente: la duda, la visión de las distancias.

De esta forma, mi única síntesis es la obsesión por el polen de la noche, por el secreto de la lluvia.

Entre el agua construí mi soledad.
Entre los árboles fui un vigía.
Entre las piedras fui el único ser viviente.
Entre los animales, me debilitaba
el fantasma atroz del pensamiento.
Entre ir y venir reventando campánulas,
aprendí a vivir muriendo o viviendo
con el alma temblorosa de la vegetación.

Mi compañía siempre fue el sigilante tecolote, la luna endurecida que se filtraba por el techo, el gorgorito de agua que emergía del talpetate, y la cuajatinta tumultuosa, llena de misterio.

Los presentimientos enhebraban el miedo, el sueño era el reposo aparente, para que volvieran, nuevamente los ojos de la zozobra.



Las paredes son una forma, de retener al cuerpo en su viaje. Yo soy, sin embargo, en mi vigilia, una sombra comprimida y una campana. Yo me desvisto y arribo, al milenio de todas las ausencias, al tiempo desandado en la conciencia.

Busco la única puerta de mi ataúd: la vida malignamente deliciosa. El ser de mis ojos en la clarividencia de la aurora, de los párpados que anclan... Vivir es ir afirmando los contrarios: me niego como la luz y la quietud ardiente.

Así vivo necesariamente deshaciéndome.

La realidad no puede ser sin fantasía.

Yo me proclamo admirador de las gaviotas, de la esperma que atisba las playas con la ilusión de lo insólito e imprevisto.

Me nutro en la eucaristía del idealismo.

La realidad y la materia, ¡vaya qué tormento!

Cuando sólo quiero coger el fuego del horizonte y murmurar junto al viento con lozanía de ventanas.

Vaya que tormento y perder el gozo eterno de las transfiguraciones, donde se filtra el firmamento.

Me opongo a toda violencia potencial o en acto. Es una forma de prostituir el espíritu y la conciencia.

Soy, en este rincón donde vivo,
—sin la ramazón de la ideología—, el ser más agónico y jubiloso.

Siempre el sueño me lo debilitaron las masas: el ser todo confuso y extraño.

Prefiero, entonces, el deslumbrar de los sentidos y el tibio fuego de los árboles...







Uno sale de pronto de muchas humedades,
de muchas lámparas y agonías.
Soy Lázaro en la fuga del alma:
mi afán es encontrarme con madreselvas,
resonar en la gruta de una campana,
despertar con el prodigio de saberme vivo.
Detesto el materialismo que no trasluce
—la luz o la tiniebla— en húmedos sentimientos.

Son efluvios convulsos los que emanan, ahora, de esa sucesión de la hoguera.

Mi antigua soledad es una actitud más de comunión que de individualismo. He crecido en el cuenco de muchos deseos, en el anhelo de sueños anteriores me he formado: la vigilia ha germinado a través del tacto: la arcilla hace que las pupilas renazcan.

Nada es eterno. Es cierto. Todo cambia.
Sin embargo, la luz ha sido igual,
desde el ocote de las catacumbas.
El pedemal del semen. La agonía de la masturbación.
El fuego y el ruido de la intemperie.
Niego la palabra y la miseria de Zenón.
El monismo que tiene sonoridad hueca.
porque somos, en esta heredad del fuego,
la más completa amalgama de soplos...

La nada es el espacio de donde venimos.
Era un grito sombrío de hojarascas.
De allí emergió la luciémaga alucinante,
la desnudez del fuego y la fugacidad atroz
de los tiempos. Los hechos solitarios.
El magma que puso mariposas en el pecho,
el llanto de los primeros ríos.
Entonces, la nada sigue siendo,
como el ovario y la esperma,
que se juntan para formar misteriosos espejos.



CULTURA

Soy incapaz de conocer las notas del destino: de ser y poblarme en tanta realidad.
En mi sique las verdades son vacías.
Nada es ardiente si no viene del corazón: el agua madre que fecunda la memoria, el principio y fin suspendiendo todo juicio.
Por eso me declaro iniciador del soplo, y vivo, ciertamente, en el símbolo de los presagios.

Son pájaros del más sombrío fuego los que conozco. Los que arden.
Los que me arrebatan. Los que me calcinan. El vuelo es relativo en los moldes del tiempo. Con la lengua saboreo el sabor primitivo. En la cuencas de mis ojos es posible el cristal iluminado. La materia agreste. El sueño deviene a través de los sentidos: Las sombras son senos peregrinos, en busca de una boca que los convierta en acequias...

Especulo todo esplendor con el criterio y la posibilidad que me da la vigilia, el sueño, la tiniebla, los espejos. Me opongo a la sinrazón de los fantasmas; y a la razón de que en mi sique, la luz se convierte en ceniza. El mundo es un mal físico que llevo como una grieta, como un incendio.

Yo renuncio a la pluralidad de los sosiegos,

y a la locura dolorosa de mis pupilas...



CULTURA

Prefiero las creencias que definen la conciencia y los ojos de la bruma; prefiero la posibilidad de la temura, al alborozo marinero de los escollos; niego toda intimidad con las espinas, con el vacío, el gemido y las demostraciones. Yo me nutro en el alma del misterio:

Soy labriego de la incógnita,

presuroso voy de sed, conjugando un oasis.

El mundo está en la intimidad de mi saliva. En el rincón del corazón. Me lo dice la conciencia. El asiduo abismo. Fuera nada existe. Nada es. El grito sale desde dentro, de la ruda interior: El grito de vivir, fugaz, en el horizonte.

Me gustan los efluvios de la mañana, del alma que se convierte en suspiros; me gusta descubrir con mis sentidos, la conciencia de que soy, que existo. Aquí estoy desnudo en las ideas, en el ser.

La abstracción es el más prolongado llanto:

Las señales del asombro, son como pájaros

que van creciendo en el pecho de lo inefable.

Yo soy un pájaro que retorna al rocio.

Yo soy, en la vigilia total, un desgarramiento.



Mi ser es la pupila resurrecta.
La caricia fugitiva. La que no tengo.
El enjambre musical de las arboledas,
la inaudita espera de la miel de los labios.
El secreto que arde en el pecho, ahogándose.
Mi ser verdadero son las sombras,
que de par en par, se vuelven cementerio.

Nada es del mismo modo en la conciencia: El alfabeto es una oruga de enigmas, por donde el misterio de la vida me embriaga, con señales más húmedas que la brisa aleteante de los ríos y los relojes del invierno.

La angustia también es una dimensión de campanas. De prodigios.

Yo la siento como un cristal de fuegos:

Espejos que refractan la llama de lo inasible.

Espejos del más calcinante mensaje...

El mundo me agobia. Y existo así. El alborozo es un duelo de amotinadas mariposas. De pálidas espumas. Duele el tiempo. Supuran sus heridas.

Yo me nutro de las más tétricas gargantas.

Y soplo, sólo, cuando la luz es centinela.



He ido muriendo en mis versos. Y, también, perdiendo sueños. Desnudo estoy. Aterido. Y a pesar de los sonidos, sigo siendo uno: el horizonte oscuro que deviene en claridad,

el anhelo extendido como una gaviota.

La tenaz osadía que sueña con hogueras.

El gris amargo es asiduo en mis pestañas: los ojos lo han ido bebiendo con asombro; esta senda, que ya es parte de los itinerarios, tiene, sin embargo, distintos abrigos y humedades que el tacto niega.

¡Ah, el tiempo es dardo en mi alma!

En él, las emociones sangran...

Todo lo perciben mis sentidos. La noche. El día diluido. La ternura de la angustia. El pájaro que bebe savia en los corpiños de la huerta. La muerte que me asombra. Yo valoro las interioridades humanas, del mismo modo que los labios absorben el agua y los ojos remiran las espigas.

Tiemblo ante la sustancia espiritual: La mente es el navegante insondable de los más inquietos asombros y augurios.

Una boca me lleva a los fuegos de la esfinge: la esfinge del alma que crepita en la más densa neblina de la noche.



Estoy hecho de una extraña oscuridad: Los ramajes de la infancia siguen cantando. Las sombras son piedras que asaltan la conciencia y el ser.

Desde que amanece lucho con estoicismo.

Desde que los gallos cantan empiezan mis faenas.

La realidad es un ataúd. Un cementerio...

He llevado en mis hombros, con dolor, la súplica de la herrumbre; la danza en este sudoroso devenir, ha sido cada vez, un apremio de homos. He aprendido, claro, a sobrellevar mi propia soledad. —la herencia—que dan los desgarramientos de la sangre.

Siempre me he adscrito a las lámparas.
Aunque las catacumbas del tiempo me asfixien.
Mi oráculo emerge del tiempo inclemente:
el sudor multiplicado viene desde Delos.
Solo la esperanza ha sido un casaca de fuegos ilesos:
la voz desnuda que introduce al nuevo aprendizaje,
la voz que prodigiosa se lanza a los retos...

Una lámpara larga son las sombras de las cosas. Voy hacia la acrópolis de la luz, después de traspasar las sombras de las piedras. Mí pecho tiene el anhelo, de quien sale del abismo. Y mi memoria, la agonía de las soledades.



Si vivo, ya no es tanto por la vida; sino por la tempestad de la muerte que me rehace ungiéndome de tierra, de lluvia cambiante, de ceniza vegetal. En este follaje vacío he crecido.

El rumor de la soledad es intrépido:

su enigma es gigante. Sus ojos, de un sonido

interminable como la agonía de un túnel.

Las ventanas me dan un aire nuevo.
El sonido de las carretas se confunde,
con el de la lluvia, con la voz ausente.
Yo estoy de pie con los párpados abiertos.
Yo veo correr cinturones de agua sobre
las baldosas y las hojas mordidas por el agua.

Las ventanas son esa filtración de la luz.

desde moribundas teas primitivas...

'Con un rito en la lengua detrás de mi palabra' he muerto tantas veces y ardido como hoguera. Temo que sea un designio. El abrigo de la vida. Temo que de tanto morir ya no muera; y mis ojos queden fijos viendo vitrales inasibles.

Mi alma habita entre semillas. Después de tanta noche entre eriales, mi itinerario está en los invernaderos...



Transpiro ilusión y esperanza y anhelo. Quizá 'nadie entiende las fuerzas de mi ansia'. Yo aspiro a una soledad de presagios y alas, a la avidez deslumbrante de la espuma, al sueño lacustre e inusitado de mi infancia, para entender el sacerdocio de los árboles, y llama fluyente de los ríos...

El universo está abierto para el conocimiento. La oscuridad, transida de bosques: sus ramas germinan en las sienes; de ahí surge una música en las venas. Es un cofre inundado de enigmas, que hay que descifrar para alcanzar el día.

El universo es una vieja consigna,

para hacer de la especie, cándidas luciérnagas.

Herido por el vértigo del enigma, alucinado, ardido, subo a los pájaros. El horizonte suspira en su humedad; la saliva se anuda a todos los augurios del lenguaje, de la encendida desnudez.

En los ojos del horizonte, —espejos del infinito—

se refractan las heridas del tiempo...

La sangre que en la intemperie golpea fuerte.

Siéntate conmigo, luz, vigilia, anhelo.
Quiero evitar ya, el desasosiego.
A ratos me aburre la realidad agónica.
Prefiero la brizna del deseo, el temblor ardiente.
Siéntate conmigo, cuerpo, entre los árboles.
La hojarasca tiene lámparas acogedoras.
El humus, la humedad que necesitan mis sueños para que crezca la voz y salga del abismo.



En la noche se extiende el alma de los grillos; insistente es el azogue del silencio.
El agua visceral del tiempo, avanza combativa por mis sienes...

Siento, a veces, que un desierto se ensancha: el dolor que surge de la herida de vivir, la palabra de la carne, de la voluntad. Creo que la angustia me salva. La noche. Las sombras duras que descaman. La verdad honda que me entrega el mundo. Los espejos.

Ruedan por doquier los silencios deshojados; y yo, no puedo ser indiferente. Me llaman...

Las alas son mi gran fantasia. Una flor. Siempre quise habitar el milagro del vuelo. Por eso me es imposible respirar sin árboles: el alfabeto se lozana y deja los agobios.

Las sombras, ah las sombras, emergen como espigas y luciémagas de mi pecho.

Vivo en la más antigua prisión del alma...

Las abadías del sueño son un gran océano...⇔



CRÍTICA

El largo poema "Antigua Soledad", de André Cruchaga, sigue un curso semejante al de los arroyos de montaña. Tiene una engañosa placidez, por la que transitan, a ratos, ráfagas de angustia existencial atemperadas por la neblina y por repentinas mariposas. Tiene, también, las ondulaciones y desigualdades de una corriente que transcurre por un terreno inclinado y fragoroso.

La primera parte, desde el inicio hasta el verso "...de las transfiguraciones, donde se filtra el firmamento", atraviesa la comarca de una poesía crecientemente irracional (lo cual no es un demérito, sino una característica de la producción de muchos poetas de calidad del presente siglo).

El tono es fuertemente personal, a cada rato sale a relucir el yo (no sólo el yo interior. También asoma sus cuernos el pronombre), aunque en toda esta parte del poema aparezcan, también, las vicisitudes del poeta vestidas con los ropajes de una égloga—sí es, no es—metafísica.

André muestra un buen dominio de los recursos de la retórica tradicional, y de algunos de los que han utilizado muchos poetas a partir de la generación española del 27. Es evidente su predilección por las metáforas del tipo A es B ("El sueño es un río de sombras", "la cama es una mariposa en la conciencia, etc.", "el espíritu es un surco donde nacen...", etc.) y A de B ("el camino del fuego y la luz", "...el rumor de la sed nupcial y el destino", "la aljaba de esperanza", etc.), por ejemplo.

También son frecuentes recur-

sos como la personificación ("La noche..., entera, y sangrante...") o la identificación del poeta con lo inanimado, verdadera asunción poética de la naturaleza ("Soy el páramo que se ahoga en el follaje").

En ese mismo verso hay un hermoso juego de contrarios.

André no termina de dar el salto a la poesía francamente irracionalista, que estira la distancia entre los planos real y evocado a límites cósmicos, como en Vicente Aleixandre, o César Vallejo. Sin embargo, salvo uno que otro momento, muestra un buen dominio del ritmo, difícil en el verso libre.

El grácil y libre curso del poema, quizá grácil y libre precisamente por esa tendencia irracionalista, que mantiene el mismo aliento durante más de ciento cincuenta versos, cambia cuando el poeta asume un tono más racional en la segunda parte ("Me opongo a toda violencia potencial..."), como si, paradójicamente, el poema se le sublevara ante la manifiesta violencia de la razón.

André se pone a definir su posición y a declamar su manifiesto, lo cual no tendría nada de malo, sino fuera porque se nos ha traído por un dulce sendero de montaña para que nos tropecemos de pronto con Aristóteles al principio de esta estrofa. Es decir, con la última persona que pensábamos hallarnos. El resultado es tan desconcertante como tropezarse con un iceberg en plena playa del Obispo.

La caída es también bastante abrupta. Sobre todo por la altura poética que ha venido manteniendo durante tantos versos.



Comprendo, sin embargo, la necesidad que siente de esa segunda parte racional y objetiva. La primera parte es un poco el gozo irresponsable del placer, encarnado en una poesía casi absolutamente lírica. La segunda es la justificación de ese placer y (necesariamente) de la poesía.

André fluctúa en esa soledad, que él califica de antigua, entre dos polos agudamente sentidos. O bien su soledad es querida y libremente aceptada (y entonces no hay espacio para remordimientos ni recriminaciones, y hay que asumirla con responsabilidad) o bien es no querida e impuesta (y entonces constituye una condena y una tragedia).

En todo caso, la soledad (materia primordial de la que nace su poesía, o al menos, circunstancia que la posibilita) le significa conflicto al poeta, puesto que necesita justificarla:

"Mi antigua soledad es una actitud

más de comunión que de individualismo"

Menos dolorosos resultan los tropiezos con Heiddegger y Zenón que con Aristóteles, de lo cual André probablemente no tiene la culpa, porque no es responsable de simpatías y antipatías hacia Platón.

La desazón me duró hasta que salimos de la neblina de la metafísica y volvimos a la agradable vegetación de las imágenes, algunas, bellísimas: "El anhelo extendido de una gaviota", "La tenaz osadía que sueña con hogueras", "El pájaro que bebe savia en los corpiños..."

Cuando aparecen de nuevo las metáforas del tipo A es B ("El alfabeto es una oruga de enigmas" et. al.), se recobra la brújula, y entonces el paseo vuelve a ser como siempre son los paseos por la buena poesía: Un viaje permanente hacia el asombro

Carmen González Huguet







LA CONFERENCIA

Geovani Galeas

Para Juanita Valgafion, Violeta Rodas y Catherine Carter Menchsner, mujeres grandes. Para Roberto Hassey Matt y Alberto Celarié, maestros.

I



s de noche en París. En el departamento silencioso y en penumbras, apenas es posible entrever a Marcos profundamente dormido en un sillón. Suena el Teléfono.

MARCOS.- ¡Merde!

Se incorpora y va trastabillando en busca del interruptor de la luz. Tropieza y maldice. Avanza. Vuelve a tropezar y cae. Cesa el timbre. Marcos queda tumbado en el piso quejándose suave y lastimeramente. Otra vez el teléfono.

MARCOS.- ¡Oh Dieu que est si grand et si bon! Oui... oui...

Se pone de pie no sin cierta dificultad, pero no se atreve a dar un sólo paso; antes bien, mide la posibilidad de llegar sano y salvo hasta el interruptor. Prudentemente opta por arrodillarse y avanzar a gatas. El teléfono enmudece en el instante en que Marcos enciende la luz.

MARCOS. - ¡Ahora te vas a quedar mudo, gorgorito imbécil! ¿Es que

Geovani Galeas (Morazán, 1961) Dramaturgo y escritor. Vivió varios años en México. Fue jefe de redacción e información de Correo Escénico, periódico de teatro y danza. Ha publicado articulos en revistas y periódicos nacionales y mexicanos. Autor de La Conferencia y Diálogos eternos (México, 1990)



rezongás como una cotorra tísica sólo para importunarme? ¡Ya te enseñaré yo a molestar a la gente (Intenta estrangular al auricular) ¡Vaya, decí algo ahora, goliyero! ¿A quoi pensez-vous? sos un pinche teléfono y no un despertador ¡riinng-riinng! C'est terrible...

Y cuando ya está a punto de estrellarlo contra el piso, el teléfono suena mievamente.

MARCOS.- ¿Oui?...¿Cómo?...No, yo no *ich sprehen* alemán, yo...¿Qué?...No entiendo, *you speak english?...*¿Eh?...Sí, yo soy Marcos Ramírez, *je parle* francés...¿Cómo?...¿Que usted me está hablando en español?...Ah, chin, si es cierto ¿Y con quién hablo, pues?...¡Marcela!¡Ay, Dios mío! Disculpe, comandante, es que me agarró dormido...

Sin dejar el teléfono, intenta alcanzar una hotella de vino mediante una serie de complicadas contorsiones. Logra finalmente su cometido, pero la hotella está vacía. Redobla esfuerzos por alcanzar otra botella que está aún más lejos, y aunque está a punto de ahorcarse con su propia bufanda, la alcanza y behe con ansiedad.

MARCOS.- Sí, comandante... Como usted diga, sí... Así es, yo creo que... No, Marcela. digo, comandante, yo... Sí, mándeme la información por télex y yo la paso mañana a los periódicos... Sí, yo quería, pues, este, quería consultarle un problemita, es decir, someter a su consideración un asuntillo... No, nada importante, por supuesto... Se trata de, de, o sea, yo. es decir, la Universidad, en fin, no sé... Mejor otro día hablamos, comandante... No, no, nada importante... Entiendo... Saludos.

Se pasea meditabundo por la sala. Luego se detiene ante la enorme fotografia de Roberto Simpson que se destaca en la pared, y la contempla largamente.

MARCOS.-(A la fotografia) Voy a reventar, Roberto. No puedo más ¡No puedo más! Entre tú y ellos yo, en realidad, no soy nada ¿Qué soy, en efecto? Una voluta de humo, una brizna de paja doblegada por la inclemencia, un potrillo asustado...No, no es verdad: ¡Una gallina pendeja es lo que soy! "Sí, comandante, como usted diga, comandante". ¡Eso es lo único que sé decirle... Y mientras tanto vos, hermano, vos...

Se deja caer pesadamente en el sillón. Bebe. Hunde la cabeza entre las manos y llora.

H

Por la mañana, fresco y vestido con pulcritud, Marcos canta y hasta baila alegremente mientras barre el departamento. Marca un número telefónico.

MARCOS.- ¿Le Monde?...Ah, c'est toi, Mari ¿Comment allez vous?...Tres bien, merci. Avec Jean-Paul s'il vous plait...oui, ¿Jean-



Paul? ¡Hermano! ¿Cómo estás?...Bien, un poquito crudo todavía...Sí, ya me imagino...Oíme, tengo una información que...Sí, sí, lo de aver...Sí, hombre, son excelentes los muchachos...Sí, te paso el informe. ¿estás grabando?... Bien , ahí te va: (levendo) "A las 4 horas nuestras fuerzas atacaron a las tropas gubernamentales acantonadas en el Jocotal. A las 5 y 30 se realizó exitosamente la operación de cerco, asalto y aniquilamiento. Se recuperaron 20 fusiles M-16, una ametralladora Browning punto 30, un radio de comunicación militar PRC-77, 30 mil tiros y numerosos pertrechos. El enemigo sufrió 14 bajas entre muertos, heridos y capturados". Eso es todo, hermano...Bien, agregale ahí que vo comenté que... Sí, sí, declaración oficial, por supuesto: esta nueva victoria evidencia nuestro arrollador avance. Ni el genocidio imperialista podrá detener la heroica lucha popular pues, como lo sentenció el poeta, nunca la noche es más oscura que cuando está a punto de nacer la aurora... ¿Grabaste todo?... Bien, hermano, nos vemos por acá entonces... Bien.

Observa el afiche en el que aparecen algunos combatientes revolucionarios. Simulando un fusil con la escoba imita las poses militares.

MARCOS. - El aniquilamiento y el cerco...Ah. no. Ni modo que primero los aniquilen y después le tiendan el cerco a los cadáveres ¡Sov un imbécil!... Y la Isabel ni viene ni llama ni nada... Le habrá pasado algo? No, va aparecerá con alguna extravagancia ¡Ah, Isabel, c'etait plus qu'un ange pour moi. Mais c'est une enfant terrible!...(Pausa. Luego vuelve al juego militar) El avance por entre la espesura de la montaña. El sudor perlando la frente, la mochila agobiando la espalda. Pero el fusil alzado en la caminata bajo la lluvia torrencial y cómplice ¡La muerte acecha! ¡ra-ta-ta-ta... pum-pum-pum! ¡Una emboscada! ¡Al suelo, al suelo! El enemigo domina las alturas y avanza en una pinza invertida (Trans) Una pinza invertida, ¡qué chivo! (Trans) Todo parece indicar que los compañeros están perdidos ¡Pero no! ¡El combatiente Marcos se levanta de pronto y, sin más parapeto que su moral, arremete con formidable arrojo contra el enemigo! Los compañeros le gritan que no, que es una locura. Pero Marcos se vuelve y mira fijamente a los ojos de sus compañeros...Su mirada es diáfana y serena. Puede ser su última mirada. Los compañeros comprenden: Marcos los salvará, o caerá con el pecho constelado a balazos (Trans) ¡Quijue! (Trans) ¡Ahí está el nido de ametralladoras! (Señala el sillón) ¡Sin vacilar un segundo, y raudo como una flecha, Marcos se lanza al asalto! (Corre, tropieza torpe y aparatosamente, se incorpora con dificultad y cojea) Después del combate como del amor, los compañeros se tienden sobre la fresca hierba. De cara al firmamento estrellado y alto se abandonan al dulce sopor que sucede a la jornada. Mientras escuchan el rumor del río, recuerdan un adiós o una sonrisa (Pausa) ¡Sueños! Clase de guerrillero



sería yo con esta maldita artritis ¡Y la úlcera, señor, la úlcera! Además, siempre que me sobreexcito me duele una muela... Y no es cuestión de irse a una guerra con un dolor de muelas... Bueno, supongamos que me voy a la guerra con todo y dolor de muela; ajá, pero con eso de que a cada rato se me sube y se me baja la presión, es claro que con muela o sin muela sólo a traer un mi balazo iría (Pausa) Qué disparates digo. No puedo ser guerrillero y punto... Moi c'est autre chose: un pobre diablo et rien de plus, ¡mais rien de plus!... ¡Señor Ministro! ¿Cómo van las clases de bel canto de su distinguidísima esposa, doña Cleotildita Frufrú de la Reinaga? ¡Pero, señor Embajador, ínclito y conspicuo amigo, siéntese usted en este aterciopelado cojín... No vaya a ser que se le aplane a usted el culo! (Irritado consigo mismo) Intelectual... diplomático ¡Mariconadas!

Contrariado, intenta escribir pero una y otra vez estruja y tira la página apenas comenzada.

III

Marcos coloca un caset en la grabadora. En ese momento se ilumina otra parte del escenario y aparece Marcela en el cuarto de radio del Estado Mayor guerrillero. Se trata de una elipsis: Marcela escucha ya la grabación de Marcos.

MARCOS.- (Nervioso, grahando) París febrero 23. De: Marcos. Para: Comandante Marcela...

Ambos detienen simultáneamente sus grabadoras: él, para reflexionar; ella, para atender una llamada por la radio militar.

RADIO.- Sol, sol, aquí planeta-5... Sol, sol, aquí planeta-5 ¿Me estás copiando, sol? Cambio.

MARCOS.- Ya lo ensayé como mil veces. Tranquilo, Marcos...

MARCELA.- Aquí sol-3, aquí sol-3. Te copio muy mal, hermanito. Subí un poco más en la banda y me hacés un conteo de ajuste de frecuencia. Cambio.

MARCOS.- Si me pongo nervioso me va a doler la muela...

RADIO.- Sol, sol, hay demasiada interferencia. Sugiero suspender. Sugiero intentar comunicación más tarde. Espero instrucciones. Cambio.

MARCOS.- Claro y directo, Marcos, sin andarte por las ramas ¡Claro y directo!

MARCELA.- Sol acepta tu sugerencia, hermanito. Comunicación suspendida. Comunicación posterior por puente 31. Comunicación de verde a verde. Cambio y fuera.

MARCOS - Claro y directo, Marcos ¡Dale!

Ambos hacen funcionar las grabadoras.

MARCOS.-(Grabando) Compañera comandante, París amane-



ció lluvioso, gris. Una vaga melancolía envuelve mi espíritu ¡Y es que once años diluidos en el exilio dejan huella, comandante!

Detienen las grabadoras.

MARCELA.- (Asomándose a la puerta) ¡Jorge! Prepáreme un informe completo sobre los movimientos del ejército. También arrégleme para las cinco una reunión con la gente de logística. Eso es todo.

MARCOS.- ¡Claro y directo, imbécil, claro y directo!

Hacen funcionar las grabadoras.

MARCOS.-(Grahando) Pero no es para estas lamentaciones que me permito quitarle el tiempo. El caso es que dentro de poco se celebra el aniversario de la... del... de... del fallecimiento de Roberto Simpson y, pues, yo... yo comprendo, es decir, usted comprende... Claro, yo también, por supuesto... ¡O sea que los dos comprendemos! Aunque bien vistas las cosas, o como quiera que estas se vean... ¡Ay, señor!... Pues sí, Roberto es un punto crítico para la organización y, dada esta circunstancia, yo quisiera conocer su opinión antes de aceptar dictar la conferencia... Ah, bueno, disculpe, es que, por lo del aniversario que le decía, la Sorbona me ha pedido que dicte una conferencia sobre la vida y la obra de Roberto. Ese es el caso y yo... Pues yo no quisiera que hubiera ningún malentendido... Eso sería todo, comandante. En espera de su respuesta: el pocta.

Detienen las grabadoras. Entra un mensajero y entrega un papel a Marcela.

MARCELA.- (Luego de leer el recado) ¡Que suspendan las operaciones hasta nueva orden!.

Marcela y el mensajero salen apresurados. Marcos queda paseándose por la sala en actitud pensativa, hasta que se detiene frente a la fotografia de Roberto Simpson.

IV

Tocan a la puerta. es Jean-Paul.

MARCOS.- ¡Jean-Paul! Adelante, hermano ¿Un vinillo?

JEAN -PAUL.- No, gracias. Tengo prisa. En realidad sólo pasé para preguntarte si finalmente vas a dictar la conferencia.

MARCOS.- No lo sé. Lo consulté con Marcela y estoy esperando la respuesta.

JEAN-PAUL.- Te va a decir que no.

MARCOS.- Sos un escéptico.

JEAN PAUL. - Soy realista. La organización y Roberto son como el agua y el aceite: no puedes revolverlos.

MARCOS - ¡Eso es absurdo, no tiene por qué ser así!







JEAN-PAUL.- Pero así es.

MARCOS.- Sos un francés incorregible.

JEAN-PAUL.- Sí, pero un francés que los conoce muy bien a ustedes. Ustedes son como niños: inocentes y crueles. Muy inocentes y muy crueles. No te hagas ilusiones: Marcela te dirá que no.

MARCOS.- Me asusta tu seguridad.

JEAN-PAUL.- Conozco a Marcela.

MARCOS.- Ella tiene que entender que la situación entre la organización y Roberto es absurda.

JEAN-PAUL.- Sí, comprenderá. Pero igual te dirá que no.

MARCOS.- ¡Marcela no es un monstruo!

JEAN-PAUL.- Es una jefe militar y una estratega política. Guerra y política, Marcos, dos cosas que tú no entiendes... Una vez, cuando trabajé con Marcela allá en el frente, hubo una crisis muy aguda en la organización: deserciones, traiciones, muertes oscuras. Yo estaba desconcertado. Entonces fui y hablé con Marcela...

Aparece Marcela envuelta en una luz de irrealidad.

MARCELA.- Lo que pasa es que hay cambios, Jean-Paul, y hay gente que se resiste a esos cambios.

JEAN-PAUL. - Ustedes están negociando con el enemigo, y nadie sabe hasta dónde llegarán en las negociaciones.

MARCELA.- No se preocupe. La Dirección sabe hasta dónde llegar. Confie en la Dirección.

JEAN-PAUL.- Pero ¿cómo confiar cuando están pasando tantas cosas oscuras?

MARCELA.- ¿Cómo confiar? Los que estamos en la Dirección hemos luchado largos años soportando la persecución, la cárcel y la tortura. Hemos combatido sin dar ni pedir cuartel. Así hemos ganado el derecho a pedir que se confie en nosotros.

JEAN-PAUL- Hay otros que también lucharon los mismos años de igual forma, y ahora se les considera traidores... Y ellos también fueron de la Dirección.

MARCELA.- Ellos se equivocaron.

JEAN-PAUL.- Y ellos dicen que los equivocados son ustedes. ¿Por qué debo creer en ustedes y no en ellos? No me diga que están equivocados, dígame por qué. Necesito saber qué es lo que está en disputa y decidir por mi propia cabeza de qué lado está la razón.

MARCELA.-El problema es que la información se compartimenta cada vez más en la medida en que la guerra se profundiza. Nuestro pueblo así lo entiende y por eso está incondicionalmente de nuestro lado. Por eso no necesita tantas discusiones para seguir combatiendo...

JEAN-PAUL- ¡A un pueblo se le puede manipular!

MARCELA.-¿Está seguro? Inténtelo, y tendrá un pueblo armado contra usted... Hablemos claro. Jean-Paul. En condiciones normales se



puede abrir la discusión política a todos los niveles de la militancia. Pero otra cosa es cuando se está en guerra. Sabemos que al cerrar la discusión damos paso a todo tipo de dudas y elucubraciones. Eso no está bien, pero es un costo que tenemos que pagar.

JEAN-PAUL.- ¿Necesariamente?

MARCELA.- Voy a ponerle un ejemplo. Se nos critica porque en nuestros partes de guerra inflamos el número de bajas del enemigo y minimizamos las nuestras. Esto es verdad: lo hacemos, y lo hacemos sistemáticamente. Pero ¿qué pasaría si diéramos los resultados exactos de cada combate? El enmigo analizaría las modalidades de combate en que nos va mejor o peor, el terreno que nos proporciona ventaja o desventaja, las zonas en que somos más fuertes o más vulnerables ¿Comprende?

JEAN-PAUL.- No sé. Estoy confundido. Algo aquí comienza a oler a podrido. Ese olor se escapa y llega a todas partes. En todas partes se rumora...

MARCELA.- ¡La ropa sucia se lava en casa!

JEAN-PAUL.- El problema no es dónde se lava. El problema es que esa ropa sucia existe.

MARCELA.- ¿Le molesta la ropa sucia, lo escandaliza? Entonces quédese en su casa y no salga a la calle. De ese modo su ropa no va a ensuciarse nunca... Oigame bien Jean-Paul: en la revolución hay suciedad, hay mierda, muchísima más mierda que la que usted se imagina. Pero nadie se deshace de su propia porquería en público: hasta en las cantinas y en los burdeles se caga con la puerta cerrada...

MARCOS.- ¡Esperá, Jean-Paul!

MARCELA.- La revolución no la hacen los ángeles, Jean-Paul. La hacemos seres humanos con limitaciones. Los que anhelan la pureza y sueñan con la revolución pura, los que se escandalizan y condenan a los revolucionarios que se equivocan y se ensucian las manos y las ropas, esos siguen soñando la revolución toda su vida. Sueñan la revolución mientras toman café y discuten plácidamente con otros soñadores. Esos saben que en el café o el bar hay poco riesgo de mancharse de sangre y de mierda las manos...

Tocan la puerta. Es Isabel. Marcela desaparece.

MARCOS.- ¡Isabel, vous et le tranquillité arrivez en meme temps. Allons, allons.

ISABEL.- Ah, Jean-Paul... Perdón, ¿están trabajando?

JEAN-PAUL.- No. Estaba por irme justo en este momento (A Marcos) Piensa en todo esto, Marcos. Es importante (Sale)

MARCOS.-¿Dónde se ha metido usted, Isabel? Me tenía preocupado.

ISABEL.- Ya no voy a regresar a la Universidad. MARCOS.- ¿Pour quoi?



ISABEL.- Ya no me interesa

MARCOS.- ¿Pour quoi?

ISABEL.- Hablemos de otra cosa.

MARCOS.-Escuche, Isabel, usted es una excelente estudiante, es brillante...

ISABEL.-¿Y qué? Maquiavelo era un genio, Althusser mató a su mujer.

MARCOS.-¿Y eso qué tiene que ver conque usted estudie o no? Oiga, en primer lugar la Universidad...

ISABEL.- Y en segundo lugar la anatomía de un pingüino, las hemorroides del santo Papa... ¡Que se vayan al diablo la Universidad, el Papa y los pingüinos!

MARCOS.- Pero es que sus estudios...

ISABEL.- ¡Ya, hombre, ya! ¿Es que todo mi mundo se reduce a esa maldita Universidad? ¡Yo también tengo problemas serios!

MARCOS.- D'acord. Yo sólo quiero hacerle ver lo importante que son sus estudios.

ISABEL.- ¡Y dale con eso!

MARCOS .- Mon chere amie..

ISABEL.- ¡Que cheré ni que cheretas! ¿Por qué tiene que entremezclar siempre su pésimo francés? Usted se empeña en ponerse en ridículo como aquel Piotr Trofimovich de la novela de Dostoyevski.

MARCOS.- Stepán.

ISABEL.- ¿Qué?

MARCOS.- Stepán Trofimovich. Piotr es Stepánovich, o sea: hijo de Stepán.

ISABEL.-¿Y eso que puede importarme? Además, ¿quién sabe a qué atenerse con el revoltijo que arma Dostoyevski con los nombres de sus personajes? Tan pronto alguien se llama Sonia en el primer capítulo, cuando ya en el segundo la tal Sonia responde al nombre de Dunia. Cuatro páginas más adelante y ¿qué tenemos?, pues que Sonia o Dunia viene a ser la misma que ahora se nos presenta como Sasha, y que terminará siendo Sáschenka, y hasta puede que Sániushka o Sátiushka...¡No me enrede usted, Marcos, no me enrede! ¿Por qué ha de tratarme siempre como a una alumna? ¿Por qué no me toma en serio? Comprenda que yo... Usted... Pero usted piensa que soy una tonta ¿no?, una niña bien, idiota y frívola ¿no?¡Nadie me entiende, y usted menos que nadie! ¡Usted no comprende nada! ¡Nada! ¡No, no. no! ¡Al diablo todo y todos, no me importa nada! ¡Al diablo, al diablo!

Isabel se dobla sobre si misma y, presa de una agitación convulsiva, cae al piso gimiendo y mascullando frases incoherentes. Marcos acude solicito a auxiliarla, pero se ha impresionado a tal punto que, aunque va de un lado a otro agitando los brazos, no acierta a socorrerla en lo más mínimo, y se desespera más aún en la medida



en que Isabel se convulsiona con mayor intensidad.

MARCOS.-¡Isabel... Isabel... Chabelita! ¿Qué hago, qué puedo hacer? ¡Auxilio! ¡Un médico, llamen un médico! Ay, se me baja presión, se me baja la presión... ¡Isabel! Ay, Dios mío, la muela, la muela...

Mientras Marcos da vueltas absorto en sus lamentaciones, Isabel comienza a recuperarse poco a poco hasta lograr una relativa serenidad. Se incorpora y, sollozando levemente aún, observa extrañada los arrebatados de Marcos.

MARCOS.- ¡El botiquín... el botiquín!

Abre el botiquín y saca, atropellándose, frascos, cajitas y, extrañamente, hasta un calcetín. Tan pronto ha sacado todo, se olvida de los medicamentos y reamuda sus desesperadas idas y venidas.

MARCOS - ¡Yo, sólo yo soy el culpable! Oigan sus gemidos, oigan sus gemidos!... ¿Sus gemidos? ¡Ay, Dios!

Marcos se vuelve hacia Isabel y descubre que ésta, lejos de estar moribunda, lo mira asombrada.

MARCOS.- Pero ¿cómo, está usted bien?

ISABEL.- Yo...

MARCOS.- ¡Isabel... Isabelita... Enfin un instant de fellicité!

ISABEL.- ¿Pero qué estupideces dice y hace usted?

MARCOS.- ¿Estupideces?

ISABEL.- ¡Usted se burla de mí!

MARCOS.- ¿Burlarme? Pues, verá... jé, jé... ¿Nos tomamos un cafecito?

ISABEL. - Yo no tomo café.

MARCOS.-¡Lo que son las cosas! Yo tampoco. Para mí el café ni fu ni fa. Ya lo sabe Isabel: ni fu ni fa...¿Nos tomamos un cafecito?

ISABEL.- ¡Ya deje de burlarse! Estoy muy mal. Rompí definitivamente con mis padres...

MARCOS - Pero sus padres...

ISABEL.- No son ellos el problema ¡El problema soy yo! Ellos fueron buenos mientras yo fui obediente, incondicional. Pero cuando los cuestiono por primera vez, entonces sacan las uñas y vienen los chantajes y las amenazas. Su último y único argumento es la autoridad.

MARCOS.- Sí, pero...

ISABEL.-¡Déjeme terminar! El punto es: ¿por qué me doblegué yo ante sus chantajes y amenazas? ¿Por qué seguí respetándolos, o fingiendo que los respetaba, cuando ya estaba plenamente consciente de que no son más que unos cerdos?

MARCOS.- ¡Isabel!

ISABEL.- ¡Mi padre es un criminal! Un militar que justifica sus crimenes hablando de la patria. Con el cuento de que es un guerrero que arriesga su vida por una causa superior, mata a cualquier prójimo sin



rendirle cuentas a nadie. "Estamos en guerra", dice, y con eso lo justifica todo... Y yo sé que no es un militar de oficina y zapatillas: es en efecto un guerrero notable que ha luchado sin dar ni pedir cuartel poniendo en riesgo su propia vida... Pero es un asesino. En mi interior lo sabía, me debatía. Pero ante el asesino inclinaba dócilmente la cabeza: sí papá, así es papá, como usted diga papá... Mi voluntad como una voluta de humo...

MARCOS.- Una brizna de paja doblegada...

ISABEL.- Como un potrillo asustado...

MARCOS.- ¡Una gallina pendeja!

ISABEL.- ¿Qué dijo usted?

MARCOS.- No... Nada... nada...

ISABEL.- ¿Comprende, Marcos, comprende?

MARCOS.- Sí... digo, no. Yo, en realidad, yo...

ISABEL.-¿Cuánto tiempo se puede engañar uno a uno mismo? ¿Cuánto tiempo se puede llevar una máscara? ¿Y si llega el momento en que, aunque una quiera, ya no pueda quitársela? ¿Y si luego aprendemos a coexistir pacíficamente con nuestra propia máscara? ¿Y si después olvidamos que no es nuestro rostro sino una máscara lo que mostramos al sol y a los demás?

MARCOS.- Pero ¿será posible vivir sin una máscara?

ISABEL.- No lo sé. Pero si fuera imposible, ¿tendría sentido la vida si hay que ocultar siempre el rostro verdadero?

MARCOS.- ¿Y si el rostro verdadero es peor que la máscara?

ISABEL.- ¡Eso no es más que un juego de palabras, un birlibirloque cualquiera! Uno no puede estar con el prójimo y con el asesino del prójmo al mismo tiempo...¿Usted llevaría una máscara? ¡Respóndame! ¿Por qué se calla? ¿Llevaría una máscara?

MARCOS.- ¡No!... No tiene usted razón. Un criminal puede llevar el rostro descubierto si además es un cínico.

ISABEL.- ¡Sofismas!

MARCOS.- ¡En la vida hay cosas más importantes que estas discusiones bizantinas!

ISABEL.- ¡Me importan un carajo las cosas importantes!

MARCOS.- Pero la realidad...

ISABEL.- ¡La realidad no me importa más que un rábano podrido!

MARCOS.- ¡Un rábano podrido! ¡Que el mundo entero se vaya al carajo porque usted rompió con su papito! ¡Tomates podridos! Vaya y dígale a una madre etíope que ve a sus hijos morir de hambre que no se preocupe porque, en todo caso, el mundo no es más que un tomate podrido ¡No me venga con historias! ¡A esa madre hay que llevarle un pan y no un tomate podrido!

ISABEL.- ¡Escúcheme!









MARCOS.- ¡Cobarde! ¡Es usted una cobarde! Mire, ahí en el botiquín tengo unas dolofines, tráigame dos ¡Rápido! Esta maldita muela...

Isabel trae las pastillas y un vaso con agua.

MARCOS.- ¡Tomates podridos! Tres bien, tres bien. Como el tomate está podrido hay que mandarlo todo al carajo ¿no? ¡Valiente rebeldía! ¿No se le ocurre que puede sembrarse un nuevo y hermoso tomate? ¿Y que si abona bien la tierra y riega y cuida la plantita, tendrá un nuevo y hermoso tomate? ¿Quiere un nuevo y hermoso tomate? ¡Trabaje para conseguirlo! "No creo en nada ni en nadie, me aferro a un tomate podrido" ¡Habrase visto!

ISABEL.- ¡Ya deje de hablar de tomates podridos!

MARCOS.- ¡Usted no puede concluir que el mundo es un tomate podrido sólo porque rompió con su padre!

ISABEL.- Marcos, Marcos, por favor...

MARCOS.- No todo está perdido Isabel. En el mundo hay flores, ríos, pájaros, gente que se ama... Hay contaminación, es cierto, pero no por eso hay que mandar todo al diablo ¡Hay que luchar contra los contaminadores, hay que luchar a muerte!

ISABEL.- Lo que pasa es que a lo mejor yo estoy loca.

MARCOS.- ¡Mire con lo que salimos ahora! Su vida no es una novela, Isabel. Es usted demasiado literaria. Primero me salió conque era usted algo así como La Maga de Cortázar, después resultó con que se identificaba más con la Alejandra de Sábato, y últimamente era usted un eco de La Mujer con Sombrero de Silvio Rodríguez y Chagall...

ISABEL.- ¡Yo no soy ninguna de esas tres mujeres!

MARCOS .- Vava, al fin...

ISABEL.- Soy un híbrido entre las tres...

MARCOS.- ¡Acabáramos!

ISABEL.- Soy conflictiva, ¿qué puedo hacer?

MARCOS.- Mire, aquí tiene un ejemplo (señala la fotografia de Roberto Simpson) Mi amigo, mi hermano del alma... Como usted, Roberto era de familia adinerada; como usted, era inteligente, precoz, imaginativo, conflictivo. El también cuestionó un día a su padre. Pero no se detuvo ahí. Roberto cuestionó el mundo, la vida y vio que, en efecto, la cosa andaba mal. Pero no eligió el desencanto. Decidió transformar la vida, luchar hasta vencer o morir en el intento de transformar el mundo, se unió a otros que pensaban lo mismo y...

ISABEL.- Y esos lo mataron.

MARCOS.- ¡Isabel!

ISABEL.- Conozco esa historia. A Roberto Simpson lo mataron sus propios compañeros. Lo acusaron de traición y lo fusilaron sumariamente ¿Este Roberto que usted me pone como ejemplo era un sembrador de nuevos y hermosos tomates? ¡Un vil traidor era!... Según



sus propios compañeros.

MARCOS .- ¡Eso no es cierto!

ISABEL.- Entonces los traidores son los que lo mataron, esos sembradores de nuevos y hermosos tomates con los que usted colabora ¿A esta clase de gente me pone usted como ejemplo? ¿Estos fanáticos que se matan entre sí son los que usted reivindica como redentores de la humanidad?

MARCOS.- Yo...

ISABEL.- ¿Para esa pandilla de criminales es que trabaja usted? ¡Salvadores del pueblo, redentores de la humanidad! ¡Matarifes es lo que son, frustados, castrados, dementes... asesinos!

MARCOS.- No, Isabel, no...

ISABEL.-¿Qué se cree esa gente? ¿Creen que leer dos manuales de Martha Harnecker y otros dos de Nikitín les da derecho de ir por ahí matando a cualquiera? ¡Todos esos estúpidos harían mejor si fueran al psicoanalista! ¡Y lo mismo digo de su famoso Roberto! Cuando lo mataron, ¿andaba por ventura en un convento de franciscanos? No, señor, andaba con la guerilla, y quién sabe a cuántos habrá matado él mismo... ¿Estos son sus héroes?

MARCOS.- Yo...

ISABEL.- ¡Redentores de la humanidad! Y, claro, nadie puede decirles nada porque, aunque maten y sigan matando a otros Robertos, ellos son héroes. Y si alguien se opone no hay más que pegarle un tiro en la cabeza ¿no? ¡En el psiquiátrico deberían estar todos esos héroes de pacotilla! Y usted, Marcos, ¿usted defiende a esos que fusilaron sumariamente a su gran amigo Roberto?

MARCOS.- Yo...

ISABEL.- Marcos... Marcos... A mí no me importa esa gente ni sus traumas. El amor a la humanidad es pura abstracción. El amor tiene que ser concreto... Usted no se da cuenta, no percibe que yo... ¡Yo lo amo, Marcos! No se cómo ni por qué, pero yo estoy enamorada de usted. Lo amo...

V

Marcos entra agitado y coloca un caset en la grabadora. Marcela graba el mensaje que Marcos escucha.

MARCELA.- Uno-uno, dos-dos, tres-tres, cuatro-cuatro, cerocero... Laguna, febrero 28, 1984. Poeta: espero que todos por ahí se encuentren bien. El viaje de los parientes se nos retrasó, así es que llegarán entre el 2 y 4 del próximo mes. Sería bueno que usted vaya adelantando las cuestiones de alojamiento, contactos y actividades de prensa. Con ellos le mando una serie de instructivos en relación a las



finanzas y a otros planes que nos urge impulsar. También le mando un informe político y un balance militar. A la conferencia no le veo problema. Claro que no sería prudente tocar puntos conflictivos, de manera que no se salga del aspecto literario. Eso sería todo, poeta. Cuídese y salude a los compañeros. Revolución o muerte. Marcela.

MARCOS.- (Monologando) No, eso no es posible. Ya me imagino: "profesor Ramírez, dice usted que Simpson fue un intelectual revolucionario. Sin embargo, sabemos que fue ejecutado precisamente por una organización revolucionaria, la cual lo acusó de trabajar para la CIA". Y qué respondo vo, Marcelita? Pues verá usted, joven, ejem, esa misma organización reconoció después que lo de Simpson fue un error... "Ah, o sea, profesor, que vo lo mato a usted, después digo que fue un error y santas pascuas". Oh, mon Dieu... "Y eso no es lo más grave, profesor. Esa organización publicó un documento en el que afirma que, en efecto, la ejecución de Simpson fue un error en la medida que no podían probar que Simpson sirviera a la CIA. Pero que, en todo caso, Simpson siempre fue un elemento dañino para la revolución, un liberal, pequeño burgués aventurero, intelectualista, maniobrero, foquista, caudillista... Y todavía más, profesor. Usted fue un gran amigo de Simpson; cuando se anunció su ejecución, usted condenó a sus ejecutores, los llamó chacales, ¿recuerda? ¿Cómo nos explicamos que ahora usted sea, en este país, el representante oficial de esos que usted mismo llamó ¿chacales?..." Imposible, imposible... ¿Y si...? No...¿Por qué no? ¡Ahora o nunca!

Coloca un nuevo caset en la grabadora.

MARCOS.- (Grabando) Marcela (borra y corrige) Compañera comandante: es imposible no aludir al asesinato (borra y corrige) a la muerte de Roberto (borra y corrige) a lo que pasó entre la organización y Roberto. Es verdad que él cometió errores, pero la organización no andaba menos descaminada en aquel tiempo ¿Por qué, entonces, descargar en Roberto, ahora que está muerto, toda la podredumbre que había en la organización? Si va el haberlo fusilado sumariamente fuc una infamia, ¿qué no será el haberlo convertido, además, en un chivo expiatorio? (Detiene la grahadora. Reflexiona. Borra y corrige) Lo que pasó entre la organización y Roberto. Ustedes mismos han reconocido que en aquellos momentos había alguna inmadurez en la organización. Ahora todo ha cambiado: la organización ha demostrado su consecuencia con los intereses históricos del pueblo. Esto es innegable, tanto más cuanto que se puede demostrar en la conducción de una guerra heroica y exitosa. Por eso mismo creo que la situación entre la organización y Roberto es absurda: ustedes estigmatizan a éste, y éste es una mancha sobre el prestigio de ustedes. Roberto viene a ser el talón de Aquiles de la organización. Roberto se ha convertido en un símbolo revolucionario querrámoslo o no. Creo, pues, que más que necesario



sería provechoso que ustedes reivindiquen a Roberto de una buena vez. Con ello saldríamos ganando todos y, en definitiva, la revolución. Sólo eso, comandante. El poeta.

Está excitado y se pasea murmurando por lo bajo. De pronto se vuelve y encara la fotografia de Roberto. La mira altivo, con aire triunfal.

MARCOS.- (A la fotografía) ¡Ha llegado el momento de tu gran reivindicación, hermano. Tu nombre va a brillar alto y más alto todavía!

Ejecuta una cabriola, se le resiente el tobillo. Sale cojeando pero feliz.

VI

El departamento está a oscuras. Sólo el resplandor de un lejano neón se cuela, temue, por la ventana entreabierta. Entran Marcos e Isabel tomados de la mano. Marcos enciende una vela y pone un disco: una melodía lenta. Bailan estrechamente, casi sin moverse. Van hacia la cama.

MARCOS.- Soy el hombre más feliz del mundo.

ISABEL.- El mundo es este momento.

MARCOS.- Este momento preñado de esperanza y futuro.

ISABEL.- No. Sólo este momento.

MARCOS.- El mundo seguirá girando, la vida continúa. El poema del universo es infinito...

ISABEL.- ¿Y si llueve? (Esta frase repercute en ecos)

VII

Marcela graba el mensaje que Marcos escucha.

MARCELA.- Marzo 4, 1984. Laguna...

Entra un mensajero. Marcela detiene la grabadora.

MENSAJERO.- Capturaron a Leo y a Violeta.

MARCELA.- ¿Se sabe si los están torturando?

MENSAJERO.- La gente de inteligencia piensa que no. Parece que quieren negociar: nos van a proponer la libertad de los compañeros si paramos la línea de sabotajes. Quieren una tregua.

MARCELA.- Por lo pronto que evacuen inmediatamente todas las estructuras urbanas. Que se redoble la seguridad de los cuadros, y que la gente de propaganda comience a presionar. Si proponen un negociador que se acepte de inmediato. Manténgame informada. Es todo.



El mensajero sale. Marcela vuelve a la grabadora.

MARCELA, Mire, poeta, hemos evaluado el trabajo de nuestras representaciones internacionales, y creemos que ustedes han aflojado bastante. La línea de publicaciones no ha caminado; la proyección de nuestros cuadros, tampoco; la relación con el PS se ha deteriorado. Tenemos informes sobre actitudes imprudentes que ustedes han asumido frente a los aliados y, sobre todo, de cierto liberalismo totalmente reñido con la conducta partidaria. Consideramos que ahí se está gestando un problema fundamentalmente ideológico...

Entra el mensajero. Marcela detiene la grabadora.

MENSAJERO.- Otro reporte. Los capturados son cinco: los dos compañeros que ya le dije y... Media hora después allanaron la casa de la familia de usted, comandante. Secuestraron a su papá y a su mamá, también a su hermana menor...

MARCELA.- No hay cambios en la orden. Siga manteniéndome informada. Es todo.

El mensajero sale. Marcela vuelve a la grabadora.

MARCELA.- Le decía que ahí hay un problema ideológico. No se puede bajar la guardia cuando los compañeros combatientes se sacrifican aún más. La lucha demanda el máximo de disposición. Eso tiene que expresarse en el cumplimiento efectivo de tareas concretas, y no en polémicas inútiles. Nosotros valoramos la importancia de su actividad cultural. Pero es claro que cuando todas nuestras fuerzas militares se encuentran en tensión estratégica, se nos impone una estricta jerarquización de tareas. Somos una organización revolucionaria y estamos en guerra: no somos un ministerio de cultura. Es la guerra y sus necesidades el centro de nuestra actividad. No podemos permitirnos la dispersión. Nada. absolutamente nada es más importante que nuestro compromiso revolucionario...

Entra el mensajero. Marcela detiene la grabadora.

MENSAJERO.- Ya hay contacto. El mediador será un funcionario de la Cruz Roja Internacional que ya viene en camino.

MARCELA.- Correcto. Eso es todo.

El mensajero sale. Marcela regresa a la grabadora.

MARCELA.- Con relación a la conferencia debo aclararle algunas cosas, poeta. El prestigio de nuestra organización está arraigado en el pueblo, está cimentado en nuestra lucha diaria, en la sangre de nuestros héroes y mártires; no depende de reivindicar o no reivindicar a individuos. No nos preocupa satisfacer la curiosidad o el morbo de estudiantes, periodistas y poetas o políticos de cafetín. Nuestro objetivo es la liberación mediante la lucha revolucionaria, y eso es lo que estamos haciendo. Con esto queremos hacerle una llamada a la reflexión y una crítica severa pero fraterna... En los próximos días, no le puedo precisar cuándo, llegará por ahí un compañero con una misión



absolutamente compartimentada. Nadie debe conocer su presencia en París. La contraseña que utilizará es "Piña y Manzana"... Revolución o muerte. Comandante Marcela, responsable de asuntos internacionales.

Marcos sale deprimido. Entra el mensajero acompañado por el mediador, quien entrega unos documentos a Marcela.

MARCELA.- (Al mensajero) Espere afuera.

El mensajero sale.

MARCELA.- ¿Cuál es la propuesta?

MEDIADOR.-Los dos guerrilleros y su familia hasta ahora están bien. Me han llevado a verlos y pude atestiguar que no los hangolpeado. Para que sean liberados, ustedes tienen una semana de plazo para girar una orden general y pública a todas las fuerzas guerrilleras, en el sentido de parar el sabotaje económico. Si esto no sucede van a matar a los secuestrados, pero antes, y esto lo señalaron especialmente, los van a torturar de un modo... Bueno usted sabe como lo hacen. Los van a... a...

MARCELA.- Es lo que siempre han hecho ¿Cuánto se tardará usted en reanudar el contacto con ellos?

MEDIADOR. - Tres o cuatro horas.

MARCELA. - Bien. Esta es nuestra respuesta: Nuestra organización les da 24 horas, a partir de las cero horas de hoy, para que los capturados sean liberados en perfecto estado de salud. Dígales que, hasta el momento, solo hemos destinado el 20 por ciento de nuestras tropas a las operaciones de sabotaje. Si no liberan a esa gente en el plazo estipulado, vamos a destinar la totalidad de nuestras fuerzas y operaciones, en una campaña de duración indefinida, al sabotaje económico total...

MEDIADOR - Pero...

MARCELA.- No hay peros. Esta es nuestra última palabra. Dígales también que no pierdan el tiempo regateando plazos. No aceptamos más negociaciones. Eso es todo.

MEDIADOR.- No comprendo. Usted no está negociando sino amenazándolos. Ellos matarán a sus padres, dos ancianos inocentes; y a su hermanita, casi una niña, la van... la van a...

MARCELA - Esto es el precio de la revolución. En esta guerra han muerto miles de personas humildes que no eran familiares de comandantes. No podemos hacer excepciones. Aquí no hay privilegios. Dígales que no se equivoquen: si ellos nos golpean el corazón, nosotros vamos a golpearles el bosillo, y ellos tienen más bolsillo que corazón...

MEDIADOR. - Pero...

MARCELA.- Exactamente 24 horas para poner a nuestra gente en libertad. Eso es todo.

MEDIADOR. - Permítame...



MARCELA.- Es todo.

VIII

Entra Marcos completamente borracho.

MARCOS.- (Cantando) Se cayó la palma del coco, se cayó la palma del coco, estaba soplando viento y cayó la linda palma del coco (deja de cantar) ¡Oué van a saber estos franchutes lo que es un coco! Ay si: cocó. Me gregala un peti cocó pogr favogr ¡Psch! ¡Franchutes maricones! Lo afirmo, lo firmo y lo confirmo ¿y qué? (Cantando) Cangrejito playero, firu firu, que te vas para el río, firu firu (deja de cantar); Que me traigan un mi tragaluz de guaro macho y vamos a ver cuál es el toro que más mea! (cantando) Canasún gananá, canasún gananá, canasún, canasún, canasún gananá, mi tío Chepe y Paco, tres con mi tía Deysi v la otra es mi mamá... (deja de cantar) ¡Qué Marsellesas ni qué carambadas! ¡Canasún gananá! Esa es cancioncita que me somata las arganillas del corazón... Ah, chis, ¿y vo qué hice el trago, pues? ¡Ya me lo bajaron estos franchutes cacomixtles! Descartes ¡Gran filósofo! Pensevú, existevú, tururú-tururú... ¡Filósofo de a centavo, vago, perdulario, hombre sin oficio ni beneficio! Más filósofo era don Calulo, el papá de una mi novia, allá en el barrio de Tacachico. Don Calulo se echaba un trago, contemplaba el firmamento en lontananza, agarraba talle de Aristóteles e ipsofactamente sentenciaba: "Hombré, atenéte al santo y no te subás al palo, ya está cerquita el apocalicsis, que le dicen". ¡Esa es filosofia, no chingaderas! (Se dirige a la fotografia) Y vos, narizón jodido, peje espada, ¿no querés un tu triquis? (cantando) Canasún gananá, canasún... (deja de cantar) No. si sos la pura mar v sus conchas vos, las tres piedras y un rubí, que le dicen... Pero mejor callémonos, baboso, shhh shhh, no vava a ser que le demos mala impresión a los aliados, shhh shh... Canasún gananá, canasún... Pues ya te digo. Roberto, lo que es a mí: nevermente za cuenta de qué, decime a ver? Porque dejémonos de pendejadas, Roberto, la verdad es que es verdad: no somos más que pinches poetivas del país más pilishne del mundo, ingrimos, calenturientos y con un gran frío en el alma, ¿decí que no? (cantando) Es tan bea, tan bea, tan bea, es tan bea como una estrea... Y vo dónde puse la botea, la botea cambea y varea (deja de cantar) Pero ellos al menos se juegan la vida: no es cualquier jalada andar de guerrillero para arriba y para abajo con tarnaño fusilón en la espalda... Bueno, Roberto, vos lo sabés porque ahí anduviste. O sea que también sos un gran talegonazo... Canasún gananá... Ultimadamente que el pleito es entre ustedes que son colegas y se entienden ¡Qué me ando metiendo yo! Yo no he peleado ni a paragüazos en las graderías del estadio... Yo no ... Yo soy un tomate







podrido que hay que mandar al carajo, yo... Es tan bea, tan bea, tan bea...

Se deja caer en el sillón.

IX

Tocan la puerta. Marcos se sobresalta y se esfuerza por disimular la borrachera. No bien ha abierto la puerta cuando, sin que medien palabras, un individuo se introduce a la sala y, sin más, se dirige a la alacena, se sirve un trago de vino y lo saborea con ostentación. Viste un grueso y largo abrigo. Unos lentes oscuros y el sombrero ladeado le cubren buena parte del rostro. Carga una maleta.

MARCOS - B-bon muit ¿Qui crerchez-vous? ¿Qu'est ce que vous desirez?

El desconocido no responde. Indiferente, busca algo de comer en la alacena y comienza a prepararse un bocadillo.

MARCOS.- Pardón ¿Qu'est-ce que vous faites? ¡Parlez!

Por toda respuesta, el desconocido le coloca un vaso de vino en la mano y, como si nada, continúa comiendo con aplicación.

MARCOS,- ¡Parlez s'il vous plait!

DESCONOCIDO.- Salsa.

MARCOS.- ¿Quoi?

DESCONOCIDO. - Salsa de tomate.

MARCOS.- ¿Salsa de tomate?

DESCONOCIDO. - Sí, hombre, salsita, ¿dónde está?

MARCOS.- Ahí.

DESCONOCIDO.- ¡Traémela pues!

Marcos reacciona maquinalmente, luego se queda pasmado frente al hombre. De pronto reacciona:

MARCOS.- ¡Un instant! ¿Quién es usted, qué quiere? ¡Arreté! ¡Va! Esto es un abuso.

El desconocido se vuelve de repente y camina hacia Marcos, éste retrocede, el desconocido avanza.

MARCOS.- (Acorralado contra la pared y en un hilo de voz) i.Qué?

DESCONOCIDO. - ¿No hay más vino?

MARCOS.- No...

El desconocido le arrebata elvaso que Marcos aún lleva en la mano, y bebe.

DESCONOCIDO.- Mirá, ahora es muy tarde y voy a dormir. Pero antes quiero advertirte dos cosas: uno, no hagás ruido; dos, no se te vaya



ocurrir apagar la luz ¿Está claro?

Ante el estupor de Marcos, el desconocido se tiende en la cama y se acomoda plácidamente. Al acercarse, Marcos tropieza con una silla.

DESCONOCIDO.- ¡Sho!

MARCOS.- Es que yo...

DESCONOCIDO. - ¡Silencio!

MARCOS.- Pero es que yo...

DESCONOCIDO.- ...ta madre. Andá acostate mejor, ya ni vos solo te reconocés.

MARCOS.-¡Esta es mi casa y yo me acuesto a la hora que me da la gana! ¡Yo no lo conozco a usted! ¡Váyase inmediatamente! ¡Voy a llamar a la policía! ¡No, yo mismo lo puedo echar a patadas!

Y, diciendo y haciendo, se avalanza contra el desconocido, pero no le ha puesto aún las manos encima cuando ya éste, saltando ágilmente, lo toma de un brazo, se lo retuerce por la espalda, y lo empuja contra la pared. Luego procede a registrarlo con el característico estilo policial.

DESCONOCIDO. - Quietecito, cabrón. Ya vas a saber quién soy yo y qué es lo que busco.

MARCOS.- ¿E-es usted policía?

DESCONOCIDO.- ¡Aquí las preguntas las hago yo, pendejo!

MARCOS.- Mire, señor, yo le puedo mostrar mis documentos, yo...

DESCONOCIDO.- ¡No te volvás!

MARCOS.- Pero es que...

DESCONOCIDO.-¡Que te callés te estoy diciendo! ¿Y qué es esa tembladera que te tenés? ¿No que muy patria o muerte? ¡Para andar hablando y escribiendo babosadas serás bueno, carajada!

MARCOS.- Déjeme que le explique, señor, yo soy profesor universitario y padezco de la presión.

DESCONOCIDO.- Y vo sov Fidel Castro y tengo sida, güey.

MARCOS.- Pero escuche, señor...

DESCONOCIDO.- ¡Hombre! ¿Vos no entendés o querés que te haga entender a puros madrazos? ¿Ah?

Marcos guarda silencio. El desconocido abre su maleta y comienza a colocar displicentemente su ropa en el closet.

MARCOS.- Señor...

DESCONOCIDO. - ¿Estás rezando o me hablás a mí?

MARCOS.- No, a usted le digo... ¿Puedo ir al baño?

DESCONOCIDO.- ¡No! Y esto que sólo dos gritos te he pegado.

Por cierto que ya platicamos bastante. Ahora a cantar pajarito...

MARCOS.-Yo... yo no soy un traidor. Yo... yo no voy a hablar... Tortúreme... Máteme si quiere, pero de mí no va a sacar nada... ¡Viva



el Partido! ¡Viva la Revolución!

DESCONOCIDO. - Ah, conque te querés poner muy machito. Ya vamos a ver si es cierto... ¿Dónde está Juan?

MARCOS.- ¿Juan?

DESCONOCIDO. - ¡Sí, animal, Juan!

MARCOS.- ¿Cuál Juan?

DESCONOCIDO - ¡El que te cogió en el zaguán!

Marcos se vuelve repentinamente, pero el desconocido, más enérgico aún, lanza una nueva pregunta.

DESCONOCIDO. - ¿Y Andrés?

MARCOS.- ¡Usted se está burlando de mí!

DESCONOCIDO .- ¡Andrés!

MARCOS .- ¡Yo no conozco a ningún Andrés!

DESCONOCIDO. - Entonces agachate y me la mordés.

MARCOS .- ¡Usted está loco!

DESCONOCIDO.- (Cambiando completamente su actitud) Es que allá me trataban muy mal, señor. Todo el santo día era cosa de estarme molestando. Me ponían electrochoques, me golpeaban...

MARCOS.- ¿Cómo? Entonces usted...

DESCONOCIDO. - Ay, me siento mal... Ay, ay, ay...

MARCOS.- ¿Qué... qué le sucede?

DESCONOCIDO.- Me ducle la rabadilla, así me hace la cabeza, se me engrifan las canillas... Ay, ay, ay...

MARCOS.- Cálmese... Yo lo voy a ayudar.

DESCONOCIDO.- No, usted no me quiere. Como soy loquito nadie me quiere...

MARCOS.- Sí, sí. Yo lo quiero.

DESCONOCIDO.- ¿Mucho?

MARCOS.- Sí, mucho.

DESCONOCIDO.- ¿Mucho, mucho, mucho?

MARCOS.-Sí...

DESCONOCIDO. - Deme un besito, pues...

MARCOS.-Y... ¿en qué es que consiste su enfermedad, pues?

DESCONOCIDO.- ¡Me da por atacar a la gente! Desafortunadamente soy un insensato, señor. No puedo controlarme. Pero los muertos me pesan, me atormentan...

MARCOS.- L-los muertos, ¿cuáles muertos?

DESCONOCIDO.- Es que yo entro a las casas y asusto a la gente. Me hago pasar por cualquier cosa, pero al final siempre descubren que no soy más que un pobre demente... Entonces cuento mis penas, se compadecen de mí, me preguntan en qué consiste mi enfermedad, lo explico y...

MARCOS.- ¿**¥**qué?

DESCONOCIDO.- Avanzo lentamente hacia el preguntón. La



mirada me centellea. El cuerpo se me sacude como en un trance orgásmico. Los bajos instintos se posesionan de mí. Entonces... ¡Ta-ta-ta-tan! ¡Me transformo en Klaus Kinski, digo, en Nosferatu!

MARCOS.- ¡Usted está completamente loco!

DESCONOCIDO.- (Cambiando otra vez su actitud) Ningún loco, señor. Soy un actor, un actor teatral.

MARCOS.- ¿Un actor?

DESCONOCIDO.- Eso mismo. Pero cálmese, mi misión ya está cumplida.

MARCOS.- ¿Su misión?

DESCONOCIDO.- Lo he despertado en el sentido ontológico de la palabra.

MARCOS.-¡Lo que usted ha estado es a punto de matarme de un susto! Su teatro no me parece nada divertido...

DESCONOCIDO.- ¿Divertir? Vamos, señor mío, eso es un anacronismo ¡Ahora se precisa vida y verdad! Lo brutal-espontáneo como elemento generador de reacciones profundas ¡El teatro no es eso que espera pasivo en un escenario. esa promiscuidad convencional y conformista! ¡El teatro debe salir a la calle y tomar por asalto al público! ¡Queremos salvar al hombre!

MARCOS - Oiga...

DESCONOCIDO.- Sí, que oiga y vea sensorializando las hipóstasis volátiles de la escencia; es decir, la escencia hipostásica volatilizada.

MARCOS.- Sí, está bien, pero...

DESCONOCIDO - Queremos reintregrarle al hombre su totalidad, rescatar el sentido primigenio de su ritualidad ancestral...

MARCOS.- ¡Escúcheme un momento!

DESCONOCIDO.-¿Ha estudiado usted a Bataille o a Foucault? MARCOS.- Lo que yo le quiero decir...

DESCONOCIDO - ¿Decir? ¿Qué decía yo? ¡Ah, sí! Pretendemos quebrar la cotidianidad banalizante, desmitificar la cultura libresca e intelectualizante, todas esas ámpulas retóricas, dinamitar las bases mismas del poder, vamos, del stablishment...

MARCOS.- ¿Pero es que nunca va a terminar?

DESCONOCIDO.- ¡Terminar! ¡Perfecto! Veo que estamos de acuerdo. Terminar de una vez por todas con ese malabarismo retórico de Shakespeare y sus secuaces, ese palabrerío vacuo que tanto encandila al decadente hombre occidental... ¿Ha leído usted a Eugenio Barba?

MARCOS.- Escúcheme por favor...

DESCONOCIDO - Tiene usted razón. El Poder nunca nos dará nada por favor. Eso bien lo vislumbró Wilhelm Reich al teorizar sobre la plaga emocional... Y creo que también Foucault en su estudio sobre



la microfisica del Poder...

MARCOS.-; Esto es un abuso!

DESCONOCIDO.-¿Los rusos? ¿Stanislavski, Dánchenko? Bazofia, señor. Puras pirotecnias tecnicistas que nada tienen que ver con la vida. Nosotros, en cambio, nos pronunciamos por una serie de principios vitales. Es decir, principios direccionados a lo intrínseco o, mejor dicho, concomitantes a una praxis de la subrealidad, por ejemplo lo que subyace o, mejor aún, relativiza los parámetros dimensionables en lo ético-conciencial. Resumiendo...

MARCOS.- ¿Qué putas es lo que usted quiere?

DESCONOCIDO.- A eso voy, pero es que usted no me ha dejado hablar. Pues, amable señor mío, queremos un mundo más justo y robusto, más bueno y sereno, más hecho, derecho y amplio de pecho. En fin, un mundo más mondo y lirondo... y hasta con músicas de fondo...

Marcos ha tomado su bastón y avanza amenazadoramente hacia el desconocido.

DESCONOCIDO. - Espere, le ruego que no se altere.

MARCOS.- ¡Nada, mi paciencia ya está agotada!

DESCONOCIDO.- Como le dijeron los croatas a los servios: controle sus nervios

MARCOS.- ¡Déjeme que le ponga la mano!

DESCONOCIDO.- Eso le dijo un tirio a un troyano.

MARCOS.- (Acorralando al desconocido contra la pared) ¡Te agarré, cabrón!

DESCONOCIDO.- Yo transito por los caminos del desarme, la coexistencia pacífica y la distensión...

El desconocido se despoja rápidamente del sombrero, los lentes y el abrigo; extiende triunfalmente los brazos hacia Marcos.

MARCOS.- ¡No!

DESCONOCIDO.- ¡Sí!

MARCOS- No puede ser. Debo estar soñando, o loco ¡Ay, Dios mío, no vuelvo a beber!

DESCONOCIDO.- Vaya, babosada, que feyo te agarró.

MARCOS.- ¡Cruz, cruz, yo te conjuro!

DESCONOCIDO. - Má, maje.

MARCOS.- Pero es que no puede ser ¡Vos sos Roberto!

ROBERTO.- ¡Marcos!

MARCOS.- ¡Pero si vos te moriste!

ROBERTO. - ¿Me morí?

MARCOS.- Bueno... Pasó lo que pasó...

ROBERTO.- Es que...

MARCOS.- ¿Y el gran lío que se armó, el tiempo que desapareciste?



ROBERTO.- Pues sí, es que...

MARCOS.- ¡Ya cai! ¡Claro!... ¡Roberto, hermano!

ROBERTO.- Marcos, ¿ya entendiste de lo que se trata?

MARCOS.- ¡Piña y manzana! ¡Genialísimo! La conferencia, se enoja Marcela, va a llegar un compañero... Sí, ahora lo veo claro...

ROBERTO.- ¿Qué ves claro?

MARCOS .- ¡La maniobra!

ROBERTO.- ¿Cual maniobra?

MARCOS.-¡Qué excelente jugada! Y yo dudando de la organización ¡Soy un imbécil! ¡Qué tomates podridos ni qué tomates podridos! Se arma el gran escándalo y todos te creemos muerto. Especialmente el enemigo ¿no? O sea que ya estás aut y, claro, un cadáver es inofensivo. El enemigo cierra tu expediente y, mientras tanto, vos andás haciendo tus asuntillos ¿no?, trabajillos de inteligencia supongo... Esperá que te conozca Isabel...

ROBERTO.- No, Marcos, mirá...

MARCOS.- Ya sé: top secret, ya sé. Es que estoy emocionado...

ROBERTO.- Marcos, dejame decirte...

MARCOS.- ¡Las 5 y media! A las 6 tengo que recoger a unos periodistas en el aeropuerto ¿Por qué no te echás un sueñito mientras yo regreso? Descansá. Venís todo pálido-pálido como si fueras ánima en pena. Dormí, hermano, ya regreso. Dormí...

Marcos apaga la luz

ROBERTO.- (Reincorporándose de un salto y encendiendo la luz) ¡No! ¡Nunca me hagás eso! ¡Nunca!

MARCOS.- ¿Qué no te haga qué?

ROBERTO.- ¡La luz... Nunca me apagués la luz!

MARCOS.- Bueno, pues, pero no es para tanto... Ya regreso.

Marcos sale. Roberto se acuesta.

X

En la sala no hay nadie. Sólo se escucha la voz de Roberto que canta mientras se baña. Entra Isabel y llama repetidas veces a Marcos, pero al no recibir respuesta se sienta a esperarlo. Roberto continúa cantando. Isabel lee. Entra Marcos cargado de bolsas con víveres, no repara en Isabel.

MARCOS.- ¡Ya vine, Roberto. Traje unas botellitas para celebrar!

ISABEL.- (Extrañada) Hola, Marcos.

MARCOS.- ¡Isabel! ¿Qué hacés aquí? ¿Cómo entraste?

ISABEL.- La puerta estaba entreabierta.

ROBERTO.- (Desde el baño) ¿Ya llegaste, Marcos?



ISABEL.- ¿Marcos?

MARCOS.- E-es un amigo (A Roberto) Sí, ya llegué.

ISABEL.- ¿Qué pasa?

MARCOS.- N-nada...

Entra Roberto y se queda detrás de Isabel. Marcos, sobresaltado y esforzándose por no ser obvio, indica con gestos a Roberto que se marche.

MARCOS.- (A Isabel, justificándose) Je, je, ¿viste como vuelan los pajaritos?

Simula el vuelo de un pájaro con las manos, pero el mismo movimiento indica a Roberto que se marche.

ISABEL.- Marcos ¿te sientes bien?... Bueno, vine por Roberto.

MARCOS.- (Dando un respingo) ¿Por Roberto?

ISABEL.- Por los libros de Roberto que me prestaste. No sé, me confunden. Yo esperaba el eterno discurso moralista y maniqueo de los poetas de izquierda, ya sabes, ese inverso Hollywood que infinitamente reitera Benedetti: Pedros absolutamente buenos y capitanes absolutamente malos. Roberto es distinto: más fresco y a la vez más profundo. Es terriblemente seductor. Me hace pensar que a lo mejor yo estoy equivocada, que en realidad la guerrilla... En fin. También te quiero preguntar el significado de algunas palabras.

Marcos aprovecha que Isabel se inclina sobre el libro para volver con sus señales a Roberto. Isabel alza la cabeza sorpresivamente y descubre a Marcos en plena comunicación mímica.

MARCOS.- Je, je... ¿Sabés? Hago ejercicios para las muñecas. El ejercicio es una gran cosa. ¿vos no corrés?

ISABEL.- No, pero me doy cuenta cuando a alguien le pasa algo extraño.

Roberto se encoge de hombros y sale. Marcos suspira aliviado.

MARCOS.- ¿Qué me decías, que no entendías qué?

ISABEL.- A ti no te entiendo... Bueno, dejemos eso. Decía que no entiendo algunas palabras que usa Roberto... ¿Estás seguro de que te sientes bien?

MARCOS.- Sí. Sólo estoy un poco nervioso.

ISABEL.-¿Por qué no duermes un poco? Yo puedo regresar más tarde.

MARCOS.- Creo que será mejor.

Roberto vuelve a entrar en el preciso instante en que Isabel se levanta.

MARCOS.- (Atropellándose) ¡Isabel, Isabel... sentate! Mirá, ejem, mejor hablamos de una vez ¿Qué palabras me decías?

ISABEL.- Déjame ver... "Guáshpiras", por ejemplo.

MARCOS.- Bueno, es que Roberto utilizaba giros populares. El manejaba mucho lo coloquial. El decía: "Mejor te jueras, baboso, no







vaya ser que te mirújien". Je, je. Eso quiere decir "mejor vete, te pueden ver", ¿Ves?

Roberto sonrie burlonamente.

MARCOS.- Hay otros ejemplos: "te estoy diciendo, Rosendo, que te vayás, caifás ¿Me explico, Federico, o no me comprendes, Méndez?"

Roberto se acerca maliciosamente a Isabel, siempre por atrás, y le huele el pelo.

MARCOS .- ¿Qué te pasa, gasa? ¡No la toqués Andrés!

Roberto acaricia los hombros de Isabel, ésta no parece darse cuenta y escucha estupefacta a Marcos.

MARCOS.-¡Hey, hey, hey! ¡Te estás pasando, Rolando; Esterina es mi múcura!

ISABEL.- Marcos, ¿qué sentido tiene todo esto?

Roberto ha pasado de los hombros al cuello de Isabel, sus manos bordean ya la zona próxima a los senos.

MARCOS.- (Indignado) ¡Jugá con el santo, pero no con la limosna!... ¡Que la dejés te estoy diciendo!

Roberto, afanado, no repara en los gritos de Marcos.

MARCOS.- ¡Soltala... soltala!

ISABEL!- Pero, Marcos, ¿qué te pasa?

MARCOS.- ¡Vos callate! ¿Por qué te dejás?

ISABEL.- ¿Me dejo qué? No entiendo...

MARCOS.- No entiendo, no entiendo, pero bien que no te quitás de ahí... (A Roberto) Y vos, hijueputiya, aprovechador, te estoy diciendo que la soltés. Dale agua, ya parecés ladilla.

ISABEL.- Estás delirando, Marcos ¿Con quién hablas? Pausa

MARCOS.- Ya caí... Ustedes me quieren tomar el pelo (A Roberto) Esta es otra de tus bromitas ¿no? Pero ya está, pues, soltala.

ISABEL.- ¡Aquí sólo estamos tú y yo, Marcos, no hay nadie más! MARCOS.- ¡Nadie más?

ISABEL.- Nadie.

Pausa.

MARCOS.-Ejem... Disculpame, Isabel, se me pasó la mano. No estoy delirando. Lo que pasa es que estoy escribiendo una obra de teatro, y se me ocurrió medir la intensidad dramática de una escena...

ISABEL.- No comprendo.

MARCOS.- Se trata de un tipo que alucina y ve un espectro insorportablemente burlón. El tipo se abalanza contra el espectro (se abalanza en efecto contra Roberto) Lo toma de la cabeza y lo sacude (sacude a Roberto) Le da unos cuantos sopapos (golpea a Roberto) Luego lo saca a empellones y patadas (saca a Roberto en la forma que ha dicho) Y ahí termina la escena ¿Cómo ves?



ISABEL.- No sé. Me parece extraño. Es mejor que descanses. Yo puedo regresar más tarde. Duerme.

Isabel besa a Marcos y sale.

MARCOS.- (Al público) ¿Ustedes entendieron algo? Quizá todo este embrollo fue un error del dramaturgo ¡Dramaturgo imbécil! Ya no se escriben obras como antes, obras en las que uno podía agarrar talle de Sir Lawrence Olivier y decir clásicamente "ser o no ser..." No, ahora los dramaturgos arman unos batiburillos que ni el mismo diablo podría entender... Pero, ¿qué fue lo que pasó?

Entra Roberto resintiendo aún los golpes.

MARCOS.- Se te pasa la mano con tus bromitas. No atinás. Si no me hago el fuerte, a estas alturas ya le estarías bajando los calzoncitos a la Isabel.

ROBERTO.- Y los trancazos que me diste, que por poquito me desrabadillás, ¿de eso no decís nada?

MARCOS.- Es que vos francamente ya la canteás.

ROBERTO.- ¡Hombré, ni que fuera la Natasha Kinski la niñita esa! Tiene canillas de alambre y menos nalgas que Agustín Lara, que ya es decir...

MARCOS.- ¡Pero es mi novia, maje! Primero le pegas tamaña fajada, y después te ponés a denigrarla.

ROBERTO.- ¡Denigrarla! Ay, si, tú, chuchón: castígame con el látigo del desprecio.

MARCOS.- Ya vas con tus sangronadas. Mejor parale: no vaya a ser que te dé la bienvenida bailándote un jarabe tapatío en el cielo del hocico...

ROBERTO.- Chinchín, pues, no te enojés. O enojate, pero no tanto: te va a doler la muela...

MARCOS.- No se te quita lo venenoso.

ROBERTO.- Y a vos lo solemne.

MARCOS.- ¡Es que vos sos un sinvergüenza!

ROBERTO. - Bueno, si así vamos a estar mejor me voy...

MARCOS.- Es que no me pasa lo de Isabel. Estoy todo alterado....

ROBERTO.- Y, además: "mohíno y melancólico".

MARCOS.- ¡Jodido! "Y, además, encontrábase mohíno y melan cólico el malherido don Quijote". Ya me diste por mi lado. Contestame ésta: "Estrechos son los navíos..."

ROBERTO.- "Estrecho nuestro lecho, y vasta la extensión de las aguas en los cuartos cerrados del deseo. Y tú más casta por estar desnuda, de tus solas manos vestida". Saint John-Perse... Aquí te voy yo: "A lo largo de todo un sórdido..."

MARCOS.- "Lóbrego y pesado día otoñal, a la hora en que las nubes se ciernen agobiosamente bajas en el cielo, encontrábame solo,



a caballo, galopando por los campos vecinos a la mansión de Usher". Edgar Allan Poe.

ROBERTO.- "Demócrito de Abdera...."

MARCOS.- "Se quitó los ojos para pensar, el tiempo y los libros han sido mis Demócritos". El maestrísimo Borges.

ROBERTO.- "¡Angeles y ministros de piedad, amparadnos...!"

MARCOS.- ¡Shakespeare! Escena cuatro del primer acto de Hamlet.

ROBERTO.- ¡Me estás apantallando, jodido!

MARCOS.- Y si me apurás tantito hasta te lo recito de memoria. ROBERTO.- ¿En serio?

Marcos entrega a Roberto el libro de Shakespeare.

MARCOS.- Página 1324. Contestame los parlamentos...

ROBERTO. - Dale.

MARCOS. - (En plan de actor) "¡Angeles y ministros de piedad, amparadnos! ¡Ya seáis un espíritu bienhechor o un genio maldito; ya te circunden auras celestes o ráfagas infernales; sea tu intención benéfica o malvada; quiero hablarte! ¡Oh! ¡No me atormentes con la duda, antes di: ¿por qué tus huesos benditos sepultados en muerte han rasgado tu mortaja? ¿Qué significa el que tú, cuerpo difunto, vuelvas a visitar los pálidos fulgores de la luna?"

ROBERTO.- (Leyendo) "¡Escúchame! Está próxima la hora en que debo restituirme a las sulfúreas y torturantes llamas!"

MARCOS.- "¡Ay, pobre espectro!"

ROBERTO.- (Leyendo) "¡No me compadezcas! Sólo presta profunda atención a lo que voy a revelarte!"

MARCOS.- "Estoy dispuesto a escucharte".

ROBERTO.- (Leyendo) "Así lo estarás a vengarme cuando sepas..."

MARCOS.-"¿Qué?"

ROBERTO.- "Estoy condenado a errar de noche y a alimentar el fuego por el día. De no estarme prohibido descubrir los secretos de mi prisión, te haría un relato cuya más insignificante palabra horrorizaría tu alma, helaría tu sangre..."

MARCOS.- Esperá, Roberto, te estás salteando los versos...

ROBERTO.- (Leyendo) "Y separaría tus compactos y enroscados bucles, poniendo de punta cada uno de tus cabellos como las púas del irritado puercoespín. Pero estos misterios de la eternidad no son para oídos de carne y sangre... Si alguna vez me amaste...".

MARCOS.- Roberto, esperá, te estás salteando los versos... ROBERTO.- (Leyendo) "¡Véngame del infame y monstruoso asesinato!"

MARCOS.- ¡Roberto!

ROBERTO.- (Leyendo) "¡Asesinato infame, como es todo asesi-



nato, pero este es el más infame, horrendo y monstruoso!"

Marcos, confuso, apenas es capaz de resistir la mirada fija con que Roberto parece interrogarlo.

ROBERTO.- Marcos... Amigo... Tu siguiente parlamento es éste: "¡Que lo sepa para que con alas tan veloces como la fantasía o los pensamientos vuele a la venganza!"

Pausa tensa.

ROBERTO.- Marcos... Amigo... ¿Me vas a decir este parlamento?

MARCOS.- Roberto...

Una intensa tristeza asoma a los ojos de Roberto.

MARCOS.- Roberto... Vos sos... vos estás...

ROBERTO.- Sí...

MARCOS.- Un... ¿Un espíritu?

ROBERTO-¡Una sombra! En esto me han convertido... En afiche, en estatua, en palabras, en motivo para discursos, en pretexto para chantajes políticos...

MARCOS.- Roberto...

ROBERTO.- En la sombra que aparece o desaparece según evolucionan o se deterioran las alianzas, las correlaciones de fuerzas...

MARCOS.- Roberto...

ROBERTO.- En un tema de conferencia, personaje de teatro... Porque un cadáver es dócil, Marcos, tan dócil como una bandera, o como un trapito para limpiarse las manos... Y ¿sabés? En realidad me han dejado solo... y tengo frío. Tengo un gran frío y estoy solo, Marcos, muy solo...

XI

En el departamento no hay nadie. Entra Isabel. Tiene una actitud extraña, como de ensimismamiento. Toda la escena es cantada.

ISABEL.- (A la fotografia) Ultimamente en mis noches anda un tropel de demonios y ángeles ciegos luchando en el borde del bien y del mal. En el combate me empujan, me arrastran, ¿qué va a pasar? ¿quién ganará esta batalla mortal? Oigo cantos de sirenas y aullidos atroces y voces llamándome desde el umbral... ¡Ay confusión!

Ir, ¿hacia dónde? ¿Cuándo partir?



CULTURA

¿Cuál horizonte? ¿Cómo el amor? ¡Ya nada sé! Perdida estoy y estoy sola, desnuda y con sed, y tengo miedo, ¿qué va a suceder? Entra Roberto. ROBERTO.- ¡Aires de desolación! Termina un candor. Comienza un camino. Con la gran pregunta en la punta de la pasión nace toda canción. Y por vía de intensidad el fuego en el fuego ha de sucumbir. Sube la cuesta. sólo allá, arriba, está la respuesta. Uno a uno mismo se debe parir... ISABEL.- Aunque tu canto no entiendo me arrastra tu voz... ROBERTO.- Tú lo decides, no yo. ISABEL.- ¡Quiero saber! ROBERTO.- ¿Sabés el precio a pagar? ISABEL.- La intensidad es fugaz, ¿me vas a guiar? ROBERTO. - Soy sólo un sueño, una sombra, un rumor ¡Ah, mi canción! Un golpe acechándola, un largo silencio, un cuchillo feroz en el centro de su corazón... ISABEL.- Todo, pues, ¿fue un error, un equívoco más? ROBERTO. - Para saber hay que ir, hay que estar. De nada sirve hablar y hablar, todo es ceniza si no es incendio voraz ¿Quieres saber? ¿buscas esa verdad? Entre la bala y el beso las vas a encontrar. Puedes quedarte sentada o volar... ISABEL.- Y de tu vuelo, ¿qué quedará?,



¿sólo el beso al principio y la bala al final? ROBERTO.- Otros lo decidirán... Quizá...

XΠ

Roberto lee arrellanado en el sillón. Entra Marcos. Roberto, absorto, no le responde el saludo. Marcos escribe a máquina.

ROBERTO.- ¡Hey, Dostoyevski! ¿Estás escribiendo tu autobiografía?... ¿Llegó la musa?

MARCOS.- ¡Sí, llegó la musa!

ROBERTO.- Pues en lugar de estar emborronando papel, yo...

MARCOS.- ¡Lo que estoy haciendo es importante!

ROBERTO.- ¡Ah, estás escribiendo Los Hermanos Karamazov! MARCOS.- ¡Estoy escribiendo el texto para una conferencia so-

bre tu vida y tu obra!

ROBERTO.- ¿Y mi muerte?

MARCOS.- Bueno, yo...

ROBERTO.- No te hagas bolas, Marcos...

MARCOS - ¡Estoy con la revolución!

ROBERTO.- Mataron a un inocente.

MARCOS.- ¡No!

ROBERTO.- Entonces yo fui el culpable...

MARCOS.- No, tampoco.

ROBERTO.- No te entiendo.

MARCOS.- ¿Qué puedo hacer?

ROBERTO.- Decir la verdad.

MARCOS.- ¡Comprendé, Roberto!

ROBERTO.- ¿Sepultaron mi cadáver?, ¿lo entregaron a mi madre? ¿Por qué creés que ando en pena?

MARCOS.- ¡Roberto!

ROBERTO.- Hipócrita.

MARCOS.- ¡No!

ROBERTO.- ¿Entonces?

MARCOS.- No puedo...

ROBERTO.- Traidor.

MARCOS.- ¡No!

, ROBERTO.- Judas.

Pausa

MARCOS.- Está bien ¿Qué fue lo que pasó? ¿Fuiste la pobre víctima? ¿Ellos son el tigre feroz y vos la blanca palomita? ¡No! ¡Nunca fuiste una perita en dulce, Roberto! ¡Mientras andabas entre las burocracias del comunismo internacional por todo el mundo, y eras la



estrella en cuanto congreso de intelectuales organizaba la izquierda, y chupabas cerveza lo mismo en Praga que en Berlín o Moscú, ¿dónde estaba el tigre? ¡Él tigre era un muchacho de 22 años, pero ya estaba en la lucha!¡Vos hablabas de la revolución hasta por los codos en todo el mundo, pero el tigre ya estaba en la revolución! ¡El tigre ya se movía en la selva como en su propia casa! Vos te fuiste a la selva. Bien ¿Fuiste humilde?, ¿reconociste la autoridad del tigre? ¡No, señor! ¡Conspiraste! ¡Quisiste darle golpe de Estado al tigre! Claro, una estrella como vos no podía resignarse a ser un simple subordinado ¿no? Entonces te aprovechaste de tu extraordinaria cultura política. El tigre no había tenido tiempo de estudiar la teoría de la selva, y por ahí quisiste agarrarlo. Pero se te olvido un detalle: el tigre no conocía la teoría de la selva, pero había vivido en la selva toda su vida...; Ouisiste tocarle las bolas al tigre, y el tigre te ganó la jugada! ¿De quién es la culpa? ¿Mía?, ¿del tigre? Ahora, mientras estás aquí, en París, el tigre está allá, en la selva, luchando... El tigre...

ROBERTO.- El tigre en la selva, luchando, y la tigresa aquí, toda histérica...

MARCOS.- ¡Dejate de ironías baratas!

ROBERTO - ¡Entonces dejate de mariconadas!

MARCOS.- ¡Se acabó, no doy ninguna conferencia!

ROBERTO.- Judas...

Marcos, indignado, apaga la luz.

ROBERTO.- (Cayendo al suelo y gimiendo) No... la luz no... Luz... Luz, por favor... Por piedad... Luz... Luz... Piedad... Luz... Ay...

Marcos enciende la luz. Roberto está pálido, desencajado. Marcos se arrepiente al verlo, se asusta. Roberto se incorpora con dificultad, tambaleándose va hasta el closet, saca su ropa y la acomoda en su maleta.

MARCOS.- ¡Esperá, Roberto! ¿Qué vas a hacer? ¿Dónde vas? Ya en la puerta, Roberto se vuelve y fija su mirada en Marcos. Es una mirada en que se confunde la amargura, la resignación y el desamparo. Abre la puerta y sale.

MARCOS.- (Corriendo hacia la puerta) ¡Roberto... Roberto! Se oyen pasos y voces en el pasillo exterior. Entran de nuevo Marcos y Roberto.

MARCOS.- ¿Te das cuenta? Ese es el problema...

ROBERTO: - Pero no tenés que subestimarte.

MARCOS.- Es la verdad. Duele, pero es la verdad. Soy un fracasado. Marcela gobierna mi vida: ¡soy un fracasado!

ROBERTO.- No seás patético.

MARCOS.- ¡Un fracasado patético!

ROBERTO.- Vos tenés méritos, Marcos ¿Cuántas veces nos







exiliaron juntos, cuantas veces estuvimos presos? Y vos fuiste el que más veces cayó preso: 20, 25 veces... ¿Cuántas carceleadas fueron las tuyas?

MARCOS.- ¡Cuarenta! ¿Qué revolucionario es ese que se deja capturar cuarenta veces? Lo que pasa es que cuando nos caía la policía, todos ustedes se escapaban, sólo a mí me agarraban por pendejo... soy un fracasado... Ah, si hubiese sido guerrillero...¡Ahí es donde está la vida!

ROBERTO.- O sea que en resumidas cuentas vos querés ser guerrillero.

MARCOS.- No te burlés.

ROBERTO.- Hablo en serio ¿Querés o no querés?

MARCOS.- ¿Y qué hago con querer? El asunto es poder.

ROBERTO.- ¿Y vos no podés?

MARCOS.- Tengo úlcera...

ROBERTO.- Y se te sube y se te baja la presión, te duele la muela... ¿caspa no tenés por casualidad? Dejate de pretextos: te pasás la vida conque si la guerrilla aquí, la guerrilla allá, pero a la hora de la verdad salís conque te duele la muela. No te mintás: o te vas a la guerrilla, o te asumís de una vez como...

MARCOS.- ¿Cómo qué?

ROBERTO - Vos sabrás...

Marcos baja la cabeza humillado.

ROBERTO.-Okey, Marcos, vamos a ver: parate... ¡Parate, pues, rápido!

MARCOS.- ¿Para qué?

ROBERTO.- Vos parate y punto (lo toma de los hombros y lo obliga a incorporarse) Bueno, pues, ¡firme! ¡Firme, te estoy, diciendo, firme! ¡Sacá el pecho! Eso es ¡Las manos en la costura de los pantalones! ¡Erguido... erguido! ¡Vamos a empezar con un trotecito estacionario! ¡Vamos! ¡Uno!... Trotando, trotando...¡Dos!... ¡Más arriba esas piernas!... ¡Tres!... ¡Más alto esas rodillas!... ¡Uno!... ¡Vamos, abuelitos, muévanse momias, vamos!... ¡Dos!

MARCOS .- (Sin aliento) Roberto ...

ROBERTO.- ¡Para hablar en formación se levanta la mano y se dice: "compañero jefe, permiso para hablar"... Siga trotando...

MARCOS.- (Levantando la mano) Compañero jefe, permiso para hablar...

ROBERTO.- ¡No, no hay permiso! ¡Siga trotando!

MARCOS.- Ya no aguanto, Roberto... Ya no aguanto...

Marcos se va a sentar.

ROBERTO.- ¡Eso no se hace nunca!

MARCOS.- Es que ya no aguanto...

ROBERTO. - ¿Te rajás?... ¿Te rajás?... ¿Te rajás?



MARCOS.- Sigamos.

ROBERTO.- ¡A formar!

Marcos corre a formar.

ROBERTO.- ¡Firmes! Izquierrr... dá! No, no, no. Hay una voz preventiva y otra voz ejecutiva: izquierrr... Esa es la voz preventiva. El giro se ejecuta al escuchar la voz ejecutiva: dá ¿Entendido? A ver: ¡Izquierrr... dá!... Eso es... ¿Dereeee... chá! ¡Bien!... ¡Mediaaa... Vuelt!... ¡Peeeer... fecto!... No, hombre, perfecto no es orden de giro!... Ahora vamos con las sentadillas... Uno, dos, tres, cuatro... ¡Vamos, vamos! ¡Un trotecito para descansar! Uno... Dos... ¡Cuerpo a tierra!... ¡Arriba!... ¡Cuerpo a tierra!... ¡Arriba!... ¡Busos, busos con esos reflejos! ¡No se paren, sigan trotando!

Marcos no da más. Hace un esfuerzo supremo para seguir, pero es evidente que ya no puede.

ROBERTO.- ¡Alto!... ¡Firme!... ¡Rompan... Filas!

Marcos se deja caer al piso resoplando. Roberto no está menos cansado pero pretende disimularlo.

Pausa.

ROBERTO.- ¡Bueno, ya descansamos bastante! ¡Arriba! ¡Hay que vencer esa pereza, ese acomodamiento pequeño burgués! ¡Arriba! Marcos adopta la posición de firmes.

ROBERTO.- ¡Vamos a salir a reconocer el terreno! ¡Combatientes: numerarse de vanguardia a retaguardia!... ¡Uno!... Dos y último decí...

MARCOS.- ¡Dos y último! ROBERTO.- ¡Adelante!

Trotan por toda la sala. Roberto da órdenes de despliegue, cuerpo a tierra, arrastrarse, saltar obstáculos, etc... Marcos, aunque torpemente, no deja de ejecutar una sola orden. Pero llega el momento en que ni él ni Roberto pueden más. Roberto se detiene y Marcos lo imita.

ROBERTO.- ¡No he dado orden de detenerse, siga trotando!

MARCOS.- Ya no aguanto...

ROBERTO.- ¡Siga!

MARCOS.- Estoy mareado...

ROBERTO.- ¡Siga!

MARCOS.- Miro negro...

ROBERTO.- ¡No importa! (Lo toma de la pretina del pantalón y lo obliga a trotar) En la guerra se come, se duerme, se orina corriendo... ¡El aire es la mitad de la vida, la otra otra mitad es el fusil...! ¡Vamos!

MARCOS.- Ya no aguanto...

ROBERTO.- ¡Siga!

Marcos se derrumba.



ROBERTO.-¡No te parés! ¡El hombre que se cansa tiene derecho a descansar, pero no puede ser vanguardia! ¡Dale!

Marcos avanza a gatas, denodadamente.

ROBERTO.- ¡Eso es! ¡Así... dale, dale! ¡Avanzá!

Marcos vuelve a derrumbarse.

ROBERTO.- Pero no te quedés, ¡no te quedés, seguí avanzando! Marcos avanza arrastrándose patéticamente.

ROBERTO.- ¡Dale! ¡Tenés que llegar hasta aquí! (Se coloca a un metro de distancia de Marcos) ¡Dale, Marcos, dale! Eso es...
Ganate el fusil... Llegá... Ganate el fusil...

Marcos llega por fin a los pies de Roberto. Está más muerto que vivo, pero una sonrisa idiota se dibuja en sus labios. Roberto se sienta y se hunde en graves pensamientos.

MARCOS.- ¿Qué sigue, Roberto?

ROBERTO.- Esperá.

MARCOS.- ¡Sigamos!

ROBERTO - Ya no quiero seguir.

MARCOS.- ¡Ya me gané el fusil, sigamos!

ROBERTO.- Bien. Ya te ganaste el fusil (le da la escoba a Marcos) ¡Ahora vamos al combate! Ese es el cuartel enemigo (señala la mesa) Estamos a veinte metros de la entrada (coloca el perchero frente a la mesa) Vos sos el encargado de aniquilar a este vigilante ¡Dale!

Marcos corre hacia la mesa.

ROBERTO.- ¡No, así, no! Esta es una operación nocturna y silenciosa. Tenés que acercarte sin que él te vea... El fusil no te sirve. Tiene que ser con un puñal (le da el cuchillo de mesa) Dale, sin ruido...

Marcos se detiene a medio camino y se vuelve.

ROBERTO.- ¿Qué pasó?

MARCOS.- ¿Qué le hago, cómo lo mato?

ROBERTO.- Sólo hay una forma de aniquilarlo sin que diga ni pío... Lo tomás por la espalda y le tapás la boca. Luego le metés el cuchillo fuertemente aquí (señala la zona del cerebelo) y revolvés con fuerza... ¿Entendiste? ¡Andá, pues!

Marcos llega hasta el perchero. Roberto lo interrumpe en el momento en que va a consumar el aniquilamiento.

ROBERTO.- Hey, esperá...

MARCOS.-¿Qué pasa?

ROBERTO.- Tené presente que a quien vas a matar es un soldadito, quizá un muchacho de 16 o 17 años. Un campesino analfabeta reclutado a la fuerza por el ejército. Quizá esté desnutrido y se haya quedado dormido en pie... Quizá está soñando con su mamá o con su novia, o con su hijita recién nacida. Quizá esté pensando que cuando le paguen le va comprar unos zapatitos a su hijita... Quizá se llame Pedro,



o Manuel, o Juan... Quizá tiene frío...

MARCOS.- ¿Y lo tengo que matar?

ROBERTO.- Sí.

MARCOS.- ¿No hay otra manera?

ROBERTO.- No. El éxito de esta operación depende de su muerte. De eso depende también la vida de los otros compañeros.

MARCOS .- (Abatido) Y ... Pero ...

ROBERTO.- Apurate. No podemos perder tiempo.

Marcos vacila.

ROBERTO.- ¡Dale, matalo!

MARCOS.- Me da compasión...

ROBERTO.- ¡Matalo!

MARCOS.- Pero...

ROBERTO.- ¡Matalo, no podemos perder tiempo! ¡Dale!

MARCOS.- Roberto...

ROBERTO.- ¡Metele el puñal y se lo revolvés... rápido!

Marcos mira expectante a Roberto.

ROBERTO.-¿Qué esperás? Matalo, en nombre de la revolución, matalo ¡Esta es la selva y vos sos el tigre, Marcos, matalo! ¡Vos sos el héroe, el revolucionario... ¡Matalo!

Marcos alza la mano con el puñal. Está a punto de descargar el golpe, pero suspende el movimiento en el aire. Roberto continúa instigándolo. En el rostro de Marcos se dibuja de pronto una decisión: el asesinato es inminente... Pero Marcos deja caer el cuchillo en el piso y camina hacia el afiche de los combatientes, lo rompe violentamente. Se vuelve hacia Roberto.

MARCOS.-Tenés razón... son unos asesinos. Tiene razón Isabel, la guerra y los guerrilleros no son más que un tomate podrido. Tenés razón, Roberto, ¡son asesinos! ¡Voy a dar la conferencia y voy a denunciar a Marcela!... Vos me vas a decir cómo fue que te asesinaron, me lo vas a contar todo y vamos a gritar la verdad a los cuatro vientos...

ROBERTO.- Calmate...

MARCOS.- ¡No! Decime la verdad...

ROBERTO.- Esperá...

MARCOS.- ¡Ya esperé suficiente! ¡Quiero la verdad! ¡Mi único compromiso es con la verdad!

ROBERTO.- Esperá, Marcos, pensalo...

MARCOS .- ¡La verdad!

ROBERTO.- Marcos...

MARCOS.- ¡Quiero la verdad!

ROBERTO. - Ahora no sería prudente...

MARCOS.- ¿Me la vas a decir o no?

ROBERTO.- No sé, Marcos, la revolución... la lucha...

MARCOS .- ¡Quiero la verdad!



CULTURA

Toma una lámpara de mano y lanza rayos de luz a Roberto, éste reacciona como si estuviese siendo apuñalado.

ROBERTO.- No... ay... ay, ay, ay...

MARCOS .- ¡La verdad!

ROBERTO.- (Cayendo) Ay... ay... me estás torturando... Ay...

MARCOS.- ¡La verdad!

ROBERTO.- (Agonizando) Me estás matando, Marcos... Ay...

ay...

MARCOS .- ¡La verdad... la verdad!

Roberto muere.

Pausa.

Tocan la puerta. Marcos va a abrir como un autómata. Es Isabel.

ISABEL.- Marcos... Tú tenías razón. He leído mucho a Roberto y me ha esclarecido las cosas... Marcos, yo te amo. Pero el amor al pueblo está por encima de nosotros... Sólo vine a decirte que me voy a la guerrilla. No puedo decirte nada más... Adiós, Marcos (lo besa) gracias por haberme enseñado el camino... Adiós (Sale)

Marcos camina hacia el cadáver de Roberto. Lo mira largamente. La puerta ha quedado entreabjerta. Entra un hombre con abrigo y maletas.

DESCONOCIDO.- Buenas noches.

Marcos no responde, pero mira al desconocido.

DESCONOCIDO.- Piña y Manzana... Qué bien que lo encuentro, compañero. Tenemos que ponernos a trabajar... Mataron a la comandante Marcela en combate, ayer.....

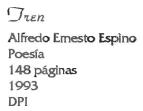




■ LIBROS

nesto Espino - Trer

COLECCIÓN NUEVAPALABRA





Remanso

de las piedras

Gabriel Otero

Poesía

112 páginas

1993

DPI



Luciférnagas
Javier Alas
Poessa
116 páginas
1993
DPI



COLECCIÓN CABALLITO DE MAR



Epitalamio Mario Noel Rodríguez Poesía 80 páginas 1992 DPI



εn una capilla Rafael Fran**cisco** Góchez Narrativa 64 páginas 1993 DPI



Entre el aire y tu piel
Gabriel Otero
Poesía
100 páginas
1994
DPI





El tiraje de esta revista consta de 1,000 ejemplares y se terminó de imprimir el día 31 de mayo de 1994 en la Dirección General de Publicaciones e Impresos de CONCULTURA. San Salvador, El Salvador, C.A.



llustraciones: Ronald Abrego

Ronald Abrego (San Salvador, 1972) Egresado del CE-NAR. Exposiciones individuales y colectivas. Sus dibujos han aparecido en periódicos y revistas del país. Ha elaborado murales en pabellones de arte y realizado escenografías. Ultimamente ha incursionado en la fotografía.

